

JOSÉ MIGUEL BEL

HISTORIAS DE
UN TOPÓGRAFO
DE CAMPO



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE FOMENTO

INSTITUTO
GEOGRÁFICO
NACIONAL



HISTORIAS DE UN TOPÓGRAFO DE CAMPO

JOSÉ MIGUEL BEL



Edición digital

Historias de un to³ ú^arafo de campo

Editado en junio de 2017

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado

<http://publicacionesoficiales.boe.es>

Edita

© de esta edición: Centro Nacional de Información Geográfica 2017

Autor

© José Miguel Bel Martínez 2017

Diseño y maquetación

Servicio de Edición y Trazado (IGN)

(Subdirección General de Geodesia y Cartografía)

NIPO: 162-17-018-5

DOI: 10.7419/162.03.2017

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
PRÓLOGO DEL AUTOR.....	13
Introducción a los relatos «¡¡BOTÍÍÍHO FINÓÓÓ!!» y «TU BER CULO».....	17
¡¡BOTÍÍÍHO FINÓÓÓ!!.....	21
TU BER CULO.....	27
Introducción al relato «EL CERO».....	33
EL CERO.....	35
TELARAÑA.....	41
LA MALA ESTRELLA.....	47
Introducción al relato «LA LEYENDA DEL TOPÓGRAFO SOLITARIO».....	53
LA LEYENDA DEL TOPÓGRAFO SOLITARIO.....	55
Introducción al relato «LA SANTA FE».....	61
LA SANTA FE.....	65

Introducción a los relatos de «PACA BRONCHALES».....	71
1.....	73
2.....	81
3.....	85
4.....	89
5.....	93
Introducción al relato «MATEMÁTICAS PARA TODOS»	99
MATEMÁTICAS PARA TODOS.....	101
EN EL DESIERTO.....	107
Introducción al relato «DE CLAVOS Y OTROS SERES».....	139
DE CLAVOS Y OTROS SERES.....	141
Introducción al relato «EL CAMPO MAGNÉTICO».....	163
EL CAMPO MAGNÉTICO.....	165

PRÓLOGO

El Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG) tiene el propósito de editar publicaciones de autores que hayan trabajado en el Instituto Geográfico Nacional (IGN). Se trata de contribuir a mostrar, bajo forma literaria, la diversidad de misiones y cometidos que realiza este organismo con el fin de poner a disposición de los ciudadanos la multitud de servicios que tiene encomendados. Y de paso fomentar la creatividad e imaginación de sus empleados públicos.

Este libro de José Miguel Bel, topógrafo del IGN a lo largo de 40 años, presenta un racimo de relatos poniendo el foco en los trabajos de campo que se realizaban a partir del último tercio del siglo xx. La obra está sembrada de entradillas donde el autor explica el origen o pone en contexto el cuento que sigue, advirtiendo al lector del territorio por el que se realizará la incursión, que puede ser biográfico, fantástico, histórico o humorístico, pero siempre con reminiscencias topográficas. A mí me resta la función de exponer las sensaciones que me transmiten o las reflexiones que me sugieren sus historias. Cosa que haré con la complicidad que proporciona ser compañeros de profesión, o la común afición por las letras, hasta el extremo de compartir años de voluntarioso aprendizaje de los intrínquilis de la lengua inglesa. No obstante, los que sean más ajenos a este mundillo tienen la oportunidad de vivir, de una manera vicaria, las experiencias aquí narradas. Es

muy enriquecedor poder percibir aspectos de la vida desde *ópticas* distintas de la propia, o mirar las cosas desde *ángulos* diferentes a los que uno está acostumbrado. Nunca mejor dicho, porque es la perspectiva de un universo *enfocado* desde el *anteojo* de un instrumento topográfico.

José Miguel Bel descubrió su vena emprendedora cuando, por azares de la vida familiar, se encontró con una casa, tan grande como vacía, en el Madrid de los sesenta. Quería estudiar una carrera y su bolsillo estaba más escuálido que un perro del tercer mundo. Entonces, impulsado por unos compañeros de clase, se convirtió en el *autor intelectual* del programa Erasmus, nada menos que 20 años antes de que España se incorporara a la Comunidad Económica Europea. Alquilando habitaciones a 1000 pesetas mensuales, no solo sacó dinero para pagarse los estudios, también experimentó, en compañía de sus inquilinos, la osadía de la juventud y el ansia de libertad en medio del casticismo madrileño de las postrimerías de la dictadura. Todo un adelantado a su tiempo, tan a la vanguardia que asistió al mítico concierto que dieron Los Beatles en la plaza de toros de las Ventas... ahí queda eso, en los anales del pop.

De aquellos años son fruto los primeros escritos que reflejan el atraso secular de un país que era amenizado con la banda sonora de rebuznos impertinentes en medio de la calle a la hora de la siesta, o que trataba a la heterodoxia sexual con incompreensión, cuando no con sorna o desprecio, porque entonces los colectivos LGTB eran una quimera absolutamente inimaginable. También se trasluce que las relaciones sexuales eran de perfil bajo, incluso en época de efervescencia hormonal, comparadas con los estándares de lo que se llamaba «el extranjero». Por estas páginas se pasean algunos agentes de la autoridad, una mano sobre otra, apoyadas en la espalda. Eran los carpetovetónicos «grises y municipales», que en la resolución de conflictos de orden público nunca decepcionaban, empezaban dando miedo y terminaban dando pena.

Son raros los topógrafos que se jubilan ocupando una plaza de campo, casi siempre la búsqueda de la proximidad a la familia y

las comodidades de la vida urbana, unidas a las cada vez menores oportunidades de financiar comisiones de servicio para trabajar en el exterior, provocan que solo permanezcan en estos puestos los amantes sin condiciones de la toma de datos al aire libre. José Miguel ha sido uno de esos *pata negra*, lo que se hace evidente en dos de sus piezas. Al igual que los divos de la ópera o los viejos rockeros sueñan que se mueren cantando en lo alto del escenario –como le ocurrirá al flamante Premio Nobel de Literatura, Bob Dylan–, los *camperos* fantasean que desaparecen en medio de una naturaleza tan salvaje como la retratada por el fotógrafo Sebastião Salgado en su fascinante serie Génesis, es decir, zonas del planeta no holladas por el género humano que conservan la pureza de los lugares ignotos. Porque en esos solitarios parajes surge una comunión con el cosmos que favorece la generación de fantasías oníricas, experiencias místicas y fenómenos paranormales que el escritor encauza mediante la utilización de una suerte de «neorrealismo mágico», para impregnar la narración de misterio e imaginación al modo de los inquietantes clásicos románticos.

Hay muchas parodias que nacen al intentar introducir el mundo de la milicia cuartelera dentro del ámbito de la lógica. Aquí se narra la historia de un soldado encargado de una reata de caballos a los que tiene que repartir en varias cuadras. Los mandos consultados y las operaciones aritméticas para solucionar el problema, van deslizándose vertiginosamente hacia un embrollo matemático, cuyo desaguisado termina, paradójicamente, con un resultado correcto. Y al final, milagrosamente, cada animal acaba en su cuadra, con la misma naturalidad demostrada en la aclaración de aquél suboficial encargado de la clase de trigonometría: «Recluta, no le niego que el agua hierva a 100 grados, pero le garantizo que a 90 grados solo puede hervir el ángulo recto».

El IGN tiene sembrada de señales toda la geografía española, las más evidentes son los vértices geodésicos que, aunque venidos a menos con la aparición de la constelación de satélites GPS y la explotación de sus infinitas aplicaciones, permanecen visiblemente alta-

neros en muchas zonas dominantes de la superficie nacional. Asimismo, las más humildes señales de nivelación se distribuyen por multitud de carreteras, estaciones de ferrocarril y fachadas de edificios principales en muchos municipios. En una de las partes, los clavos de nivelación son dotados no solo de conciencia, sino también del orgullo derivado de la importancia de su misión. Sus nombres, cadenas de consonantes y números con alguna vocal perdida en medio, recuerdan a los de aquellos robots de la guerra de las galaxias, pero el prurito de ser imprescindibles para el conocimiento de la forma y dimensiones de la Tierra es más fuerte que la desdicha de no poder cambiar de posición, ni un milímetro en toda su existencia.

«El blog de Paca Bronchales» es el origen de una serie de entregas donde geómetras de tres generaciones intercambian, entre sí, conocimientos profesionales que enriquecen a los otros, en un ambiente de respeto y compañerismo propio de personas sensatas. Y es que el avance de las tecnologías de la información es tan acelerado, que los ingenieros de hoy en día galopan frenéticos a caballo de un aprendizaje continuo que, basándose en los conocimientos del pasado, les impele a desarrollar nuevos modelos científicos que habrán de soportar la sabiduría del futuro.

Los epígrafes que van dividiendo la trama de «En el desierto...

»

...de la Muerte
...del Dolor
...de la Vida
...del Miedo
...de la Esperanza

Me evocan un hermoso poema de Miguel Hernández.

Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.

Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.

Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte
la del amor.

Aflora un paralelismo entre el cuento de un ingeniero y el poema de un pastor, donde cada uno por su lado, se empeñan en comunicar a los demás unas ideas que rondan el meollo existencial de los seres humanos. Curiosamente, ambos tienen una profesión que se desarrolla andando sobre la tierra y en soledad, pero contemplando el horizonte y el cielo durante toda la jornada. No me cabe duda que ese entorno contribuye a buscar respuesta a las grandes preguntas acerca de nuestra existencia. Resulta evidente que hay un nexo telúrico que vincula al perito topógrafo con el gran poeta. El cual, cuando ejercía de pastor, dio a su primer poemario un título que le retrataba al presentarse en sociedad: «Perito en lunas».

Se cumplen cinco años de la erupción submarina del volcán Tagoro en la isla de El Hierro. Mientras desayuno, de buena mañana, escucho en la radio de más audiencia de España que el IGN está informando a la población, acerca de cómo se desarrollaron los procesos geofísicos que dieron lugar al fenómeno, mediante conferencias, charlas y reuniones. Me enorgullece la labor de nuestros compañeros, que de manera multidisciplinar han contribuido a la seguridad de los herreños. A posteriori los especialistas han disecionado el acontecimiento con la sinergia que produce analizar en conjunto sismos, presiones, gases, temperaturas, valores de gravedad, desplazamientos del suelo, tremores volcánicos y sondeos batimétricos o pescar restingolitas en un Mar de Las Calmas repen-

tinamente embravecido. Para finalmente hacer confluir todos los datos en una explicación científica, que encaje matemáticamente todas las piezas del rompecabezas. Con todo, lo que realmente me ilumina el día es que se refieran al lugar como *la isla del meridiano*, porque esa denominación ha sido recuperada, en gran medida, a resultas de la difusión del relato «El Cero», que figura en esta colección y constituye uno de las más brillantes creaciones de José Miguel. Hasta el punto de que, como las de tantos escritores consagrados, ha sido llevada al cine. Aquellos que hemos visto las dos versiones tenemos la oportunidad, como la oveja del chiste que comía celuloide y papel, de ejercer *postureo* diciendo que nos gusta más el libro.

Vale la pena leer este ejemplar para deleitarse con una aproximación al ecosistema de aquellos que toman *medidas* al mundo para hacerle un traje proyectado sobre un mapa. Y que en las pausas de su trabajo, bajo la bóveda celeste, sienten que proceden del polvo generado por explosiones de estrellas.

OCTUBRE DE 2016
ADOLFO PÉREZ HERAS

PRÓLOGO DEL AUTOR

Hace un año, Antonio Rodríguez Pascual tuvo la feliz idea de que el CNIG hiciera una nueva edición, esta vez en *e-book*, de *Viaje a la Sierra de Segura*, la antológica obra de nuestro compañero Juan José Cuadros, coincidiendo con el xxv aniversario de su muerte, acaecida tan sólo tres meses después de que fuese publicada. El día de la presentación en el salón de actos, tuve el placer de conocer a Almudena su hija única, una encantadora mujer heredera de la bondad y simpatía que irradiaba su padre, que tan buen recuerdo dejó en los que tuvimos la suerte de conocerlo y compartir con él unos años en el Instituto, en mi caso, no tantos como hubiera deseado.

Dado lo positivo de la experiencia, se pensó en que estas publicaciones de escritores que han pertenecido al Instituto, se repitieran cada año. Cuando me llevé la grata sorpresa de que se había pensado en mí para que fuera el siguiente, tras la lógica alegría, me entraron las dudas de si sería lo bastante «andariego» para seguir los pasos de Juan José. Dichas dudas se disiparon, aunque para mal, cuando se me ocurrió consultar en Google su vida y su obra y comprobar que, a pesar de los años transcurridos, existen docenas de páginas que nos muestran la verdadera dimensión de este hombre como escritor, tanto en verso como en prosa, amén de críticas y ensayos en periódicos de gran tirada, que su innata humildad impidió que conociésemos. Resulta que además fue amigo y contertulio de

gente como Gerardo Diego, José Hierro, Santiago Amón o Vicente Aleixandre, entre otros grandes escritores y poetas. Por si todo esto fuera poco, hasta aparece su nombre en anuncios de compra-venta de pisos. Y es que dos localidades españolas le han dedicado una calle. La de Palencia, su ciudad natal, es paralela a la de Miguel de Unamuno y va desde la de Antonio Machado a la de Ortega y Gasset. Nada menos.

«Pero, ¿dónde vas, Belillo? Es que ni como “telonero”, vamos» —me dije desolado.

Luego, traté de darme ánimos y hasta recurrí a la frase atribuida a Groucho Marx que, como remedio extremo, me prescribió hace mucho el psiquiatra que trató mi depresión juvenil y que, a veces, es útil en momentos de desánimo: *Piensa que una vez, tú fuiste el más listo, fuerte y rápido entre 200 millones de ágiles espermatozoides.*

Tras el subidón de autoestima que esa gran verdad me produjo, volvieron a entrarme las dudas. El tema central de mis historias debía tener relación con la cartografía y el resto de ciencias que competen al Instituto. Es fácil colar algún gazapo a lectores ajenos a nuestro mundo, pero colárselos a mis propios compañeros, buenos conocedores de todas ellas, era otra cosa.

Al final, decidí que las oportunidades se presentan una vez en la vida y es mala cosa dejarlas correr, porque lo más probable es que no vuelvan a pasar más y que, contar mis historias a compañeros y amigos con los que he compartido media vida, es algo muy bonito así que, a falta de ofrecer calidad literaria, me armé de valor y, con imaginación, sinceridad, y unas pizcas de nostalgia y humor, cociné el plato que tenéis delante.

En él encontraréis relatos fantásticos inspirados a veces en vivencias propias; otros son pura ficción, hay uno histórico y hasta un chiste. Todos, eso sí, escritos con la mejor voluntad. Algunos van dedicados a compañeros —dos de ellos ya desaparecidos, aunque no olvidados— que han significado o significan algo especial para mí.

Quiero agradecer su prólogo, —delicioso entrante—, a Adolfo Pérez Heras; compañero de profesión, amigo y rival literario en las

finales de los dos últimos certámenes de relatos «San Isidoro» que, por cierto, en ambos me ganó dándose un curioso paralelismo con las dos finales de *Champions* perdidas —soy Atlético.

Por último, expresar mi gratitud al Instituto Geográfico Nacional, que llevo y llevaré siempre en el corazón, por haberme permitido durante cuatro décadas de trabajos en campo, conocer infinidad de lugares y gentes, viviendo experiencias que han resultado ser vitales a la hora de escribir.

Y ya sin más, llegada la hora de la verdad, comienzo la «faena». Si al menos en algún momento consigo conmoveros, provocaros una sonrisa o, simplemente, pasar un rato entretenido en el metro o el autobús, me doy por más que satisfecho.

JOSÉ MIGUEL BEL

Introducción a los relatos «¡¡BOTÍÍÍHO FINÓÓÓO!!» y «TU BER CULO»

A CORAZÓN ABIERTO

Estas dos primeras historias pertenecen a mi época de estudiante en la vieja y entrañable Escuela de General Ibáñez de Ibero, 3. Los comienzos de mi relación con la topografía fueron la etapa más difícil de una nueva vida, para la que no estaba preparado. Último de seis hermanos y, por tanto, «benjamín» mimado de la familia, uno tras otro todos ellos fueron casándose, abandonando el alegre y bullicioso hogar. Tras la boda de la hermana que me precedía, mis padres se marcharon de casa. Lo más normal era que fuesen los hijos los que lo hicieran, bien para casarse o bien por desavenencias debidas al conflicto generacional que siempre ha existido. No fue esto último mi caso sino que, unido a la desbandada fraterna, mi padre, industrial del vidrio hasta entonces, por culpa de la inevitable irrupción del plástico en el sector farmacéutico, se vio abocado a la ruina. Esto hizo que ya mayores, tristes y con deudas, decidieran irse a vivir con una de mis hermanas, que residía en Alcalá de Henares.

Estábamos en 1965 y yo ya estaba cursando selectivo en la aún denominada Escuela de Peritos Topógrafos. Después de un cónclave familiar sobre mi futuro y ya que el alquiler de renta antigua de la casa familiar era de sólo seiscientas pesetas, se decidió que yo me quedase en Madrid y acabara la carrera como fuese.

Sólo debía buscarme un trabajo compatible con los estudios para poder costeármelos, y eso fue lo que hice.

Encontré un empleo de comercial, vendiendo zumos de frutas a comisión. No me resultó difícil empezar con buen pie, engatusando a mis familiares, vecinos y a las madres de mis amigos, que eran muchos, para que me los compraran. Hoy los llamaríamos «zumos solidarios» que, en aquella ocasión, eran a beneficio de un único individuo: yo. Lo malo fue que, una vez agotado el filón, harta ya la forzada clientela de tanta naranja, pera, albaricoque y melocotón licuados, me tocó lidiar con nuevos clientes y patearme la calle visitando las tiendas de ultramarinos del barrio para seguir vendosando la mercancía. Fue entonces cuando comprendí que yo no servía para eso. En lugar de ensalzar las cualidades del género, tras soltarles el rollo habitual aprendido de memoria en la empresa, a la hora de la verdad, en el cuerpo a cuerpo con aquellos astutos comerciantes de colmillos retorcidos, me podía la sinceridad y acababa por rendirme y reconocer que mis productos no eran gran cosa, además de caros y nada conocidos. Conclusión: excepto una caja que me compró por caridad el bueno de don Perfecto, el tendero de la esquina que me conocía desde niño, no vendí ni una triste frasca de los dichosos zumos.

Me despidieron, claro, y sólo me quedó el consuelo de quedarme con el cuantioso stock de prueba que me habían dejado en depósito, gracias a mi espectacular arranque, que me sirvió al menos para desayunar —y a menudo comer y cenar— una temporada. Quizá por eso los zumos no han sido desde entonces, santo de mi devoción.

Después tuve otros trabajos a tiempo parcial, de repartidor de ultramarinos cesta al hombro o —éste, al menos, más culto y de más prestancia— de libros de una conocida editorial, incompatibles con las clases, además de mal pagados. Cuando ya estaba sumiéndome en una profunda depresión y a punto de abandonar unos estudios que no podía costearme, un compañero de clase que no estaba a gusto en su pensión me propuso que le alquilase una

habitación de mi casa. Él mismo puso el precio: mil pesetas al mes. Una fortuna.

Como en mi piso de doscientos cincuenta metros y ocho habitaciones, habían quedado algunos muebles viejos y cuatro camas, igualmente desvencijadas, apañé otros dos espartanos dormitorios y, más por necesidad que por ambición, colgué un cartel en el tablón de anuncios de la Escuela alquilándolos. Al ser la única de España, había muchos estudiantes de provincias y ese mismo día se cubrió el aforo de mi pensión clandestina. Aunque hubo más posibles huéspedes, con aquellas tres mil pesetas tuve lo suficiente para pagar los gastos de la casa, la matrícula, los libros y, aunque justa, la supervivencia. No necesitaba más. Eso sí, desde ese día fui conocido entre los compañeros como «la Patrona», apodo que por cariñoso además de apropiado, no me molestó en absoluto.

En aquella casa en la que nací, había sido feliz con mi extensa familia y también al final, pasado por momentos amargos, viví los cuatro mejores años de mi vida con tres compañeros que en poco tiempo se convirtieron en buenos amigos y, lo que es mejor, cincuenta años más tarde continúan siéndolo.

Muchas fueron las anécdotas que podría contar de aquella etapa. Tantas como quejas de los vecinos, hartos de algarabías, timbas nocturnas, guateques, música y alguna que otra gamberrada. Lo normal en chicos de dieciocho años, asilvestrados y sin padres. De ellas, he extraído las dos que relato a continuación. A diferencia del resto de las historias de ficción de este libro, algunas inspiradas en vivencias personales de los cuarenta años de topógrafo de campo que pasé en el querido Instituto Geográfico, estas son, aunque algo adornadas, totalmente ciertas. He respetado hasta los nombres reales de los protagonistas, a los que se las dedico con especial cariño.

Julián, Pedro, Chema. Va por vosotros y aquellos inolvidables años.

¡¡BOTÍÍÍÍHO FINÓÓÓÓ!!

Aquel día de junio de 1968, yo no podía dormir la siesta. Eran tiempos de Escuela, amigos, guitarra, canciones y amoríos. También de libros de texto que, en ocasiones extremas, acababan en «La Felipa» para poder subsistir unos días malcomiendo en «La Económica», un cochambroso restaurante de Lavapiés, siempre el mismo menú de ocho pesetas: alubias, tortilla española de uno, pan y agua del grifo.

Cuatro estudiantes de Ingeniería Técnica en Topografía compartíamos en mi viejo piso de alquiler convertido en pensión; risas, estrecheces y la misma rutina. Ir cada día a la Escuela a aprender y también sufrir con Ojeda, Vázquez Maure, Martín Asín, Raposo, Borrego, Torroja, Serrano, Sáez y Núñez de las Cuevas, entre otros buenos profesores. Después en casa, algo de estudio —más bien poco—, discos de Serrat, Paco Ibáñez y los Beatles, amontonados sin funda junto al *pickup* Königer y, colgados en la pared, la guitarra, un póster en blanco y negro de los de Liverpool y otro del Che Guevara. Y frío, mucho frío, al menos hasta abril. A partir de mayo era otra cosa. Abríamos los balcones, el sol primaveral de Madrid, algo legañoso aún, caldeaba a duras penas el caserón y se guardaban en los armarios los abrigos, que no nos habíamos quitado en invierno ni para dormir.

Aún le llevó otro mes largo llegar al verano, pero cuando lo

hizo fue a conciencia. Aquella tarde de finales de junio, el calor apretaba lo suyo. El curso tocaba a su fin y ya estábamos en la víspera del último examen y la posterior desbandada estival. Cada uno volvería a su casa: Julián a Guadalajara, Pedro a Cabrejas y Chema al Burgo. Yo me quedaba el verano sólo y aburrido en el piso hasta septiembre, en que los tres volvían a casa con parecidas historias de escarceos veraniegos y la esperanza de aprobar y pasar curso sin nada pendiente. De paso, mi maltrecha economía se recuperaba con las mil pesetas al mes que me pagaba cada uno por su habitación.

Después de estudiar toda la noche intentando retener en unas horas lo que no habíamos aprendido en nueve meses, esa tarde necesitaba dormir una buena siesta, pero los nervios me lo impedían. Para colmo, la fatalidad acabó aguando del todo mi plan pues el botijero, que una vez al mes venía a vender sus cacharros en nuestra calle, había elegido ese caluroso día a las cuatro de la tarde para estacionar su burro justo en la esquina de casa.

El animalito era tan tranquilo que no hacía falta atarlo y, con el ramal colgando, permanecía silencioso e inmóvil como una estatua. Llevaba la cabeza gacha cubierta con un ajado sombrero de paja con dos agujeros por los que le asomaban colgando las enormes orejas y, desparramándose por la frente, le caía un gracioso flequillo parduzco. Lo malo era que el botijero, para publicitar sus cerámicas, se hacía bocina con las manos y vociferaba con regularidad a cada minuto: «¡¡botííítho finóóóó!!», atronando la silenciosa calle.

Yo estaba asomado al balcón estudiando la forma de hacer callar a aquel bestiajo, cuando vino Julián restregándose los ojos y tan mohíno como yo.

—Este desgraciado nos va a aguar la siesta. ¿Y si le tiramos un cubo de agua? —se me ocurrió así de pronto.

Julián, más refinado que yo, sonrió con ese rictus malicioso que se le ponía cuando tenía en mente algún plan diabólico. ¡Y vaya si lo tenía! Resultaba que yo era bastante diestro en imitar ruidos de

animales. Ya habíamos gastado a cuenta de mi habilidad alguna broma haciendo creer a los conductores, emitiendo cortos aullidos, que habían atropellado un perro o, con un mugido a su espalda, lograr que un compañero, en las prácticas de catastro de San Fernando, tirara la mira y saliese corriendo despavorido.

—Prueba a rebuznar, a ver qué pasa —me incitó con malicia.

Yo nunca había rebuznado pero, por intentarlo...

¡Hi-a...! ¡hi-a...! ¡hi-a...!

Agachado en el balcón, para no ser visto, empecé tímidamente a hacer el borrico sin éxito, pues ninguno de los dos asnos que estaban abajo, el cuadrúpedo y el bípedo, se inmutaron.

Mi amigo se fue sin decir nada y volvió al rato con un largo cilindro de cartón de los que usábamos para guardar planos.

¡¡Botíííího finóóóó!! —seguía a lo suyo con voz recia el botijero.

Comprendiendo la intención, apliqué un extremo del tubo a la boca tapándome la nariz para que todo el aire almacenado en mis pulmones saliese íntegro por el canuto, que descansaba en el suelo del balcón, oculto a la vista del garrulo.

¡¡Hi-aaaa...!! ¡¡hi-aaaa...!! ¡¡hi-aaaa...!!

No sé si debido al efecto amplificador de aquel artilugio o a la técnica, que iba mejorando por momentos, aquello empezó a funcionar. Una vez cogido el tranquilo, los rebuznos sonaban cada vez más potentes y, aunque hasta a mí me impresionó el estruendo que retumbaba en la calle desierta, no podía parar, de entusiasmado que estaba. Mientras, el burro se había erguido y movía nervioso las orejas haciendo oscilar el tocado de paja. El botijero miraba escamado hacia arriba tratando de averiguar de dónde provenían aquellos rebuznos perfectos, cosa difícil, pues los berridos rebotaban en las fachadas, despistándolo.

De un balcón de la pensión Gamero, que estaba enfrente, salió muy enfadado «Él-Ella». Lo llamo así porque era un travestí que actuaba en el espectáculo del teatro Calderón protagonizado por Paco España, un famoso transformista de la época. Alto y huesudo, vestía una bata de raso floreada y un pañuelo de tul fucsia en la

cabeza, bajo el que se adivinaban las ondulaciones de unos rulos. El generoso escote dejaba ver una prominente nuez y un matojo de pelo negro ensortijado que le escapaba del pecho. Hoy diríamos que era *gay* u homosexual pero, en aquellos tiempos, dicho sea con respeto, se decía que era maricón sin más, y así lo nombraré para que la historia no pierda autenticidad. Por lo mismo, se comprende que tenga que repetir, suavizándolas, las ordinarieces que se dijeron después.

—¡Eh tú, rústico! ¡A ver si no va una a poder dormir la siesta, que entre el burro y tú ya me tenéis hasta el coño! —voceó poco femenino el bujarrón.

—¡Pero si el burro está callado! —replicó el paleta.

—¿Ah, sí? Entonces quién rebuzna, ¿tu padre?

—No, el tuyo, maricón. ¡Baja a la calle si tienes huevos!

Dijo encendido el gañán blandiendo la garrota sobre su cabeza, amagando con ir hacia el portal de la pensión. El sarasa, que acababa de descubrirnos, temeroso de que aquel animal cejijunto con boina subiese y lo desgraciara, se chivó para aplacarlo, indicándole que los autores del escándalo éramos unos gamberros del tercero de la casa de enfrente. Eso hizo que el hombre cambiara el blanco de su ira y, aun sin vernos, lo fijase en nuestros balcones, dudando también si subir.

Por suerte, el estrépito de unos botijos al romperse le hizo desistir, pues el asno, al que le había salido misteriosamente una quinta pata que por cuatro dedos no le arrastraba por los adoquines, además de provocar la hilaridad de la gente que, poco a poco, se iba concentrando al olor del altercado, se había hecho fuerte en el centro de la calle, rebuznando casi tan bien como yo. El armazón de ramas secas y paja que contenía los cacharros se descolgó y algunos cayeron al suelo haciendo que el animal, espantado, tirara coces al aire, desbaratándolo todavía más.

El pobre arriero trataba de agarrar por el ronzal al asno pero éste, en posición de ataque, con las orejas tiesas y el ridículo sombrero colgando de una de ellas, ya no conocía ni a su padre y sin

dejar de rebuznar, amenazaba con morder y cocear a cualquiera que se le acercase. En la calle reinaba el caos. Los coches, parados, hacían sonar el claxon soliviantando aún más al animal. El conductor del tranvía intentó apartarlo de los raíles por la fuerza y, haciendo sonar el «tin-tin» avisador, trataba de empujarlo con el parachoques. Desconocía el hombre que los burros son muy tercos y aguerridos y no retroceden jamás. Por eso el equino, encorajinado, decidió emular a sus primos, los caballos polacos que cargaron contra los tanques de Hitler, aculándose resuelto a dar de coces al tranvía si avanzaba una cuarta más. El tranviario acabó por cejar en su empeño a la vista de los abucheos de los viajeros y la gente de la calle que, alborozada, había tomado partido por el animal y aplaudía y jaleaba con entusiasmo al valiente borrico.

—Julián, larguémonos, que esto se pone feo —le dije preocupado a mi amigo.

Bajamos a la calle mezclándonos con la gente. El «Caramula», guardia municipal del barrio, rojo de tanto darle al tintorro y con dientes como judías que justificaban el mote, se había personado en el lugar tratando de poner orden y averiguar qué demonios pasaba allí. El botijero le explicaba atropelladamente que un gamberro había rebuznado muy bien desde un piso alto y, como era la época de celo de los burros, al oír la llamada, la bestia, enardecida, se había puesto fuera de sí intuyendo la proximidad de una hembra encebada. Asimismo señalaba los balcones de la pensión asegurando que desde uno de ellos, un marica con rulos había mentado a su padre faltándole gravemente, pues el pobre ya llevaba años enterrado. El travestí, que sería maricón pero no tonto, así que vio llegar al municipal, había desaparecido del balcón para no volver a salir, pues no eran tiempos de andar haciendo la loca a la luz del día.

—Conque dice que otro asno ha estado rebuznando en un tercer piso y un marica con rulos ha llamado burro a su difunto padre, algo que nadie parece haber oído. Ya, a ver, enseñeme el carné y la licencia para vender en la calle...

Eso fue lo último que oímos decir al «Caramula», terror de los

jóvenes guasones de Antón Martín, pues la cautela nos empujó a largarnos escurriéndonos con disimulo entre el personal, no fuera a ser que nos metiésemos en un lío. Para dar tiempo a que se calmara el bochinche que se había formado, fuimos al cine Progreso, en Tirso de Molina, a ver un programa doble y cuando regresamos ya de noche, Josefa, la portera, nos contó el final del zipizape.

Resultó que, tras unos momentos de gran tensión, el burro acabó por calmarse y, viendo que no había ocasión de dar uso a semejante cosa, la escondió en su secreto alojamiento ventral. Al botijero, tampoco le pasó nada pues, al parecer, resultó que era de un pueblo de Cuenca próximo al del guardia y hasta tenían un pariente lejano en común. Nosotros dos, muertos de sueño, no pudimos empollar aquella noche y cateamos, en justo castigo a nuestra mala acción. Pedro y Chema, que ni se habían enterado de la trifulca, durmieron toda la tarde, estudiaron con provecho hasta el amanecer y, aunque por los pelos, aprobaron el examen de Astronomía.

El botijero pasó por allí más veces, pocas, mirando siempre hacia nuestros balcones, pero nunca más se les ocurrió, ni a él ni al burro, pararse en nuestra esquina.

TU BER CULO

Ajena a las tablas de logaritmos de Schrön, el Domínguez, el Fossi y el tiralíneas loco, la primavera del 69, tan loca como éste último, venía cargada de sol, alegría y también, ¡ay!, de la desazón normal en los chicos de más de trece años propia de esta estación y, sobre todo, de aquellos tiempos. Y nosotros ya rondábamos los veinte...

Fue en ese escenario cuando aquella soleada mañana de domingo, al abrir las robustas persianas de lamas de madera, vi algo que me hizo creer que estaba soñando. A través de un balcón abierto de la pensión Gamero, en el piso de enfrente, a escasos ocho metros del mío se veía una mujer joven en cueros. Naturalmente, volví a cerrar con cuidado la persiana antes de ser descubierto y perderme aquel espectáculo, impensable entonces, dejando abierta una rendija suficiente para espiar sin ser visto. La chica, que estaba buenísima, bromeaba con alguien, un invisible afortunado al que dedicaba poses y risas procaces. Podía haber disfrutado yo sólo de aquel regalo pero, como siempre he sido de natural generoso, corrí a avisar a mis compañeros de piso.

En mala hora lo hice. Al ver aquello, excitados, hicieron ruido al empujarse tratando de buscar el mejor puesto. El resultado fue que la mujer, sabiéndose observada, desapareció de un salto del campo visual. En su lugar vimos aparecer al «afortunado» que, tras exclamar: *¡Pelotudos de mierda! ¡Pajeros!*, cerró el balcón con violencia.

Después de echar de mala manera a los amigos de mi cuarto, quedé confuso. De una parte, me avergonzaba haber sido descubierto. De otra, aquel tipo me había insultado y eso escocía. Lo de pajero era tan conocido como incierto, pues el asunto no había pasado de una indiscreta mirada limpia de polvo y paja (nunca mejor dicho). Sin embargo, eso de *pelotudo* era nuevo para mí. En principio aquel palabro sonaba a bien dotado, lo que hasta podía considerarse halagador. Pero el Espasa aclaró mis dudas.

Pelotudo: En Argentina, Chile y Uruguay, dicese del individuo imbecil, lerdo o de pocas luces.

Eso decía aquel librote, lo que sumado al conocido «mierda», clamaba venganza. No tardó mucho en presentarse la ocasión pues, pocos días después, una tarde vi abierto de nuevo el balcón. Esa vez no estaba la Venus, pero sí el «afortunado» de espaldas mirándose al espejo del armario. Vestía un traje negro ajustado y se atusaba con esmero el brillante cabello hacia atrás. Por las trazas, seguro que el menda pertenecía a una facción argentina de la mafia calabresa. Corrí a decírselo a los dos amigos que estaban en ese momento en casa; Pedro y Julián. Los convencí de que era el momento de salvar nuestra dignidad y ajustar cuentas pendientes. Se me ocurrió que, antes de llegar a una bronca vecinal a voces, sería más discreto enviarle una nota.

La escribí yo, y decía: *Otra vez ten cuidado con la lengua o lo pagarás caro.*

El de enfrente

Creí que era apropiada. Enérgica como para ponerlo en su sitio aunque, habida cuenta de lo temible que podía ser un mafioso argentino-calabrés cabreado, no tan dura que pudiese enfurecerlo demasiado. Sólo faltaba hacérsela llegar. Una pelotilla de papel no alcanzaría su destino y, de hacerlo, puede que ni la viera. Había que adjuntarla a algo pesado. Desechados ceniceros o botellas por lesivos, Julián apareció triunfal con la solución en la mano: una patata grande y mohosa que llevaba varios meses en la cocina y había echado unos larguísimos tallos, que le daban aspecto de

arácnido gigante. Hacerle una incisión, introducir la nota en ella y lanzarla, fue cuestión de dos minutos. El tubérculo salvó la distancia hasta el balcón penetrando en su dormitorio, donde cayó ruidosamente al piso de tarima. El argentino se volvió alarmado y vio cómo, rodando, el bicho iba hacia él agitando las retorcidas patas. Ya habíamos cerrado la persiana a tiempo de ver por las rendijas como el tío pegaba un salto hacia atrás, trastabillándose. Cuando se rehízo, cogió el tubérculo examinándolo y, tras mirar a nuestro balcón, cerró con suavidad el suyo, intimidado sin duda por nuestra enérgica advertencia.

Mucho nos reímos, satisfechos de nuestra hazaña. Justo hasta que, una hora más tarde, sonó el timbre de la puerta. A través de la mirilla vislumbré en la penumbra del rellano tres cabezas. La más próxima llevaba gorra de plato.

—¡Abra! ¡Policía! —sonó una voz autoritaria.

Abrí, claro, y en el descansillo estaban plantados: un «gris» con porra, corraje y armamento reglamentario junto al mafioso, engominado y con cara de póker. Tras ellos, el soplón del portero miraba avergonzado al suelo balbuceando una disculpa por su delatora traición. El argentino nos había denunciado y el guardia inquirió quién le había lanzado un objeto portador de amenazas. Confesé de inmediato, buscando el atenuante de arrepentimiento espontáneo, aunque mis amigos, sacando pecho, también se declararon responsables, algo que me emocionó por lo que tenía de solidario.

Ya en la calle, camino de la comisaría, se formó la cuerda de presos. El «gris», Julián y yo la encabezábamos y, unos pasos más atrás y en silencio, marchaban Pedro y el denunciante. El guardia parecía un tipo afable y pronto entablamos conversación. El hombre estaba muy interesado en conocer con detalle lo que habíamos visto.

—¿Pero se le veían las...? ¿Y lo de abajo? ¿Estaba buena? —preguntaba desasosegado el hombre.

Nosotros, para divertirnos encelándolo aún más, respondíamos a todo que sí, exagerando los, ya de por sí, exuberantes atributos de la moza.

—Pues francamente, cosas así no se ven todos los días. Podrían haberse puesto las botas a mirar en vez de meterse en líos lanzándole un objeto portador de amenazas.—se lamentaba apesadumbrado el agente.

En pocos minutos llegamos a la cercana comisaría de las Cortes, donde nos ordenaron esperar en el vestíbulo.

—¡Que pase el «limpia»! —se oyó una voz áspera desde dentro.

Un hombrecillo mal encarado se levantó de una silla y entró cabizbajo.

Minutos después, tras ver salir esposado al carterista, nos hicieron pasar directamente al despacho del comisario. Sentado en su sillón, el hombre, regordete y con un fino bigotillo muy propio de su rango, nos escrutaba a todos por encima de las gafas de concha con parecida animadversión. Sólo la patata, sentada oronda en el centro de la mesa, al apoyar él los codos en ella, movió ligeramente sus patitas saludándonos.

—¿Quién ha escrito la nota? —se arrancó sin rodeos el morlaco.

—Yo, señor comisario —respondí respetuoso pero con decisión.

—¿También se confiesa autor del lanzamiento del objeto portador de amenazas?

—Así es, señor comisario —reconocí con nobleza.

Después de exponer las dos partes nuestras razones, estábamos empatados. Si bien el argentino era la víctima, yo, por ser español, estudiante universitario y llamarle «señor comisario» y no «vos», iba ganando enteros. Además el pelo de mi rival, que creía engominado, estaba sólo mojado con agua y al secarse, se había convertido en una melena lacia que le rozaba los hombros. *Melenudo: malo para él* —pensé esperanzado.

Indeciso, parecía que el comisario, por cómo miraba reloj cada diez segundos, debía haber acabado su jornada laboral e iba a solventar el asunto dándole carpetazo. Sin embargo, por una tontería, el infortunio cayó sobre mí. A falta de mazo judicial y para dar solemnidad al caso, dio el hombre un fuerte puñetazo en la mesa para dictar sentencia, lo que hizo que la patata diese un

salto agitando sus tentáculos, que aún permanecieron temblorosos un buen rato. Julián y yo cometimos el error de mirarnos y, tras muchos esfuerzos por contenerla, no pude más y solté una sonora carcajada.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —espetó el comisario, cabreadísimos—. Pues sepa usted que lo que ha hecho es un delito penado con la cárcel. Así empiezan los delincuentes. Siga por ese camino y puede irse olvidando de su carrera. Prepárese para ser un marginado, joven —sentenció fulminándome con la mirada.

El argentino se envalentonó y, por suerte para mí, decidió hacerse el *harakiri*.

—Esteee..., evidentemente cho pienso de que lo que pasa es que vos, los españoles, sos unos reprimidos. En mi país nos encamamos con naturalidad sin que a ningún pelotudo pajero se le ocurra mirar.

Aquello dio un vuelco a la situación. El comisario, olvidándose de mí, se volvió airado al argentino. Había insultado a España, nuestra Patria, y por ahí no pasaba.

—¡Ustedes, pueden irse y ojo con reincidir! —dijo señalándonos a nosotros y muy especialmente a mí—. En cuanto a usted, el extranjero, ya veremos si no acaba en prisión por injurias a España.

Aún no muy seguro de salir con bien del embrollo; dada nuestra fama en el vecindario, a que no era nuestro primer roce con los de la pensión y, más que por eso, por la carga que pesaba sobre mi conciencia al haber metido meses antes en líos a un honrado botijero y ahora a un argentino que no me había hecho nada, decidí redimirme y dar la cara por él.

—Yo creo, señor comisario, que aquí el joven sudamericano, se expresa con palabras extrañas para nosotros, pero no tiene intención de ofender —dije sinceramente preocupado por su suerte.

—¡No, si ahora va a resultar que son amigos...! ¡Fuera de aquí! ¡A tomar por culo todos y que no vuelva a ver más a ninguno! —exclamó irritado el comisario que, visto lo visto en el fondo era buena persona—, dando un nuevo puñetazo en la mesa.

La patata, que todos se habían empeñado en llamarla «objeto portador de amenazas», siendo sólo eso, un humilde tubérculo arrugado y putrefacto, dio un postrer salto despidiéndose para siempre de nosotros agitando y perdiendo el único par de tallos que le quedaba después de tanto trajín.

Fuera, la noche caía sobre Madrid. Subimos paseando los cuatro implicados por la calle del Prado hasta la plaza de Santa Ana riéndonos de la patata, el comisario, el «objeto portador de amenazas» y de nosotros mismos. El argentino resultó no ser mafioso. Era Arnold, un trotamundos vividor que se ganaba malamente el sustento tocando el bandoneón y bailando tangos en el «Yulia». Todo un personaje. En la Cervecería Alemana, rodeados de *hippies* y bohemios extranjeros que intentaban cambiar el mundo, nos tomamos unas cervezas juntos. Allí conocimos a Delfina, su pareja de baile y Venus de la pensión Gamero, un encanto de mujer con la que Arnold se encamaba cuando les placía a ambos, y también a Didier, su novio. Un paliducho y tristón existencialista francés con perilla y gafitas redondas, ideólogo del aún calentito Mayo del 68, además de partidario del amor libre.

Bastante mareados, nos despedimos y bajamos silenciosos hacia Lavapiés a cenar en la Económica, como todos los días... que cenábamos. Nadie dijo nada pero creo que los tres españolitos, solteros y enteros, comprendimos que más allá de nuestras fronteras había otra vida distinta y, a pesar de tener la carrera casi terminada y un futuro halagüeño por delante, sentimos un poco, o tal vez algo más que un poco, de envidia.

Introducción al relato «EL CERO»

El Cero, primer relato que vi publicado, por haber sido ganador del Certamen San Isidoro, ha resultado ser también el más conocido pues, para mi sorpresa, apareció en varias revistas y se ha divulgado bastante por Internet además de ser llevado a la pantalla en forma de cortometraje.

Al igual que se suele elegir al jugador más fiable para que lance el primer penalti de la tanda en las finales futbolísticas, para empezar con buen ³⁻; era lógico que fuese el bueno del farero Ezequiel el que abriera la tanda de relatos. Finalmente decidí que era mejor empezar por el principio: mi primer contacto con la Escuela de Topografía. Considerando además que El Cero es una historia triste, preferí que fueran las refrescantes aventuras de unos jóvenes estudiantes las que abrieran el fuego.

EL CERO

El ferry «Barlovento», feo barco de bonito nombre, dejaba lentamente por su estribor La Gomera, mientras a proa se adivinaba la silueta brumosa de El Hierro. Por delante cincuenta millas de océano y, para mí, más de dos meses de estancia en aquella isla misteriosa y desconocida aún.

Empezaré por decirles que soy Ingeniero Técnico en Topografía del Instituto Geográfico Nacional, y que iba a El Hierro con la misión de nivelar: es decir, determinar el nivel medio del mar o altitud 0 a partir del mareógrafo del puerto para, desde allí, llevar altitudes de precisión a más de cien clavos, repartidos a través de otros tantos kilómetros de carreteras y caminos de la isla.

Un sábado fui al cabo de Orchilla, en el extremo occidental de la isla. Se llegaba por un largo y polvoriento camino al final del cual estaba el faro. Un paraje desolado e impresionante. Cerca de la torre había un viejo sentado en una piedra, que miraba con atención acercarse mi coche, un desvencijado Nissan Patrol curtido en cien campañas. Cuando al fin me detuve en medio de una polvareda, el viejo, entrecerrando los ojos y protegiéndose del sol con la mano, leyó atentamente el rótulo del costado del coche: «INSTITUTO GEOGRÁFICO NACIONAL».

—Al fin llega «cristiano». Ya empezaba a pensar que nunca vendría —dijo mirándome como a un aparecido.

—Perdone amigo, pero creo que se equivoca.

—No, no me equivoco. Usted ha venido a poner el «0». Lo sé muy bien: llevo esperándolo aquí toda mi vida.

Mi mente trataba de discernir si estaba hablando con un loco o con un visionario.

—No sé como lo sabe, pero en efecto, mi trabajo aquí es determinar el cero o nivel medio del mar para referir a él todas las altitudes de la isla y así...

—¡Basta! Perdone que lo interrumpa. ¡Ceros de altitud! ¿A quién le puede interesar eso? Ese cero lo tienen todos los países del mundo; incluso cada isla por pequeña que sea, como ésta. No «cristiano», no, yo le hablo del único cero importante que existe. Del que se llevaron esos malditos ingleses: el Meridiano 0.

Quise replicar sin saber con exactitud cómo, pero el viejo lo impidió con un ademán.

—Bien, parece que realmente usted no sabe nada. Me llamo Ezequiel Quintero Padrón —dijo algo más calmado—. Mi padre fue el último torrero de este faro que tuvo el privilegio de custodiar el verdadero Meridiano 0. Cuando yo nací, ya hacía unos años que se lo habían llevado, o robado, mejor dicho.

—Verá Ezequiel —interrumpí yo—, ya sé que el meridiano origen pasaba por aquí hace cien años más o menos, hasta que a alguna comisión geográfica se le debió ocurrir trasladarlo a Greenwich y, la verdad, no creo que a eso se le pueda llamar robo.

—Escuche, ¿usted es cartógrafo?

—Sí, se puede decir que sí.

—Pues sepa que hace dos mil años otro cartógrafo llamado Ptolomeo, que además era un gran sabio, decidió que el origen de todos los mapas del mundo sería esta línea en la que estamos sentados, y que otro cartógrafo francés, hace más de doscientos, lo midió en colaboración con otros colegas suyos repartidos por Europa. ¿Y sabe por qué eligieron este lugar? Yo se lo diré. Porque esta línea era la última tierra conocida. Era el fin y el principio. El fin del miedo y el principio del valor. Aquí los medrosos se daban la vuelta y sólo

los valientes seguían. Esta línea era la última tierra que vio Colón y todos los grandes navegantes que le siguieron y aún hoy le siguen.

¿Ve usted aquella vela blanca en el mar? Es un pequeño velero rumbo Oeste: va a América. Puede ser español, francés o alemán; hasta puede que sea inglés, qué más da. Dentro de unos minutos cruzará la Línea y cambiará la vida fácil de Europa por otra de vientos, tempestades y soledad. Probablemente le llevará meses culminar su viaje, pero lo conseguirá. El Meridiano Cero le habrá convertido en un gran hombre, porque delimita la vulgaridad de la Grandeza.

—Y ¿de qué es origen ese meridiano de «grenich», o como quiera que se llame ese sitio del demonio? Mire, yo no conozco ese lugar, ni Dios quiera que nunca lo conozca, pero sí lo vi una vez en una foto de una revista. ¿Sabe que es sólo un monolito en un prado? ¿Qué delimita esa línea? ¿Las vacas de las ovejas quizás? Pasa por infinidad de países sin pena ni gloria y hay que poner mojones de cemento para que la gente sepa que lo está cruzando. ¿Sabe acaso que mi Meridiano sólo pasa por el océano, este cabo y los dos polos?

Intenté replicar de nuevo, pero tampoco esta vez me dejó.

—Mi padre esperó toda su vida en vano a que nos devolvieran lo nuestro. En su lecho de muerte me dijo que antes de que yo muriera vendría otro cartógrafo a devolver el Meridiano a su sitio, el único posible: aquí. Siempre he estado seguro de que así sería, porque mi padre no mentía nunca. Pero ahora que está usted aquí, es cartógrafo y viene precisamente con la misión de establecer un cero, estoy más convencido si cabe. Son muchas coincidencias. ¿No le parece?

—Ahora mismo Ezequiel, lo que me parece es que ya está anocheciendo y debo marcharme si no quiero acabar perdido por estos caminos. Le prometo volver la semana que viene, si va usted a estar aquí.

—¿Estar, dice? Aquí nací y no me he movido de este lugar en toda mi vida: primero como hijo de torrero, luego como torrero titular y desde que me jubilaron hace más de 20 años y automatiza-

ron el faro, sobrevivo con la única compañía de mi amigo Esteban y sus cabras. Cuando muera, aquí me enterrarán, con mi padre y el resto de antepasados guardianes del Meridiano, aunque yo no lo haya sido. Estaré, claro que estaré.

Volví el sábado siguiente. No sé por qué, pero me gustaba hablar o, mejor dicho, oír hablar a aquella especie de Quijote canario, mezcla de locura y grandeza. Allí seguía, esta vez acompañado de otro viejo y unas cuantas cabras que pastaban a su alrededor.

—Buenas tardes, Ezequiel y compañía. Supongo que usted será Esteban, ¿no?

—Buenas tardes «cristiano». Así es, este es mi amigo Esteban —el hombre saludó con un ademán—. ¿Ha pensado en lo que hablamos el otro día?

—Por eso estoy aquí. Después de mucho pensar, he llegado a la conclusión de que no sé con exactitud lo que espera usted de mí.

—¡Agüita con el cristiano! Pues está bien claro: que restablezca el Meridiano 0 donde debe estar. Y dese prisa, porque ya noto que me faltan las fuerzas y mi final está cerca, muy cerca.

—¿Y por qué no lo restablece usted mismo, si le interesa tanto?

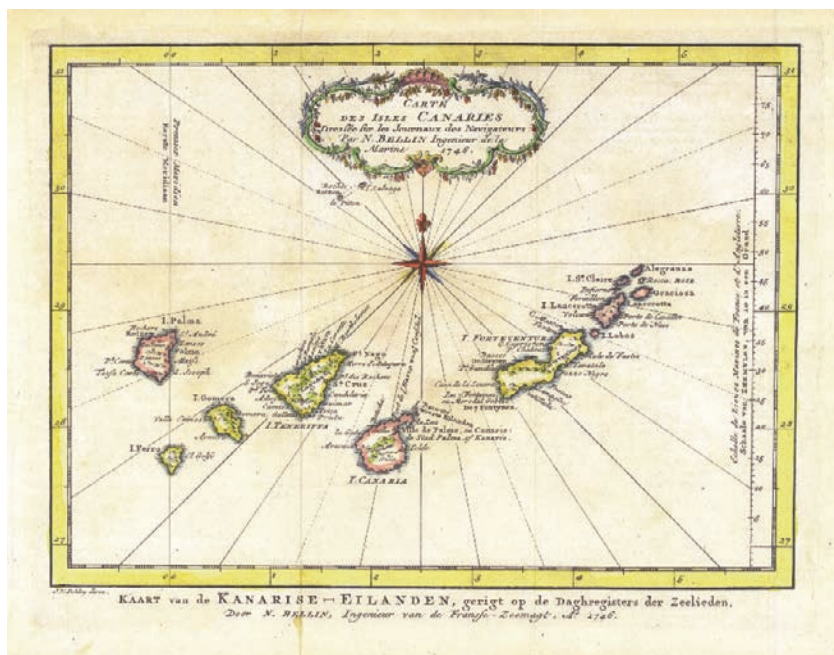
—¿Cree que no lo he intentado? Me cansé de escribir cartas a ministros, al mismo Franco y, más tarde, al Rey. Incluso entregué una carta a unos turistas ingleses para que se la hicieran llegar a su Reina. Pero nadie respondió, porque esa no es la forma de hacer esto. La única posible es que un cartógrafo como usted, se convenza de la verdad de mis razonamientos y del peso de la Historia, y afirme y diga que éste es el Meridiano Origen, exactamente igual que hicieron Ptolomeo y el francés, cuyo nombre no recuerdo.

—No sea ingenuo ¿No ve que no me harían caso? Para empezar habría que cambiar todos los mapas del mundo. Además...

—¡Pues que los cambien, demonios! ¿Pero no ve que le asiste la razón, la lógica y veinte siglos de Historia?

La conversación siguió por idénticos derroteros y yo no veía la forma de convencer al viejo de la imposibilidad de su pretensión.

—Bien amigos, el sol se oculta y debo irme. Nos veremos.



Pero falté a mi palabra y no volví. Aunque admiraba su fe y su tesón, el problema sin solución del meridiano de aquel hombre empezaba a cansarme. Sólo el último día de mi estancia en El Hierro fui a despedirme de Ezequiel. Pero no estaba en el faro. Sólo vi a Esteban con sus cabras.

—¿Viene a ver a Ezequiel? Pues sepa que llega tarde. Anteayer le dio un ataque y se quedó como muerto: blanco como una pared. Se lo llevaron unos turistas al hospital de Valverde y me han dicho que está muy mal. Igual ya murió y bien que lo sentiría: es mi único amigo y un gran hombre, aunque usted parece no haberse dado cuenta de ello. Estuvo esperándole aquí día tras día sin moverse, igual que el mismísimo meridiano —me reprochó.

Conduje el Nissan a Valverde a toda velocidad. Tenía que hacer algo y rápido. En la papelería compré «tipp-ex», letras y números adhesivos y, allí mismo, sobre el mostrador, tracé en la hoja del mapa 1/50.000 del IGN una gruesa línea vertical que pasaba por el faro. Después borré cuidadosamente los números de la escala de longitudes y los sustituí por los nuevos. En el correspondiente al faro de Orchilla rotulé:

MERIDIANO 0° — ORIGEN DE LAS LONGITUDES

Corrí al hospital rogando que siguiera vivo. Tuve suerte: allí estaba rodeado de sondas y tubos. Cuando le tendí el mapa, lo cogió con sus manos temblorosas y se lo acercó a los ojos un buen rato. Sonrió aliviado mientras acariciaba con mimo aquella línea y aquellas letras. Después me indicó que me acercara, mientras me cogía la mano con una fuerza impensable en un moribundo. Con un hilo de voz me susurró:

—¿Ve como yo tenía razón? Usted era el cartógrafo que esperaba. Ahora podré reunirme con mi padre y con todos los demás Guardianes del Meridiano. Dios le bendiga, cristiano.

No había tiempo para más. Debía llegar al barco de Tenerife que zarpaba del puerto de la Estaca. Allí tomaría un *Ferry* que arribaría a la Península tres días más tarde. Cerca ya de Cádiz llamé al hospital de Valverde y hablé con el médico. Ezequiel murió feliz dos horas después de irme, abrazado a su mapa con tal fuerza, que nadie pudo quitárselo. Con él lo enterraron en el pequeño cementerio anejo al faro de Orchilla.


A pocas millas a proa ya se adivinaba la deslumbrante blancura de Cádiz. Mis ojos se llenaron de lágrimas, quizá por el fuerte viento. Me esperaba aún un largo viaje por carretera hasta mi cómoda casa en la ciudad de Madrid (coordenadas geográficas: Latitud 40° 24' 30" Norte y Longitud 14° 25' 56" Este) donde, estaba decidido, iba a emprender una dura y larga batalla en la que empeñaría el resto de mi vida.

TELARAÑA

La dura ascensión de dos horas al último vértice geodésico que le faltaba por observar lo dejó exhausto. Pero, al fin, al cuarto intento lo había conseguido. Empezaba a pensar que aquel picacho de roca descarnada tenía una especie de maldición por la cual, el cielo se mantenía despejado hasta que él, después del esfuerzo de llegar y, por el mero hecho de pisar la base de hormigón del hito, activaba algún misterioso mecanismo para despertar al monstruo de las nubes, que dirigía sin tardanza una de ellas a cubrirlo con su manto algodonoso con el único fin de impedirle hacer su trabajo.

Sin embargo ese día, la constancia dio sus frutos. El monstruo parecía estar dormido y un cielo limpio le había dejado una visibilidad de cien kilómetros y, por fin, pudo medir con precisión todos los ángulos de las visuales a los demás vértices: veinticinco, nada menos. Dos horas después, la libreta de campo saltaba contenta en el asiento del acompañante del coche alquilado, al compás del traqueteo producido por los baches de la pedregosa pista, llevando anotadas en su interior las lecturas de la obligada primera vuelta de horizonte y muchas diagonales de la segunda y hasta la tercera, a más de cuarenta kilómetros de distancia. Antes del descenso y sentado en el mismo vértice, ya había calculado los cierres de los triángulos con un error medio de tres segundos cada uno: casi diez

veces menor que la tolerancia permitida. Una observación perfecta: la mejor de su vida.

Era uno de esos momentos en los que se alegraba de ser topógrafo. No tenía dudas de que aquel iba a ser su día de suerte. Pletórico, salió del camino de alta montaña a la sinuosa carretera de asfalto parcheado en la que, por precaución, hizo el stop, ya que no existía señal reglamentaria que lo obligase y, sólo el poste metálico que la debía sustentar antes de que alguien la arrancase, le avisaba de la vuelta a la civilización y sus reglas. Para dulcificar el ruido de la rodadura en el pavimento descarnado, empujó con el dedo la  de música de los 70, en la que se había quedado anclado hacía años, y se retrepó en el asiento disfrutando del agradable momento. Habitado a las aburridas autovías, disfrutaba como un niño conduciendo deprisa por aquella revirada carretera de montaña. En una corta recta notó que el coche tiraba a la derecha. Después oyó el flop... flop... flop... delator de un neumático deshinchado, que le obligó a parar.

¿Cuántos años hacía que no pinchaba? Tantos, que apenas recordaba lo que se debía hacer en esa tesitura. Por suerte, unos metros adelante a la derecha, partía un camino de tierra en el que metió con cuidado el coche. Buscó el gato y la rueda de repuesto, pero no los encontró. En su lugar había una caja de plástico gris en la que ponía «kit antipinchazos». Dentro había gomas, espráis, piezas extrañas y hasta un relojito, puede que un manómetro. La alergia a leer manuales de instrucciones, en especial esos con infames traducciones del chino, como aquel, le hizo arrojarla de nuevo al maletero. Sacó el móvil para llamar al RACE, pero no había cobertura. No quedaba otra que esperar en aquella estrecha carretera, perdida en lo más intrincado de los Picos de Europa, a que pasase algún buen samaritano y quisiera echarle una mano.

Estaba cerrando el coche cuando en el camino, casi cegado por la maleza y detrás de una gran telaraña octogonal, divisó una señal redonda azul con tres flechitas blancas curvadas que parecían querer comerse unas a otras por la cola. Apartó las ramas y la tela-

raña, quitándose con asco los hilos viscosos que se le habían adherido a las manos y la cara. Se asomó por encima de la hojarasca y vio, rodeada por la espesa vegetación, una hermosa rotonda salpicada de señales de tráfico que parecía llamarlo y, atraído por la curiosidad, sin poder resistirse se acercó andando hasta ella.

—Pase, hombre, pase sin miedo. Está en mi rotonda. Le gusta, ¿verdad? —le dijo un viejo peludo, renegrado y desaliñado salido de detrás de unos matorrales.

—¡Ah!, buenas —le respondió sobresaltado el conductor—. No lo había visto. Verá, es que he pinchado y...

—No me lo cuente, que ya lo sé. Es la historia de siempre, pero no se preocupe que aquí estoy yo para ayudarlo. Empiece por meter el coche en mi rotonda y se lo arreglaré en un santiamén.

El topógrafo dudó.

—¡Vamos, hombre!, no lo piense más. No se preocupe por los matojos, que no van a arañarle la carrocería. Además el suelo es llano y sin piedras. Métalo sin miedo en mi rotonda, que para eso está. Para ayudar a los viajeros en apuros, como usted.

Poco después, el coche asomaba despacio al asfalto cuando se oyó un crujido bajo él.

—¡Ya estamos otra vez! —dijo contrariado el viejo—. Ha cedido el tablón, pero no se apure. ¡Vamos, dele alegría al motor, hombre! Acelere sin miedo y acabe de entrar en mi rotonda. Confíe en mí.

—¿Tablón?, ¿qué tablón?

—Pues ¿cuál ha de ser?; el que pongo para salvar el desnivel del asfalto sin dar con los bajos en el suelo. Suerte que ya lo había pasado. Orille ahí el coche para que no obstaculice el tráfico y abra el maletero —ordenó señalándole el bordillo.

El viejo cogió con naturalidad la caja gris y la abrió, aplicándose después a la tarea de arreglar la rueda como si llevara haciéndolo toda la vida.

—Oiga, ¿qué pinta aquí esta rotonda y por qué dice siempre que es suya? —preguntó con curiosidad el conductor.

—¡Otro igual! Está bien, se lo contaré mientras termino. Verá, en el pueblo sólo quedábamos dos vecinos, ya viejos, uno de derechas y otro de izquierdas. Como es lógico, en las elecciones municipales hubo empate. La suerte decidió quién habría de ser alcalde. En este caso lo hizo la mala de mi vecino, que un desgraciado día se despeñó. Dios lo tenga en su Gloria —dijo al tiempo que se santiguaba—. Lo sentí, pero se lo tenía merecido.

El conductor lo miró interrogante.

—El muy cretino pretendía hacer una residencia de ancianos que sólo era provechosa para nosotros dos. Su muerte evitó tal dislate. Una vez que fui nombrado alcalde, decidí gastar el presupuesto municipal íntegro en construir esta rotonda útil para todo aquel que pasara cerca. Por eso digo que es mía. Tanto, que es mi única razón de existir.

—Ya, pero ¿qué utilidad tiene aquí? No parece que haya mucho tráfico.

El viejo enrojeció de ira y dejó caer la llave de tubo al suelo.

—¿Utilidad, dice? Una rotonda regula el tráfico y orienta a los conductores para que encuentren su camino, pero además engrandece al pueblo. Le da categoría, ¿comprende? En un principio pensé hacerla de peaje para amortizarla, pero no era esa la finalidad de mi rotonda. Bueno amigo, basta de charla; aquí tiene su coche arreglado.

Si no es indiscreción, ¿qué hace por aquí? Seguro que turismo como todos, supongo.

—No, soy topógrafo del Instituto Geográfico Nacional. Observo los vértices geodésicos. Ahora precisamente vengo de uno.

—Ya, y ¿eso es de alguna utilidad para las rotondas? —preguntó el viejo vivamente interesado.

—Pues no, sirve sobre todo para hacer mapas, pero para las rotondas, no.

El viejo, desencantado, cambió su actitud amistosa por otra más huraña.

—Está bien, en ese caso ya puede irse. ¡Vamos, márchese!

El conductor se fijó con detenimiento en aquella glorieta impecable. Un cuidado césped cubría el círculo central. En el asfalto, negrísimo y salpicado con líneas y flechas perfectamente pintadas en blanco, no apreció huellas del paso de ningún coche aparte del suyo. Decenas de señales estaban colocadas en apariencia con anarquía, lo que le hizo recordar que, casualmente, desde que había salido del camino del vértice, hacía ya muchos kilómetros, no había visto una sola señal o cartel en la carretera.

Junto al borde, había infinidad de útiles de todas clases: una guadaña, botes de pintura, una escoba, una bolsa de tela y señales de tráfico e indicadores a todos los pueblos de la región.

—¿Es que piensa quedarse aquí? Ya tiene su coche arreglado y está entorpeciendo el tráfico. ¡Vamos, arranque de una vez! —apremió.

El conductor se subió al vehículo e inició la marcha reculando.

—Pero, ¿dónde va, hombre de Dios? Recuerde que el tablón se ha roto y ya no es posible volver a la carretera por donde ha entrado. Además está prohibido circular marcha atrás y me vería obligado a denunciarlo. Para eso soy el alcalde: la máxima autoridad. Utilice mi rotonda, que para eso la construí y me tomo el trabajo de mantenerla en perfecto estado. ¿Adónde quiere ir?

—Me dirigía a Potes —dijo el conductor—. ¿Qué salida debo tomar?

—Eso tiene que ser usted sólo quién lo decida. Ahí tiene las señales y los indicadores. Unos le sacarán a la carretera de nuevo y otros no y le harán perderse. Es como la vida misma; hay momentos en los que hay que tomar decisiones importantes y este es uno de ellos. Déjese guiar por su instinto y puede que consiga salir.

El topógrafo, harto de aquel chiflado, arrancó. Dio vueltas y vueltas a la rotonda despacio, tratando de encontrar una pista que le mostrara la salida, pero aquellos indicadores, puestos al buen tuntún, se contradecían unos a otros y no parecían tener pies ni cabeza. El viejo, mientras barría con pulcritud el lugar donde había estacionado su coche, borrando las huellas de su paso, no dejaba

de seguirlo de reojo interesado en ver qué camino tomaba. Al final, eligió el que le pareció que iba en la buena dirección. Era igual a los otros y, como todos, una vez dentro estaba cubierto de un espeso follaje que apenas dejaba ver la luz. Empezó a sentirse angustiado en aquella cárcel verde que lo envolvía cada vez más. Al menos le tranquilizó en parte comprobar que el suelo era llano y sin piedras. Se acordó de su libreta y palpó el asiento hasta encontrarla. La acarició con mimo y eso le reconfortó. Algo animado por haber salido al menos de aquella absurda rotonda, encendió la radio. La cinta de Nino Bravo continuó con la canción interrumpida por el pinchazo.

«...Libre, como el sol cuando amanece yo soy libre, como el mar. Libre, como el ave que escapó de su prisión y puede al fin volar. Libre, como el viento que recoge mi lamento y mi pesar, camino sin cesar detrás de la verdad y sabré lo que es al fin la libertad...».

El oscuro túnel de vegetación desapareció de golpe. Un cielo claro y azul lo deslumbró. Estaba acostumbrado por su trabajo a ver bellos paisajes pero, más allá del capó se extasió viendo por unos segundos el valle más hermoso que jamás había contemplado.

El viejo estaba ordenando las herramientas cuando oyó, multiplicado por el eco, un retumbar de metal, vidrio y rocas que provenía del fondo del precipicio. Meneó la cabeza suspirando con resignación y se santiguó musitando una plegaria. Después, cogió con sus manos peludas un delgado tablón de madera y un puñado de clavos de la bolsa de tela. Apesadumbrado y cabizbajo, se dirigió despacio arrastrando los pies en dirección a la carretera, deteniéndose al pasar junto al tablón roto. Con lentitud, comenzó a sustituirlo por el nuevo clavándolo al asfalto con un martillo.

Mientras, la araña; oscura, peluda y grande como una nuez, se afanaba en recomponer con esmero y paciencia los hilos rotos de la tela octogonal, casi perfectamente redonda, en la que dejó de debatirse hasta quedar inmóvil, la mosca que, unos minutos antes, había quedado atrapada en ella.

LA MALA ESTRELLA

El negro de la sotana y el sombrero de teja contrastaban con el blanco de la cal de la barraca, que refulgía al sol de la Albufera. El niño, andrajoso y descalzo, se paró ante la puerta señalándosela con la mirada. Después, echó a correr hasta desaparecer en el carrizal. El sacerdote, que lo había seguido hasta allí, entró en la estancia, se quitó la teja resoplando y se abanicó con ella. Una voz apagada se oyó en la oscuridad.

—Estaba esperándolo, mosén. Le he mandado aviso porque quiero confesar.

El hombre, de una extrema delgadez, se incorporó trabajosamente en el sillón de mimbre en que estaba recostado. En la penumbra destacaba el brillo de sus ojos febriles, que le indicaban la silla de anea que estaba frente a él. El eclesiástico se sentó en ella y de su maletín sacó el alba y la estola.

—No es necesaria tanta liturgia, mosén. Ni tampoco pido su absolución pues no serviría de nada. Ya no soy creyente. Siento que voy a morir muy pronto y sólo deseo descargar antes mi conciencia revelándole un secreto que nunca he contado a nadie.

El mosén plegó con parsimonia las vestiduras guardándolas de nuevo.

—El niño me dijo que viniera a la barraca del astrónomo francés, y me ha traído hasta aquí. Por cierto que para ser extranjero, habla bastante bien nuestra lengua.

—Sí, he pasado mucho tiempo en España. Yo envié al chico a buscarlo y, en efecto, soy francés. Llámeme Pierre; mi nombre completo es demasiado largo. Soy astrónomo, matemático y topógrafo —se presentó el hombre.

—Su trabajo es poco común. Por el pueblo se dice que anda en las noches por las montañas más altas con un extraño antejo, tratando de ver con él hogueras situadas en las cumbres de Ibiza. Es imposible: no lo conseguirá.

—Se equivoca, sí se puede. Apenas son cien mil metros. En mi país he avistado fogatas como esas a distancias mayores.

—¿Metros, dice? No conozco esa medida. ¿Es francesa? Creía que allí se usaba la toesa para las largas distancias y los mapas.

—Así ha sido hasta ahora, y aún seguirá siéndolo algún tiempo, pero el metro es universal. Nadie lo utiliza todavía, pero en pocos años todo el mundo lo hará, porque es una unidad de medida sacada de la propia Tierra. Sé bien lo que digo pues yo, tras años de trabajo, la he determinado. Por ello, he sido felicitado por Luis XVI, Napoleón Bonaparte y los mejores científicos del mundo. El metro es la diezmillonésima parte del meridiano terrestre comprendido entre un polo y el ecuador. Al menos eso debería ser, aunque jamás lo será pues por culpa de mi error, el metro patrón de platino e iridio que descansa en la Oficina de Pesos y Medidas de París, mide dos décimas de milímetro menos de lo que debiera. El grosor de una hoja de papel, para que se haga una idea.

El mosén levantó la mano para interrumpir a Pierre.

—Un momento, hijo. Sólo soy un sacerdote rural y no sé bien de qué me habla, pero no veo la importancia que pueda tener ese insignificante error que dice haber cometido. Además los errores, como los pecados, se pueden enmendar.

—¿Importancia, dice? Tiene tanta, que cuando sea adoptado por todos, las personas serán más pequeñas, las montañas más bajas y el Sol estará miles de kilómetros más cerca de la Tierra. Respecto a enmendarlo... llevo años intentando descubrir donde

lo cometí y ni yo ni los mejores matemáticos de Europa hemos sido capaces de encontrarlo.

—No se atormente por eso. ¿Quién podría discernir una magnitud tan pequeña?

—Cualquiera, porque el cruel Destino ha querido que mi error sea visible por todos los mortales. Dos décimas de milímetro es justo la mínima magnitud capaz de apreciar el ojo humano y, tarde o temprano, alguien lo descubrirá.

—Pierre, sigo sin comprender que eso sea motivo de tanta amargura.

El francés exhaló un suspiro cerrando los ojos.

—Borda puso a mi disposición el círculo repetidor: el instrumento geodésico más preciso que se haya construido nunca. Mi compañero, Delambre, con quién compartí siete años de peligros y penalidades midiendo en campo los triángulos que envuelven al Meridiano, siempre me apoyó, aun a sabiendas de que yo había cometido un error, algo que nunca tuve valor de confesarle a pesar de nuestra vieja amistad. Los mejores matemáticos y científicos del mundo: Laplace, Legendre y hasta Gauss, el joven genio alemán, revisaron los cálculos de tan trascendental misión sin descubrir el maldito error. Pero sólo a mí me cabe el «honor» de haberlo ocultado llegando a manipular los datos de campo; mintiendo y traicionando a mis colegas y amigos, a mi familia, a mi país y, lo que es peor de todo, a mí mismo.

Los ojos del sacerdote, hechos a la oscuridad pudieron apreciar la cara cetrina del hombre, perlada por el sudor. Le palpó la frente.

—Está ardiendo, «mesié». Debería verlo un médico y ponerse a bien con Dios.

—Ya me vio uno y diagnosticó que padezco fiebre amarilla. Los pescadores de aquí dicen que es paludismo. Poco importa el nombre. Se llame como se llame, pronto me llevará a la tumba. Pero no me compadezca, en realidad puede que haya venido hasta este insalubre lugar buscándola. Ya no tengo familia, patria ni amigos. Mañana, el barón de Pobla Tornesa, el único que me queda, me

llevará a su casa de Castellón para que no muera en esta choza sólo como un perro. Estoy fatigado, mosén, puede irse y contar mi revelación a todo el que quiera escucharla. Le libero del secreto de confesión pues no deseo otra cosa que se sepa quién soy y purgar mi culpa. Tampoco me absuelva, ya que ni el perdón de Dios vale de nada si yo no puedo perdonarme a mí mismo.

—Está bien, hijo, sólo disponía de una hora y ya ha pasado. Tengo muchos feligreses que atender y debo irme ya, visto que no puedo hacer nada para reconfortar su espíritu. Que Dios tenga misericordia, le dé la paz que no desea y se apiade de su alma.

El mosén se levantó y lo bendijo desde la puerta. Apesadumbrado, salió de la oscuridad de la barraca.

Pierre François André Méchain: prestigioso topógrafo, matemático, astrónomo y geodesta, fue comisionado junto a su colega Jean Baptiste Joseph Delambre, para medir el arco de meridiano Dunkerque-Barcelona a comienzos de la Revolución Francesa. En su larga odisea, fueron sometidos a juicio y encarcelados en varias ocasiones, tanto por monárquicos como por republicanos. Hasta llegaron a ser condenados a muerte y estuvieron a punto de ser guillotinado pero, tras muchas vicisitudes, lograron llevar a término su titánica misión.

Los trabajos se iniciaron en 1791 bajo el mandato de un Luis XVI en su ocaso. Delambre partió desde Dunkerque hacia el Sur. Méchain, desde Barcelona hacia el Norte. Se



encontraron siete años más tarde en Rodez, completando así la medición del arco de meridiano que determinaría la longitud del metro que, con el tiempo, fue adoptado por la gran mayoría de los países, tal y como Méchain predijo.

El chovinismo francés impidió que se reconociera que había una discrepancia notable entre los resultados de ambos, achacable a un error en las medidas de Méchain, y dieron por bueno el resultado. Ese mismo chovinismo le dedicó en el centro de París una importante calle junto a la de su colega. No obstante, Delambre fue considerado un héroe por todos pero nadie, ni su propia familia, reclamó siquiera el cuerpo de Méchain, que fue enterrado en un lugar desconocido del cementerio de Castellón de la Plana.

Por suerte para él, la unidad métrica actual ya no es la diezmillonésima parte del meridiano terrestre. Desde la 17ª Conferencia General de Pesos y Medidas celebrada en 1983, el metro se define como la distancia que hace la velocidad de la luz en el vacío en $1/299.792.458$ segundos, desvinculándolo así de cualquier relación con la Tierra. Su error por tanto, ya no tiene importancia alguna y Pierre François André Méchain puede al fin, allá donde esté, descansar en paz, rehabilitado y con su prestigio intacto.



Monumento
a ž Ń«±± "±" ±Ń' "ŃŃ



Pierre François André Méchain
(1744-1804)

Además de dar su nombre a una calle de Castellón, recientemente se ha levantado un monumento en el parque Ribalta, de dicha ciudad, que recuerda el lugar donde se cree que fue enterrado, haciendo así justicia a uno de los más grandes astrónomos que ha tenido Francia, al que su meticulosidad y enfermiza exigencia consigo mismo, llevaron a un lento suicidio en la zona más pantanosa y plagada de mosquitos de la Albufera de Valencia.

Años después alguien, de forma accidental, descubrió su error. Parece ser que no fue debido a algún fallo en la medida de los triángulos o en los cálculos posteriores, sino a la determinación de la latitud de partida en Montjuich. Paradójicamente, el mejor astrónomo confundió Mizar con Alcor, su estrella doble. Una equivocación propia de un niño, que originó un error de cien metros que arrastró por media Francia, algo que, ni él, ni los mejores cerebros de la época imaginaron siquiera que pudiese ocurrir.

Introducción al relato

«LA LEYENDA DEL TOPÓGRAFO SOLITARIO»

¡RÁPIDO, RÁPIDO!

Nunca he llegado a comprender del todo el porqué de la obsesión por la rapidez que se da en los topógrafos. Desde siempre, ha sido usual que los trabajos se pagaran a tanto el punto, el eje de poligonal o la hectárea. Dicho destajo se daba también en las campañas del Instituto. Desde mi ingreso en 1970 y durante veinte años, más o menos, funcionó el sistema de módulos por el cual se cobraba por vértice observado, kilómetro nivelado o parcelas medidas. Si le echabas horas, la zona era fácil y sobre todo eras rápido, te forrabas, pero de no ser así, ibas apañado, porque no sacabas ni para pagar el hotel, los peones y la gasolina. Quizá eso explique el motivo de tantas prisas.

Desde 1975 se empezó a cobrar con dietas y kilómetros, aunque el módulo no se abolió hasta los noventa para júbilo de los tranquilos y decepción de los más rápidos.

No todo es imaginado en la sátira disparatada que viene a continuación. Yo he sido testigo en mi despacho, de una agria discusión entre dos compañeros, uno del Instituto y otro, empresario, sobre cuál de ellos era más rápido. Cada uno hacía gala de haber dado un gran número de puntos de apoyo que, de inmediato, el otro menospreciaba con otro número mayor. Después de mucho discutir, uno de ellos lanzó un órdago declarándose «el más rá-

pido de España». Al otro eso le escoció como un par de banderillas y casi se lía la marimorena. La porfía se cerró con un «cuando quieras nos ponemos a apoyar juntos tu y yo y me lo demuestras». «Por mí mañana mismo».

Tras calmarse los ánimos tomando unas cañas en la cafetería, se despidieron con frialdad y un «ya nos veremos», que sonaba a desafío en toda regla. Desconozco si llegó a producirse alguna vez el duelo.

También es real que a otro compañero que allá por los 70 estaba observando tercer orden, se le ocurriera la peregrina idea de llevarse del almacén un teodolito Wild T3 utilizado sólo en primer orden en lugar del T2 reglamentario de tercero, en aras —pensó el hombre— de una mayor precisión. Comoquiera que la lectura de los cenitales era diferente para uno y otro y los compañeros de la Sección de Cálculo desconocían el cambio de instrumento, los bloques de triángulos empezaron a crujir en altimetría. Como daba la casualidad de que los errores afloraban siempre en las zonas observadas por el compañero del T3, se acabó por descubrir el entuerto y tras unas palabras gruesas al «preciso» y unas disculpas de éste, al final todo acabó en unas risas y otra historia más que añadir al anecdotario geodésico.

Y es que a veces la realidad supera la ficción, por disparatada que esta sea.

LA LEYENDA DEL TOPÓGRAFO SOLITARIO

Dedicado a Adán, mi hijo y compañero y, por extensión, a todos —que no son pocos— los que un día decidieron seguir los pasos paternos, ya sea en el IGN-CNIG, el resto de las Administraciones o la Empresa Privada.

También, por otros motivos que los avispados lectores comprenderán al leerlo, se lo dedico, aunque él nunca llegue a enterarse, a Clint Eastwood.

Simón Asperilla es —o fue, ¿quién sabe?— el topógrafo más rápido de España. Su padre, llamado como él, también ejercía la misma profesión aunque para su desgracia no era titulado. Se ganaba bien la vida como práctico, hasta que un mal día en una obra, a un perito topógrafo borracho y pendenciero se le calentó la boca y de muy malas maneras, delante de todo el personal, lo humilló llamándole «practicón». Desde ese momento empezó para él un calvario que acabaría por llevarlo a la tumba.

No se sabe si por falta de oído o exceso de susceptibilidad, el hombre se ofuscó en que le había llamado «maricón» y ese ultraje no lo podía tolerar alguien que se viste por los pies. Como era de justicia, lo mató abriéndole el cráneo con el trípode inglés de veinte kilos de hierro de Sheffield y roble de Sherwood, que soportaba un arcaico y pesado teodolito Troughton que, con las prisas, ese día había olvidado desmontar. En el juicio, Simón, desamparado por

su empresa, alegó que el duelo fue a ley pues su rival se defendió con otro trípode, en este caso de un pequeño nivel de obra. El juez tuvo en cuenta que tal artefacto de aluminio pesaba sólo dos kilos. Vista la desproporción —dolo causal, dijo— del peso y contundencia de las armas y la exagerada reacción ante la palabra injuriosa, ya fuese «maricón» o «practicón», tanto daba, lo condenó a la pena de diez años y un día de cárcel, que cumplió íntegra en el penal de Ocaña.

Acostumbrado como todo topógrafo, a la libertad que da el campo, salió de prisión muy perjudicado de salud. Dado que no deseaba que a su hijo —que además del nombre compartía con él un gran amor por la profesión— pudiera pasarle lo mismo, ya en su lecho de muerte le hizo prometer que sacaría el título de Perito Topógrafo.

El chico también juró más tarde ante la sepultura del padre, que honraría su memoria siendo además el más rápido de España y, ya que el causante de su desgracia había muerto sin sufrir apenas, se tomaría la justicia por su mano cobrando venganza en todos los peritos que se cruzasen en su camino. Escaso de medios económicos, tuvo que esforzarse para conseguir una beca. Fue el número uno de la promoción y, una vez obtuvo el título con el que nunca nadie podría llamarle «practicón» o «maricón», tanto daba, trabajó con el mismo denuedo con que había estudiado.

Simón Asperilla hijo, flamante perito topógrafo, armado con el viejo Troughton paterno recorrió montañas, valles, carreteras, canales y cualquier lugar donde hubiese algo que medir. Era meticoloso y, sobre todo, rapidísimo, a pesar de lo inadecuado de aquel armatoste heredado del que juró no desprenderse jamás. Esas cualidades le hicieron ser buscado con ahínco por empresas, organismos oficiales y particulares, tanto como envidiado por los demás peritos: sus colegas e íntimos enemigos.

Rehuyó los enfrentamientos con prácticos, a los que por contra, consideraba amigos, pero así que sabía de algún titulado que se jactaba de ser rápido, lo perseguía hasta encontrarlo, retándole a

un duelo del que siempre salía vencedor. Impresionaba ver a aquel junco de metro noventa tocado con un sombrero de ala ancha, apearse despacio de su polvoriento Jeep descubierto y, Troughton negro y oro al hombro, avanzar con andares desgarrados, culo escurrido, entrecerrados los ojos y mordiendo un puro apagado que le colgaba del labio inferior.

Daba las vueltas de campana con sólo la larguísima uña del meñique, y leía los limbos sin dejar que el aparato llegara a detenerse del todo. Apuntaba en la libreta sin mirar y sus cuatro vigorosos peones eran relevados, exhaustos, cada hora. Era tal su superioridad que si la víctima le caía especialmente mal, lo humillaba parándose a tomar unos whiskies en el bar del pueblo, esperando paciente a que el otro acabara. Así de sobrado iba Simón. Las patas del trípode inglés fueron llenándose de muescas victoriosas que tallaba con su navaja, hasta que un mal día un perito desconocido, armado con un ligero Wild T2 lo retó a apoyar a escala 1/25000.

La noche pasada en vela con tres chicas de alterne del club Love, el peso del aparato y las largas distancias entre punto y punto acabaron por agotarlo y, por vez primera, conoció el amargo sabor de la derrota. Esa circunstancia fue el principio del fin para Simón, tal y como aquel malhadado «practicón» o «maricón», tanto daba, lo había sido para su padre. Fiel a su memoria, siguió obcecado en no abandonar su querido Troughton, con el que había echado los dientes, y cumplir la promesa que un día hizo ante su tumba. Para ello realizó él mismo —pues además era muy mañoso— algunas modificaciones en aquel viejo instrumento, que dejó flamante. Sustituyó el trípode inglés por un ligero Kern y asimismo, cambió las piezas más pesadas del teodolito, entre ellas el gran limbo cenital, por el de otro Troughton más pequeño. Desde entonces no volvió a perder un duelo, batiendo además uno tras otro sus propios records. Ignoro si tuvo conciencia de que el nuevo limbo tenía graduación centesimal, y no sexagesimal como el de origen ni si, como forma de vengarse de las empresas que tan mal habían tratado a su padre, fue intencionado el desbarajuste que lió

con ambas graduaciones en la medida y cálculo de los cenitales. Lo cierto es que en poco tiempo, comenzó a cundir la alarma por doquier.

Las aguas del Segura empezaron a fluir hacia el Tajo por el canal del trasvase, para regocijo de los alcarreños y disgusto de los murcianos. Un túnel bajaba y bajaba, y si no llegan a parar la obra, hubiese llegado al mismo infierno. Las carreteras se cubrieron de puntos negros por curvas peraltadas al revés y en las urbanizaciones, el agua de las piscinas rebosaba por uno de los costados. Y todos estos desastres llevaban la misma firma: Simón Asperilla y su temible Troughton tuneado de competición.

La guardia civil fue a detenerlo a Extremadura, donde se hallaba trabajando en el Plan Badajoz. Además de que algunos canales fluyeran al revés, los pacenses habían dado la voz de alarma al advertir que las campanas de los Pueblos de Colonización sólo daban el «ding», pero nunca el «dong», de lo inclinadas que estaban las torres de las iglesias. El astuto Simón, así que olió a los picoletos, se echó el Troughton al hombro y montando a pelo un veloz caballo negro azabache que pacía por allí, huyó al galope abandonando España para siempre.

Unos dicen que cruzó por accidentadas veredas la frontera de Portugal y acabó en Brasil, donde se le responsabilizó, sin fundamento alguno, de la salvaje deforestación de las selvas del Amazonas y el tan temido cambio climático. Otros, que huyó a Egipto, donde replanteó el recrecimiento de la presa de Asuán, que tantos problemas dio después. Los más, aseguran que fue abatido a tiros por los cazarrecompensas, que le persiguieron sin tregua atraídos por los cien mil dólares que, en pasquines clandestinos, ofrecieron por su cabeza Huarte, Dragados, MZOV y demás grandes empresas que habían sufrido enormes pérdidas por su culpa. Hasta hay quien asegura que aún vive en algún escondido rincón del planeta, de la fortuna que amasó trabajando a destajo.

Es cierto que Simón causó graves trastornos. Pero no lo es menos que radiar cuatro mil destacados o dar ciento cincuenta

puntos de apoyo al día, son hazañas que jamás se olvidarán. La única verdad, lo que queda para la Historia, es que Simón Asperilla fue, es y será el Topógrafo más rápido de España y aún del Universo, de eso estoy bien seguro. Tanto, como de que cumplió su sagrado juramento y se convirtió en leyenda. La inmortal Leyenda del jinete solitario que un lejano día, envuelto en un poncho marrón con rayas blancas, se perdió de vista para siempre al oeste del Guadiana.

Introducción al relato

«LA SANTA FE»

VOLVAMOS AL PASADO

Los trabajos de campo tienen sus peculiaridades que los hacen más o menos cómodos, peligrosos o aburridos... y hasta, a veces, vergonzantes. En esto último, se lleva la palma las observaciones gravimétricas. Por si alguien lo desconoce, el gravímetro consiste en una caja cuadrada de una cuarta de lado que se estaciona en el suelo. Como el ocular está a 20 cm de éste, la postura a adoptar por el operador a la hora de leer es tal cual la de un musulmán orando. Yendo por lugares poco transitados, eso no tiene mayor importancia, no siendo un dolor de riñones crónico, pero la cosa cambia cuando hay espectadores. Puedo asegurar que la mayor vergüenza que he pasado trabajando en campo fue cuando me tocó observar una línea por el centro de Barcelona en plena hora punta:

¡Eso en la mezquita, mamón!... No, si ya te digo yo que estos nos están invadiendo... Pobre hombre, se le ha debido caer un euro y lo está buscando. Y luego dicen de nosotros, los catalanes... Joé con el tío, aún no es mediodía y ya está como una cuba...

Esos fueron sólo algunos de los comentarios que tuve que oír.

Pero anécdotas aparte, para mí, los más gratificantes han sido las observaciones astronómicas y el proyecto de la red geodésica.

Respecto a las primeras, la determinación de puntos Laplace, observando en campo pasos de estrellas por el meridiano del lugar para obtener longitud y latitud astronómicas, así como series a la Polar para conocer el acimut, no dejaba de ser algo mecánico y rutinario, donde lo fundamental era tener pulso y habilidad para atrapar el puntito de luz del astro y mantenerlo pegado durante todo su recorrido, al hilo vertical del retículo del impresionante Wild T-4 (60 Kg de peso y apreciación directa de 0,1" y 0,01" a estima, precisaba de dos operadores para manejarlo. En mi caso formaba pareja con mi amigo Fernando), mientras el martilleo de la impresora del preciso cronógrafo de 1/1000 de segundo imprimía las lecturas de tiempo.

Con ser interesante y fino este trabajo, más aún lo era aprovechar las esperas entre estrellas, a menudo de más de media hora, para deleitarse observando en las noches claras el firmamento en lugares remotos alejados de cualquier fuente de luz, en primeros órdenes situados a considerable altitud. Allí la visión del cielo no tiene comparación con la que acostumbramos a tener en lugares habitados y sorprenden e impresionan al urbanita. Estrellas, planetas y galaxias muestran el Universo en todo su esplendor. Con la ayuda de un mapa del cielo, uno aprendía a identificar las constelaciones y casi llegaba a comprender lo que es el Infinito.

Aunque por otros motivos, el proyecto de la Red Geodésica era igualmente atractivo. Localizar vestigios, como señales esculpidas en roca o carbón enterrado, de vértices que proyectaron hace muchas décadas o, en ocasiones, más de un siglo, compañeros a los que no habías llegado a conocer ni de oídas, así como buscar accesos con todoterreno, moto de trial, caballería, helicóptero y, a veces, escalando durante horas montañas de vértigo, tenía mucho de aventura y también de penalidades y peligros.

Por el contrario, la nivelación de precisión por carreteras, caminos y vías férreas, ha sido tal vez el trabajo más cómodo, pero también el más aburrido, seguido de cerca por el catastro. Sin embargo, la monotonía que supone llevar obsesivamente una línea

horizontal durante meses a través de cientos de kilómetros, tenía en ocasiones la recompensa de descubrir antiguas estaciones de ferrocarril abandonadas. Algunas, como la impresionante y conocida de Canfranc, perdían parte de su encanto al estar plagadas de turistas. En otras sin embargo, no era así. Todos conocen las placas del Instituto que hay en ellas indicando la altitud. Era fundamental para las nuevas líneas encontrar esas señales antiguas que llevaron hasta allí en su época, compañeros anónimos que aparecían con atuendos y aparatos anticuados en las viejas fotos sepia de las reseñas, donde se podían ver, mirando con curiosidad y respeto a la cámara; ferroviarios uniformados, mozos, viajeros y curiosos junto a trenes de vagones de madera arrastrados por locomotoras de vapor.

Recorrer muchos años después esas estaciones sin puertas ni muebles; la oficina de la aduana, en las fronteras; la del Jefe de estación, urinarios, muelles de carga y demás edificios anexos, paseando con dificultad por los andenes y vías cubiertos de maleza, era como viajar a un pasado que me traía vagos recuerdos de la niñez.

Con imaginación, uno cerraba los ojos y podía oír el bullicio de hombres, la mayor parte fugitivos del campo en busca de un trabajo en las fábricas de la gran ciudad y chicas jóvenes, casi niñas, con un sueño en la maleta de madera, a un incierto futuro en el servicio doméstico que, en muchos casos, acababa en pesadilla.

Después, vuelves de golpe al presente cuando una voz te sobresalta y, al abrir los ojos, ves que sólo queda soledad, ruinas, zarzas, calor, y un silencio sólo roto por el estridente canto de las cigarras. Y nostalgia, sobre todo nostalgia.

—Vamos, Bel, saca la cámara, que acabo de encontrar un clavo.

—Ya voy, Ernesto, ya voy.

LA SANTA FE

La antigua placa ovalada del Instituto Geográfico y Estadístico informaba de la altitud sobre el nivel del mar. Estaba algo resquebrajada por el tiempo y el vandalismo o, tal vez, por algún nostálgico que la intentó rescatar de la destrucción total a la que estaba abocada junto a la totalidad del edificio de la ruinoso estación.

895,5 metros sobre el nivel medio del mar en Alicante. Eso exactamente rezaba para que fuese leído por los viajeros. Pocos sabían que el mérito de aquel dato era en realidad del clavo de nivelación que, dos metros más abajo, estaba insertado horizontalmente en la pared y que gracias al musgo y a que un banco de madera que a algún jefe de estación, hace muchos años se le ocurrió adosar a la pared, quedó oculto a la vista. Esto lo protegió dejándolo envejecer en paz junto a su inseparable compañera, la placa, sin que fuese arrancado. Ambos fueron testigos del paso de los incontables viajeros que durante muchos años, pasearon por aquel andén aguardando la llegada del expreso, al que subieron llevando en sus maletas de madera atadas con cuerdas; sueños, ambiciones, miedos, nostalgias, desengaños, o vaya usted a saber qué.

Más visible que aquellos dos trozos de metal y protegido por la altura a la que estaba anclado a la pared, el reloj de hierro de dos caras, orientadas a ambos lados del andén, también sobrevivió

hasta nuestros días. Roto, eso sí, pues ni la distancia al suelo le libró de las pedradas. Primero fueron los cristales, después las esferas y, por último, la maquinaria que, más bien por causa del óxido, acabó por paralizarse del todo.

Si pudieran hablar y contar las historias de las que fueron muchos testigos, aquellos tres desechos metálicos estarían de acuerdo en que la más asombrosa de ellas ocurrió ya en el siglo XXI, cuando hacía muchos años que la estación había dejado de ser tal para convertirse en un descarnado apeadero desierto.

Sucedió una tarde de otoño de 2003.

La llegada de la anciana al andén, coincidió con una ráfaga de viento que hizo que el cartel oxidado en el que aún se podía leer «Villamayor de...», se balanceara chirriando rítmicamente: ñac-ñic, ñac-ñic, como si el reloj parado que tenía debajo hubiese revivido marcando el tiempo al revés. La mujer, encorvada, sarmentosa y cubierta con un anticuado vestido largo, se sujetó con una mano el sombrero de color indefinido para que no saliera volando, mientras con la otra agarraba un viejo paraguas negro del que colgaba una varilla rota. Tres críos que jugaban al fútbol en el andén desierto pararon al verla y, a coro, comenzaron a burlarse de ella.

Looca, looca, looca, cantaban a coro saltando alborozados a su alrededor.

Un empleado de Renfe, salió del edificio dirigiéndose a ellos.

—Ya basta chicos, dejad en paz a esta pobre mujer. Y usted, señora, aléjese de las vías; falta poco para que pase el tren.

—Lo sé muy bien, caballero —respondió ella con ingenua dulzura ignorando a los niños—. Precisamente estoy aquí para tomarlo.

Looca, looca, looca, continuaban con su letanía los chicos hasta que, perdiendo poco a poco el interés por la anciana, volvieron de nuevo a su partido.

—¿Tomarlo, dice? Escuche, señora, éste no es lugar seguro para usted. Es mejor que se vaya de aquí—dijo pacienzudo el empleado.

—Eso es justo lo que voy a hacer, joven. En cuanto pare el tren, voy a subir a él y me marcharé de aquí para siempre.

—Pues yo le aseguro, señora, que el tren no se detendrá. Hace cincuenta años que ninguno lo hace en este maldito lugar, que ya ni siquiera es estación. Sólo es un apeadero en el que, sin embargo, nunca se apea nadie.

—Pues puede que no se apea nadie, pero hoy sí va a subir alguien: yo. Se detendrá para que pueda hacerlo porque, ¿sabe, joven?, como le dije, he de tomar ese tren. Saqué el billete con mucha antelación: vea.

La anciana abrió su bolso de cuero negro cuarteado en el que únicamente había un pañuelo sucio, la vieja foto de un hombre joven tocado con un *canotier* de paja, y un billete de tren arrugado que entregó al hombre que, al examinarlo, sonrió meneando escéptico la cabeza.

—Pero, ¿dónde va con esto, buena mujer? Este billete es de 1942. El tren paraba aquí entonces, pero dejó de hacerlo en 1960. Ya no tiene validez.

—Pues está sin picar y no tiene fecha de caducidad. Por tanto es válido y usted, como jefe de estación, lo que tiene que hacer es desempeñar su trabajo. Póngase la gorra y muestre al maquinista el banderín rojo para que se detenga cuando se acerque porque yo, he de subir a ese tren —insistió ella enfadada, dándole unos golpecitos en el hombro con el paraguas.

El hombre, empezando a impacientarse, contrariado, negó con la cabeza.

—Mire, señora; se ponga como se ponga, tenga la seguridad de que ese tren no va a parar. Además, yo no soy jefe de nada; sólo un trabajador respondón castigado con este destino de mi... Bueno, si quiere puede reclamar a Renfe la devolución de las quince pesetas que pagó por el billete. Después de todo, tal vez lo quieran para exhibirlo en el Museo del Ferrocarril —dijo el hombre tratando de hacer un chiste que la anciana no captó.

—Pero yo no deseo que me devuelvan el dinero. Quiero utili-

zar mi billete para lo que lo saqué: para irme de aquí. Por eso, joven, he de subir a ese tren. Debí tomarlo aquel día de verano de 1942, pero no lo hice y lo he lamentado toda mi vida. He de cogerlo ahora porque no tendré otra oportunidad y para mí es un viaje muy importante: el último, ¿comprende?

El viento cambió de dirección y trajo por un momento el sonido lejano de la bocina de un tren que aún no se divisaba.

—Vamos señora, déjese de tonterías y no me haga perder más el tiempo. Aléjese de las vías; el Talgo pasa a ciento cuarenta kilómetros por hora y podría succionarla.

Perdiendo la paciencia, la cogió por los hombros empujándola suave pero firmemente hacia el desvencijado banco situado bajo el reloj, y en cuya madera llena de grietas aún se adivinaba algún resto de pintura verde descascarillada.

El viento, que había cesado de golpe, silenció el «ñac-ñic», deteniendo el tiempo. Los pájaros enmudecieron y los niños, dejando de jugar, se sumaron a la quietud absoluta que se había apoderado de la estación.

—¡Suelte inmediatamente a la dama! Tiene que tomar este tren —rompió aquel silencio una autoritaria voz masculina—. No tema señorita; he vuelto para que esta vez no lo pierda.

Quién había hablado era un hombre muy anciano de grandes bigotes blancos y uniforme azul, tocado con una gorra roja bordada en plata, de la que sobresalía una visera de charol negro y al que nadie había visto llegar. Tras mirar a la mujer con afecto, comenzó a desenrollar pausadamente la tela roja del banderín.

—He puesto la más nueva y grande que tengo para que la vea bien el maquinista. ¿Dónde está su equipaje?

—No llevo. Donde voy no lo necesito. Gracias por llegar tan puntual.

—No las merece, señorita. Los Jefes de Estación debemos serlo. En cien años nunca me he retrasado y no lo iba a hacer en esta ocasión —le dijo el recién llegado consultando el reloj de bolsillo con cadena que había sacado del chaleco—. Sé mejor que nadie lo

importante que es para usted este viaje. Siéntese tranquila hasta que pare el tren. A ver joven, aléjese de las vías o le quemará el vapor —dijo al empleado, que, sumiso, se dejó apartar por el anciano, mientras a lo lejos ya se veía la silueta brillante del Talgo agrandándose por momentos.

El Jefe de Estación se situó en el borde del andén levantando su brazo derecho, en cuya mano se erguía vertical el palo de la bandera semiculto por la tela que colgaba hacia envolviéndolo. Una breve pero intensa racha de viento, hizo que se desplegara ondeando hasta ponerse horizontal; roja, brillante, majestuosa.

El maquinista, cuyo rostro ya se podía distinguir, aplicó los frenos. De raíles y ruedas de hierro bloqueadas saltaron miles de chispas, y una nube de humo, vapor y niebla cubrió por entero la estación. El olor acre de la carbonilla hizo toser a todos, menos al viejo ferroviario, que aspiró complacido aquel aroma casi olvidado.

Cuando el denso velo blanquecino se fue disipando, sobre las vías y junto al andén, estaba detenido un humeante tren expreso de vagones de madera, tirado por una locomotora negra. No se veían pasajeros ni maquinista alguno. Sólo, desde la plataforma de un vagón de primera clase, un hombre joven tocado con un *canotier* de paja, tendía su mano a una bella y esbelta muchacha vestida de blanco, que se cubría con una pamea y una pequeña sombrilla del mismo color y que, grácilmente, ascendió desde el andén los tres altos peldaños hasta llegar junto al joven. Él le besó la mano; ella, cogiéndolo del brazo, se apoyó arrobada en su hombro y ambos entraron muy juntos en el vagón.

Otra caprichosa ráfaga de viento hizo oscilar la cuerda de la campana, que repicó varias veces. El Jefe de Estación, irguiéndose ceremonioso y mirando al frente en dirección a la máquina, hizo sonar el silbato levantando vertical la bandera roja que antes había enrollado cuidadosamente en el palo. La gran locomotora «Santa Fe» de veinte ruedas, algunas tan altas como un hombre, atronó el aire con dos largos bramidos y, expulsando nubes blancas de vapor por los costados y humo negro por la chimenea, tiró del expreso,

que comenzó a moverse con lentitud. La joven, desde una ventanilla, se despidió sonriente del Jefe de Estación, agitando su mano enguantada. De nuevo el humo, el vapor y la niebla envolvieron al tren y, cuando al cabo de un rato se disipó, dejó ver, sola y empequeñecida por la lejanía, la oruga plateada del Talgo alejándose a ciento cuarenta kilómetros por hora.

En el andén los niños estaban inmóviles y boquiabiertos. El empleado buscó con la mirada al Jefe de Estación, que también había desaparecido junto con el expreso. Sólo vio en el banco el cuerpo recostado e inerte de la anciana que, como dormida, sonreía en paz, custodiada por el reloj ya parado para siempre, la placa y el clavo. Junto a la mujer y aún sujeto por su mano, el viejo paraguas negro yacía con la varilla rota reposando en el suelo del andén de piedra de la Estación de Villamayor de los Montes.

Introducción al relato «PACA BRONCHALES»

PACA BRONCHALES

Paca Bronchales es un personaje muy querido. Vino a mí, heredado, como llega a veces una «segunda relación» que resultó ser muy grata.

Yo ya había publicado algunos relatos en «Topografía y Cartografía», la revista bimensual del Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos en Topografía. Un día su director, que unos años antes había escrito dos artículos de ese personaje imaginario, me animó a que lo resucitara con una nueva personalidad más fuerte, escribiendo bajo seudónimo nuevos artículos para una sección fija llamado «El Blog de Paca Bronchales». Aunque algo reacio al principio, pues no me acababa de convencer eso de heredar un personaje ajeno, suponía un reto meterme en la piel y, sobre todo, en la cabeza de una mujer. Acepté a condición de que tuviese total libertad para dar forma y carácter al personaje, como así fue.

Mi relación con ella duró más de un año, en el que disfruté de aquel cambio mental de sexo y me hizo valorar y querer aún más a las mujeres. La aceptación por parte de los lectores fue buena y conseguí hacer creer que Paca Bronchales era en realidad una topógrafa de la empresa privada, que había estudiado la carrera en la escuela de Madrid. Me divirtió oír afirmar a varios compañeros y lectores que estaban enganchados al blog, que la tal Paca era real.

Naturalmente, no revelé que ella y yo éramos la misma persona. Incluso hubo algunos colegas, que eran profesores en los años en los que la Bronchales supuestamente había estudiado, que estuvieron consultando listas de la época y cotejaron recuerdos para averiguar quién era aquella lanzada. Hasta alguno aseguró tenerla identificada como alumna suya, haciendo cábalas y creyendo haber descubierto al fin quién se ocultaba bajo aquel seudónimo.

Pues no, Paca Bronchales y los otros dos personajes que la acompañaban; José Manuel, un viejo topógrafo del Instituto y Javito, su propio sobrino y actual estudiante de Topografía eran pura ficción y cualquier parecido con personas de carne y hueso, pura coincidencia.

Por desgracia, cuando ya estaba listo para publicar el sexto artículo y tenía unos cuantos más en mente, la revista cerró por culpa de la crisis y mi querida Bronchales tuvo que morir en la flor de la vida literaria. Estos fueron los cinco únicos artículos que se llegaron a publicar en su blog.

En fin, Paca, sólo quiero que sepas que fuiste para mí un personaje muy entrañable y, de haber sido real, hubiésemos sido buenos amigos. El tiempo que duró nuestra relación, significó una inolvidable experiencia y, al menos, me consuela saber que siempre nos quedará Bronchales (Teruel).

Hace unos años, una tarde que estaba en el campo sentada en una piedra, viendo en soledad una de esas puestas de sol que sólo se pueden contemplar en la Sierra de Albarracín y para colmo de dichas, comiéndome un bocadillo de chorizo que me sabía a gloria, tras una larga jornada topográfica-campestre de las que me gustan, sentí deseos de transmitir el estado de felicidad en que me encontraba, y se me ocurrió escribir una especie de relato para la revista de nuestro Colegio. Comoquiera que la cosa parece que tuvo cierta gracia, me animé y escribí otro más elaborado en el siguiente número. No sé con qué aceptación, porque aquí no hay índices de audiencia, *shares*, ni otras zarandajas y así, ante el temor de caer pesada por un lado y el poco tiempo libre que tiene una con esta bendita —a veces— profesión, di por finalizada mi efímera carrera de escritora.

Parece un contrasentido que ahora que hay tanto paro y, por primera vez su negra sombra ha aparecido en nuestra profesión de forma significativa, yo tenga más trabajo que nunca. Espero no ser la responsable de la crisis, y que alguien me acuse de acaparar yo sola el poco trabajo que hay. No es mi intención, desde luego; que a una le gusta el «curro», pero no es ni mucho menos adicta a él. Más bien puede ser que el jefe de la empresa en la que trabajo, aprovecha la crisis para hacer un reajuste que, simplificando, viene a ser: a menos faena, muchos menos topógrafos y por el mismo salario,

mucho más trabajo para los pocos que hemos quedado. No sé si me explico. Que nadie piense que me meto con la patronal, ¿eh?, que sé que la cosa esta chunga para todos. Aprecio bastante al hombre, o sea mi jefe, y me consta además que el pobre también lo está pasando mal y, como medida de austeridad, este año ha cambiado su habitual viaje de verano al extranjero, que planeaba en Tailandia, por uno más modesto a su pareado de Matalascañas.

Una vez explicado el porqué dejé la pluma o, más bien el Word, les diré el motivo por el que la retomo. Parece ser que, sin que haya sido un clamor, algunos han echado de menos esos escritos de la topógrafa Bronchales y la dirección de la revista me ha propuesto escribir alguno más, así que una, que no es inmune a los halagos, se sienta de nuevo gustosa ante el teclado dispuesta a tratar de entreteener un poco al personal que, a lo mejor, entre tanto artículo técnico y a falta del consabido *sudoku* que ya viene hasta en las hojas parroquiales, agradece unas pocas páginas de anécdotas, chascarrillos y pensamientos de esta humilde topógrafa de empresa que, a falta de calidad literaria, os ofrece contar lo que se le ocurra referente a la profesión, con llaneza y sinceridad. De otros temas, sobre todo de política y de mi vida privada, intentaré no hablar, que sobre todo esto último no le importa a nadie, aunque como me conozco y me tengo por lenguaraz, seguro que algo se me escapa.

Si vamos a comenzar una relación más o menos regular, debo empezar por presentarme. Soy de Bronchales, un bonito pueblo de la provincia de Teruel que no llega ni a tener 500 habitantes, pero está situado a más del triple de metros de altitud: 1569. Como además está en la umbría de la vertiente norte de la Sierra de Albarracín, los veranos son de dormir con manta ó mantas, cosa que se agradece, que una, que está acostumbrada a estos fríos, sufre mucho cuando tiene que hacer poligonales y apoyos en los veranos manchegos, pongo por caso, máxime desde que, prematuramente, me han comenzado los primeros sofocos propios de la edad... ¿Ven lo que les dije antes de mi facilidad para largar cosas privadas? Me callo, pues. De los inviernos, ni hablo: el lector se hará cargo.

Estas peculiaridades hacen que la gente de Bronchales sea especialmente sobria, recia y curtida, y que los jamones, chorizos y demás embutidos, sean de los de no te menees. Aunque nuestros cerdos sean blancos y eso suponga un hándicap respecto a los negros, en una especie de extraño racismo puerquil —pero al revés, puesto que se discrimina y menosprecia al blanco respecto al negro—, no cambio un jamón de mi pueblo por el mejor Jabugo. ¡Sacrilegio!, pensará más de uno. ¡El mejor jamón ibérico del mundo comparado con un humilde blanco que no ha visto en su vida una bellota ni en fotografía! Pues, ¿sabe que les digo? Que ganamos hasta en lo de la denominación. ¿Qué más ibérico hay que además de ser el puerco o tocino, que les llamamos allí, de la península Ibérica, sea nacido y criado en lo más intrincado del Sistema Ibérico? Y dejo el tema, que además de no ser nada topográfico, puede herir susceptibilidades entre mis amigos onubenses, y eso es lo último que una quiere, amén de reconocer que su jamón es también muy bueno y que en las gambas, las mejores, no hay color: hay que asumir que por Teruel no se dan demasiado. En fin, que una es española por los cuatro costados y después de veinte años de profesión, conoce y quiere hasta el último rincón de este país.

Mi nombre es Bronchales, Francisca Bronchales, o mejor Paca para los amigos, es decir, prácticamente todos; que enemigos no los tengo ni los quiero, y si alguno se ha molestado alguna vez por alguno de los bufidos propios de mi carácter y desajustes hormonales, peor para él, pues seguro que fue sin intención. Más de uno habrá pensado que he utilizado el nombre de mi pueblo como seudónimo. Pues no. Además de que creo que eso de usar seudónimo es de escritores buenos y consagrados, es que da la casualidad que mi apellido coincide con el nombre de mi pueblo, algo que me enorgullece, a pesar de que en los años que pasé estudiando en Madrid mi apellido sirviera para alguna que otra chufra entre los compañeros, aunque sólo al principio, que en poco tiempo, aunque peque de inmodestia, «la Bronchales» o «la Paca», fueron de los alumnos más queridos de la clase.

Estudié Topografía, como tantos otros, por una influencia externa. En muchos casos la vocación nos venía a los que estudiábamos, por ser descendientes o familiares de otros topógrafos, y en otros, como es mi caso, por amigos o conocidos.

En pueblos pequeños y aislados como el mío, especialmente hace veinticinco años, la gente estudiaba más bien poco. Por un lado, la vida era dura y el dinero no sobraba y, por otro, el conocimiento de las posibles carreras que se podían estudiar se limitaba a las que tenían alguna relación con el medio rural. Así se daban mucho los estudios eclesiásticos, veterinarios, médicos, farmacéuticos, maestros, o los peritajes agrícola y de montes. Por el contrario, que yo sepa nadie estudió publicidad, marketing, psicología o audiovisuales. Los agrimensores eran conocidos. ¿No iban a serlo, si las tierras, sus medidas y las rencillas, que muchas veces acababan en pleitos, eran el pan nuestro de cada día? Pero su estatus, que diríamos hoy, no era demasiado bueno. Sus conocimientos e instrumental eran muy rudimentarios. Cadena, escuadra y poco más, y además su salario no era como para animar a nadie. De hecho, estos hombres eran a menudo agricultores que habían aprendido el oficio y alternaban los dos trabajos.

Pero hete aquí que un buen día, allá por los primeros años cincuenta, casi veinte antes de que yo naciera, apareció por el pueblo un topógrafo. Aún no existía la escuela de peritos, pero sí el Cuerpo de Topógrafos Ayudantes de Geografía y Catastro del Instituto Geográfico y Catastral, al que se accedía con el título de bachiller superior y una oposición bastante dura.

Otro agrimensor que viene de la capital —se pensó entonces en el pueblo—. Este hombre, llamado José Manuel, vino a hacer la hoja del 1/50000 del término municipal de Bronchales con un teodolito, una brújula, las tablas de logaritmos y la regla de cálculo. Toda esta parafernalia, comparada con la simple cadena del medidor, impresionó a los lugareños, pero más aún lo hizo el ver como día a día durante muchos meses, en sus grandes pliegos de papel, que casaban a la perfección con los otros colindantes, iba apareciendo en

miniatura una precisa réplica del pueblo, los caminos, los ríos, fuentes, parajes y caseríos dibujados en colores, con una perfección exquisita y rotulados con primorosas letras en itálica o romanilla dignas del mejor de los antiguos amanuenses, que a todos maravillaba. Y eso que era solamente una minuta de campo a escala 1/25000. Bien, pues mira por donde, el topógrafo fue a ennoviar con una chica del pueblo. Lo que hoy hubiera sido una aventura pasajera sin importancia, no tenía cabida en esa época, de manera que el casto idilio acabó como tenía que ser: en boda.

Como en Bronchales nunca pasaba nada, esto dio que hablar largo tiempo. Aunque una boda entre dos jóvenes enamorados no tenía nada de particular, el hecho de que José Manuel hubiera llegado al pueblo con una vieja maleta de madera, montado en un burro que ni siquiera era suyo, y unos achiperres de trabajo, que tampoco lo eran, como única hacienda, ya se consideró algo sospechoso. Si además Fermina, la chica, no era demasiado agraciada, pero sí la hija única de Mariano, el hombre más rico del pueblo y, para colmo, a los seis meses de la boda dio a luz una niña que dio casi los cinco kilos en la romana—demasiado para una sietemesina, al decir de las comadres—, no era extraño que la pareja fuese pasto de los maledicentes.

Hay que ver: pero si ha nacido ya criada, cuchicheaban con malicia en los corrillos, haciéndose cruces recordando que la novia se había casado de blanco a pesar de que por lo visto después, el idilio no había sido tan casto.

—¡Jodó con la Ferminica! —decía dolido en la farmacia un primo lejano suyo que había visto esfumarse su vieja pretensión de cazarla—, con lo paradica que parecía.

—Pero si iban con «carabina» a todas partes, ¿cuándo han podido? —decía el boticario, un guasón con retranca que gustaba de tirar de la lengua a las clientas.

—¡Ay hijo! Para un desliz rápido, siempre hay tiempo y lugar.

Le replicó doña Manoli, otra terrateniente que estaba en ese momento en la botica, uno de los cuatro vértices del cuadrilátero

por el que discurría su vida, a saber: médico, botica, iglesia y cementerio, por ese orden, lugar este último donde visitaba asiduamente a su querido Senén desde hacía treinta años.

La mujer, con los noventa ya cumplidos y sorda como una tapia, vendió una tierra para comprarse uno de los primeros, caros y voluminosos «sonotones», del que decía estar muy satisfecha, a pesar de que la pila se le había agotado hacía dos años y no había forma de encontrar otra igual. Ella comprobaba que la pila de marras estaba en su receptáculo: entera, nuevecita y reluciente como el primer día y no entendía como le podían decir que aquello no tenía pila, con lo claramente que se veía que sí.

—¡Que no, doña Manoli, que he dicho «podido», y no «j...»!
—le gritó el boticario insistiendo divertido en el tema del embarazo, haciéndole dar un respingo.

—Pues eso mismo decía yo: «j...» ¡Y no me grite! ¿Es que se cree que soy sorda? ¡Mire qué cosas me hace usted decir! Ahora tengo que ir a confesarme otra vez por su culpa.

Terminó por decir incómoda doña Manoli, al tiempo que se iba rezongando y haciendo rodar frenética e inútilmente la ruedecilla del volumen del sonotone que, rota con tanto trajín que le había dado, giraba loca desde hacía años.

Pero las suspicacias se fueron olvidando. José Manuel, tras unos pocos años en los que hizo otras campañas similares en pueblos cercanos, por deferencia de sus jefes ante su situación familiar, acabó por pedir la excedencia del Instituto cuando la distancia se fue haciendo mayor y se quedó para siempre en Bronchales. Su suegro, que lo quería como al hijo que no había tenido, quiso que viviese a su sombra protectora o, al menos ayudarlos económicamente al principio, pero él rehusó y mantuvo a su mujer y a su hija ejerciendo como topógrafo por la comarca. No le costó mucho hacerse con un prestigio en toda la provincia y dejar en el paro a todos los agrimensores, y siempre se ganó la vida muy bien, callando todas las bocas y dejando claro que lo suyo fue por amor y de «braguetazo», nada de nada.

Eso sin tener en cuenta que el concepto de «rico», en el pueblo no aparejaba ni mucho menos las ventajas del rico de ciudad. Coches, sirvientas, viajes o chalés de lujo eran inimaginables. Si acaso como mucho, comer más y mejor, tener tractores en vez de caballerías, llevar los pantalones de pana sin remiendos y celebrar las bodas de los hijos con una descomunal comilona amenizada por jotereros y rondalla. Ahí acababan los privilegios del «adinerado» que, eso sí, guardaba los muchos cuartos procedentes de los renteros en algún escondite, caudales que, como dije y por voluntad de su yerno, nunca le reportaron ventaja alguna.

Hoy, camino ya de los noventa, José Manuel está muy bien para su edad. Yo, cuando tengo ocasión de ir al pueblo, siempre voy a visitarlo y paso muy buenos ratos oyendo sus recuerdos y experiencias de topógrafo que, no se crean, muchas veces me han servido y me sirven de enseñanza y me son muy útiles en el trabajo y en la vida. Fue y sigue siendo un gran profesional. Eso sí, con lo que no pudo fue con las nuevas tecnologías. Maestro con las tablas, cuyas páginas carecían de la esquina superior derecha, desgastadas de tanto usarlas, logró subirse al principio, con no mucho convencimiento, al tren de la calculadora, aunque al final acabó por cogerle el aire. Pero el ordenador ya fue otra cosa. Sólo mencionarlo era como mentarle a la bicha.

Para corresponderle a todo lo que de él había aprendido, intenté enseñarle a manejar uno, pero ¡quién! Al principio lo miró con recelo, pero ese recelo se convirtió al poco tiempo en terror. Hasta pulsar la tecla del ON le producía pánico, así que hubo que dejarlo por imposible. Total, el inicio de la era informática le pilló cuando ya se jubilaba, así que no le menoscabó en su buen hacer como topógrafo. De todos modos, eso no quitó para que, ya jubilado, siguiera haciendo trabajos esporádicos por el pueblo, más por afición y amistad que por interés.

En otros artículos contaré cosas tuyas. Por ahora sólo diré que él fue quien me influyó para que estudiase la carrera de Ingeniero Técnico en Topografía, algo por lo que siempre le estaré agradecida.

Hoy voy a empezar mi segundo artículo de Paca Bronchales —segunda época—, contestando a un lector y compañero que me ha escrito felicitándome por el artículo anterior, cosa que le agradezco de corazón y, por otra parte, también para corregirme en eso de hacerme llamar «topógrafa». Me dice el colega, que el origen de la palabra topógrafo proviene del griego «topo», tierra o terreno, y «graphos», dibujo o representación. Creo que es de las primeras cosas que nos contaron en la Escuela y hace ya tanto tiempo, que no lo he recordado, la verdad. Pues parece ser que como «grafo» es un sufijo, carece de género y ha de aplicarse así para hombre y mujer, al igual —dice— que se debe decir «la presidente» y nunca la presidenta pues «ente» es otro sufijo que no tiene femenino y por lo mismo decimos la «paciente», y no la «pacienta», o inteligente y no inteligente, etc. Hasta ahí, vale, pero lo que no me ha gustado un pelo es que me diga que eso de la «Topógrafa Bronchales» es un barbarismo, algo que me suena fatal, que una puede ser algo bruta a veces, pero bárbara...

En fin, querido compañero, que aún reconociendo que puede que lleves razón, una va a seguir llamándose topógrafa porque así me han llamado siempre y, después de veinte años de profesión, no voy a cambiar mi denominación de origen, y además porque el lenguaje es algo vivo que evoluciona constantemente. Si no fuera

así, seguiríamos hablando en latín, o más aún, comunicándonos con gruñidos como en la prehistoria. Hasta la Real Academia no para de aceptar vocablos nuevos, y «topógrafa» y «presidenta», perdona que te diga compañero, son aceptados por la citada institución, que acabo de verlo en el Google, que todo lo sabe, y eso es lo que cuenta, así que cerramos el asunto gramatical con mi sincero agradecimiento a que seas el primero en entrar a debatir en este blog literario. Espero que otros lectores sigan tu ejemplo y se anime esto un poco.

Pasando a otra cosa y como no hay mal que por bien no venga, este artículo lo estoy escribiendo desde la playa. Como nuestra profesión suele ir ligada a la rapidez y el destajo, (otro día hablaremos de éste extraño fenómeno) siempre ha sido un pecado en nuestro oficio desperdiciar el verano, con sus largos y claros días, en una playa. Tiempo hay en invierno, con días cortos, fríos y lluviosos, mala visibilidad y caminos embarrados para tener vacaciones. Pero este año el jefe, a la vista de que no había trabajo, ha decidido que cierra en agosto, y así por lo menos se ahorrará la luz y el teléfono.

Y es que el mal que decía al principio del párrafo, es que la cosa está muy, pero que muy chunga, aunque una, que es positiva y optimista por naturaleza, piensa que si el gobierno asegura que estamos a punto de comenzar a salir de la crisis y la oposición está convencida asimismo de tener la fórmula que nos saque de ella en un par de años, unos u otros seguro que lo harán, pues son muy competentes, por más que a ellos, los políticos, no se les pida una titulación universitaria para gobernar un país, tal y como me la piden a mí para dar puntos de apoyo, hacer un taquimétrico o poner un GPS, o se les exige a los compañeros que opositan para ser grupo A-2 en cualquiera de las Administraciones Públicas para desempeñar trabajos similares.

Estoy segura de que a pesar de que muchos de ellos, ministros incluidos, carezcan de dicha titulación, es porque sin duda poseen unas mentes privilegiadas y una sagacidad innata de la que carece-

mos el resto, y que por tanto, hubiera sido una pena hacerles perder el tiempo en esas nimiedades de gastar unos años estudiando una carrera o haciendo una trabajosa oposición, como la que estuve preparando durante casi un año, sin éxito, para ingresar en el Instituto Geográfico.

Pasando a otra cosa, que parece que me estoy poniendo un poco meticona con estos pobres políticos que, supongo que hacen lo que pueden, ha venido conmigo mi sobrino Javito, al que quiero como a un hijo, y que está casi en tercero de nuestra carrera en Madrid. Lo cierto es que no me hace mucha compañía, pues por las noches se va de marcha, como es lógico en un chico de veinte años, y vuelve al apartamento después del amanecer. Dice que le gusta mucho ver salir el sol, sólo o, si se le ha dado bien, mejor aún, acompañado.

Resulta que como luego se pasa el día durmiendo reponiéndose para el siguiente asalto nocturno, y el tiempo que le queda libre hasta medianoche que sale se lo pasa jugando a la «play» o con los cascos puestos y el MP3 a todo volumen, que no sé cómo no le revientan los tímpanos, estoy más sola que la una. No es queja, que conste, que el chico me anima a que haga también vida nocturna, pues dice que soy aún joven y aún estoy lo bastante potable como para que me salga un rollete veraniego.

No es que haga ascos a eso del rollo, que una es soltera sin compromiso y liberal, dentro de un orden, pero la verdad es que observo que en estos lugares turísticos, las alternativas de ligoteo que hay son sólo dos: la «disco» de música tecno y el botellón callejero de los críos de veinte, o los bailongos de jubilados ya sean «guiris» o nacionales, con música de Antonio Machín y a lo sumo, de Julio Iglesias los más yeyés, cosas que no me molan, como diría Javito. Los de mi edad, están con las señoras y los niños en la playa que, por cierto, como amante de la montaña, tampoco me gusta nada. Así las cosas, me encuentro desubicada y con unas ganas tremendas de que se pasen los cuatro días que me quedan para volver a mi querido Bronchales donde en este caluroso agosto se

tiene que estar de cine.

Tengo ganas además de llegar también por ver en qué para el contencioso que existe entre José Manuel, mi padre profesional y genuino topógrafo de la vieja escuela, y Javito, mi discípulo y prototipo de topógrafo de hoy.

Resulta que en los días en los que los tres estuvimos juntos en Bronchales, antes de ocurrírseme la idea de venir a la playa, se suscitó entre ellos un rifirrafe propio del clásico conflicto generacional que desde siempre ha existido y existirá.

Veo que ya he llegado al número mínimo de páginas que me piden en la revista, así que como este episodio merece contarse con detalle porque revela muchas cosas de nuestra profesión y además estoy de vacaciones, paso de seguir y lo dejo para el siguiente número.

Hasta entonces.

Ya estoy de vuelta liberada del alboroto de Benidorm, en mi querido Bronchales y disfrutando —ahora sí— de las auténticas vacaciones, junto a mis paisanos y los veraneantes —inteligentes, a mi modo de ver— que saben apreciar en lo que valen los embutidos, el ternasco, y otros manjares que sólo se dan aquí. Sin miedo a engordar además, porque las excursiones —bien sean a pie o en «bici»— a las que estos parajes invitan en la época estival, se encargan de quemar los excesos alimenticios y transformar «flotadores», «michelines» o la tradicional barriga hispánica, en puro músculo, de tal forma que, especialmente los niños y jóvenes que vienen paliduchos y esmirriados de la ciudad, aquí cogen una color que da gloria verlos cuando vuelven en septiembre para marchitarse de nuevo en sus grandes ciudades. Tampoco es ajeno a la transformación el privilegio de dormir fresquito, con tranquilidad y silencio. Bueno, relativamente esto último, que la tele extiende también las modas y costumbres, buenas o malas, aunque más estas últimas y, de un tiempo a esta parte, el «botellón» también se empieza a practicar en Bronchales. Y es que a los jóvenes como Javito, el cuerpo también les pide marcha nocturna y sobre todo los fines de semana forman jaleo, eso sí, dentro de un orden porque aquí, cuando algún vecino se harta, se asoma a la ventana y con un «rediós, que como baje sus vais a enterar». ¡Hale a cascala por ahí,

gamberros!» Dicho esto con la voz recia que se utiliza por aquí, añadido a que los chavales no son tontos y saben cómo se las gasta un bronchalense cabreado, basta para que apaguen el CD del coche y se vayan a otra parte del pueblo a seguir con su «botellín» —son tan pocos que no me sale llamarle «botellón»—, molestando a otros distintos y repartiendo de este modo los daños colaterales que los jóvenes de todas las épocas hemos ocasionado a los mayores desde que el mundo es mundo.

Del tema laboral, paso de puntillas, pues el panorama a corto plazo es bastante desalentador. El Jefe me ha dicho por teléfono, que mis atípicas vacaciones veraniegas van a continuar *sine die*. Parece que está pensando en hacernos eso del ERE, que yo, que no conozco lo que es el paro o la regulación de empleo, no sé muy bien en qué consiste, aunque me huelo que es una forma de llamar con siglas cortitas al hecho de echarte. Como la faena es gorda, digo yo que para suavizarla la bautizan con un nombre que hasta parece simpático y suena a jerga flamenca. «¡ERE la gracia! ¡Ale a la p... calle, hermosa!» y así parece que escuece menos. Pero en fin, como dije el otro día, me resbala la política y ya vendrán tiempos mejores.

Hablaba en el artículo anterior del conflicto generacional entre Javito y José Manuel. Y es que a mi sobrino, como joven que es, le sobra testosterona, pero José Manuel, a pesar de los años —el que tuvo retuvo— no se queda atrás. Y el caso es que se quieren mucho, pero cuando se pican saltan chispas.

Al menos, el tema del tratamiento ya está solucionado. El conflicto empezó porque Javito, cuando creció, adoptó la jerga juvenil, como era lógico, y llamaba «tío» a todo el mundo. A mí no es que me guste mucho, pero al ser la criatura hijo de mi hermana, el hecho de llamarme tía, aunque no lo diga por esa circunstancia, es natural y no puede molestarme. Lo malo venía cuando se lo llamaba también a José Manuel.

—Pero ¿qué es eso de llamarme tío? ¡Que yo no soy tu tío, leches! —protestaba.

Yo encontré la solución. Como entre los tratamientos juveniles usuales estaba también el de «colega», sugerí a Javito que lo llamara así, pues al ser ambos compañeros de profesión, el palabro tenía su lógica y no había lugar a que José Manuel se molestase y desde entonces, la cosa ha vuelto a la normalidad.

Pero lo que no tiene arreglo son las discrepancias más serias. Resulta que desde que mi sobrino empezó a estudiar en la Escuela, José Manuel le ha ayudado enseñándole lo mucho que sabe. Una tarde, estando los tres merendando juntos en el porche de casa de José Manuel, éste, trataba de enseñarle a sumar sexagesimales, porque no podía creerse que no supiera, y le puso dos lecturas.

—Anda a ver. Suma.

—Cincuenta y dos, y cuarenta tres, noventa cinco segundos —sumó Javito.

—Y te llevas uno.

—¿Cómo que me llevo uno?

—Claro. Pon treinta y cinco segundos en la casilla de los segundos, y ahora te llevas un minuto a los minutos.

Javito se quedó mirándolo con cara de pánfilo.

—Mira colega, paso de este rollo. Esto ya no se lleva, ahora todo va con centesimales. Así te llevas un minuto si llegas al cien, como es lo lógico. Más te digo tí..., digo, colega. Ahora trabajamos sólo con grados y decimales de grado y pasamos de ceritos, acentitos, «ges», «emes» y «eses». El minuto y el segundo han muerto. ¡Viva el sistema métrico decimal!

—¡Qué barbaridad! ¡Donde vamos a llegar, Dios mío! ¿Sabes que te digo «colega» —le dijo con retintín—. Que ya no sois Topógrafos. ¿Sabes leer acaso en los «nonius» de un teodolito de verdad? ¿Y calcular un triángulo con las tablas de logaritmos? Sabrías hacer eso, zoquete —le dijo mostrándole finalmente una de las preciosas minutas de campo que hizo él hace casi sesenta años, de las que se siente tan orgulloso el hombre. Y con motivo.

—Pero tío —esta vez se le escapó— apareces hoy día en una obra con tu aparato del año de la pera, los nonius y las tablas de

Schrön, y te corren a gorrazos. Te lo digo yo. ¿Sabrías tú hacer un replanteo con GPS, o manejar una estación total robotizada? —le retó desafiante.

José Manuel lo dejó por imposible y se echó un buen vaso de clarete para calmarse.

—¡Andá! ¿Sabéis de lo que acabo de darme cuenta? —dije yo dándome una palmada en la frente.

Los dos, uno con el vaso de clarete y el otro con el botellín de Mahou en la mano, se miraron sorprendidos.

—¿Qué pasa contigo, tía? —preguntó Javito intrigado.

—Pues pasa que oyéndoos me he dado cuenta, pareja de inútiles, que los de mi generación, somos los mejores porque sabemos trabajar con lo antiguo y también con lo moderno. Yo manejo todo tipo de tablas, aparatos, grados y programas. Sabría hasta rotular en romanilla, si me pongo. Soy una Topógrafa entera. ¡Soy divina! ¡Los noventa al poder! ¡Llenadme el vaso de vino, «mediostopógrafos» ignorantes! —les grité eufórica.

Los dos se quedaron mirándome como a una aparecida.

—Esto debe ser cosa del ERE, que la ha enloquecido.

—O también puede que sean los rollos esos raros de las tías —murmuró Javito a José Manuel.

—Si es que eso de que las mujeres sean topógrafos no podía ser bueno —le respondió también por lo bajinis José Manuel, solidarizándose con él.

Y yo, que oigo hasta el vuelo de una mosca, me eché al colete el vaso de clarete sin respirar y les dije.

—Ah, y además de ignorantes... ¡¡¡MACHISTAS!!!

Me acaba de llamar el «dire» de la revista urgiéndome a que le envíe el siguiente artículo. Los dos meses transcurridos desde que envié el último se me han pasado en un «decir Jesús». En un principio, le he confesado que no tenía nada escrito y lo dejáramos correr en este número, pero el hecho de haberme insistido en que me daba dos días para mandárselo como fuera, me ha hecho sentirme importante, como los «Pérez Reverte», «Carmen Posadas» y demás escritores de verdad que publican sus artículos en los periódicos y siempre están acuciados por sus editores. Así que me he venido arriba y aquí estoy de noche dándole a la tecla a lo que salga.

Dejo ya de lado las excelencias del Bronchales de mi alma; que me pongo a hablar de mi pueblo y no hay quien me pare. Además de por no ser pesada, lo hago porque tal como está el lío de los trajes en Valencia, no vaya a ser que alguien piense que la Concejalía de Turismo del Ayuntamiento me ha regalado los vaqueros que llevo, a cambio de hacerles publicidad para atraer turistas. Los compré en el Carrefour y además conservo el *ticket* para exculparme si se diera el caso, que no está el horno para bollos.

De mis otros dos colegas bronchalenses, Javito está estudiando de firme para aprobar en Septiembre —entre nosotros: no creo que lo consiga—y seguir su guerra particular con el «Plan Bolonia» y

José Manuel no está para muchos trotes. No se encontraba fino y Ramiro, el médico, tras unos análisis que no pintaban bien, le ha prohibido radicalmente el vino y los embutidos, con lo que anda el hombre de un humor de perros, así que hoy tendré que acaparar el protagonismo yo sola.

Tras unos meses de inactividad, pues el ERE ese del que hablaba en el último «blog» —por más que lo intento no me acostumbro a la dichosa palabreja y me sigue sonando igualico que un regüeldo— era, tal y como me temía un camino más o menos directo al paro, que llevo lo mejor que puedo. No es que esté deprimida o sufra de alguno de esos síndromes nuevos que ahora padece mucha gente, a saber: el de inactividad, el postvacacional, el de cambio de hora y otros parecidos, que la Bronchales es mucha Bronchales para andar con esas gilipolleces. Sin embargo, sí es cierto que me siento extraña en esta nueva situación que hasta hace no mucho veía imposible que me pudiera suceder a mí.

Por suerte en mi caso, estar parada no supone ningún drama. Más que por no tener, por no necesitar. No tengo hipoteca que pagar, ni hijos que mantener y como soy sobria en mis gastos, con algunas rentillas de lo que ahorré en los buenos tiempos, casa propia y un billete de veinte en el bolsillo para convidar a mis amigos de Bronchales, puedo decir que tengo mi vida resuelta en lo material y lo afectivo.

Pero ¡ay!, una echa mucho de menos los viajes, los compañeros, las partidas de mus, los hostales de carretera, vértices geodésicos, clavos de nivelación, y todo ese mundillo nuestro de prisas, aventuras y casi siempre, penalidades, que hacen tan entrañable nuestra profesión de Topógrafo. Para combatir esto, he desempolvado el aparato y el jalón y me he hecho cargo de la cartera de clientes de José Manuel, que el tío, camino de los noventa, aún espera recuperar cuando esté en forma.

—Vale Paca, ahora que no trabajas, sigue tú para que no los perdamos, pero cuando esté otra vez en condiciones vuelvo a tomar el mando, ¿eh?

—Pues claro José Manuel, lo que tú digas. Lo importante es que obedezcas a Ramiro y no hagas tonterías, que ya no eres un niño.

Y ojalá sea así y sus achaques queden en nada, que si en apariencia no suena nada bien eso de tener dos padres, en mi caso es cierto y daría lo que fuera por ver otra vez trabajando con sus vetustos aparatos, a este viejo Topógrafo gruñón al que quiero como al mío propio.

Así que en esas andamos, viviendo de la economía sumergida de supervivencia, como cada quisque en tiempos de crisis. Para los mal pensados diré que sí, que cobro el paro, bastante magro por cierto, pero para suplementarlo y sobre todo, quitarme el «mono» de campo que tengo, pues hago mis chapucillas. Ya sé que no se debe hacer, pero no me parece justo que yo no pueda compatibilizar mi prestación temporal «milleurista por poco» ganada tras cotizar más de veinte años, con algún trabajillo particular, y los políticos puedan tener pensiones millonarias y además un puñado de cargos públicos y privados muy bien remunerados tras cotizar sólo dos años.

En eso, y nada más que en eso, me solidarizo con los «indignados». En lo demás no, que anda que con la de sitios bonitos que hay para acampar, también son ganas de hacerlo en la Puerta del Sol. Pero en fin, allá cada cual con sus gustos.

Sirva además en mi descargo el hecho de que las citadas chapuzas son bastante económicas. Muchas veces, al ser gente más o menos conocida y maja, se suelen saldar con un trueque por una garrafa de vino, un ternasco o un par de cabritos, así que desafío al inspector ministerial que sea a que venga aquí, coja la «romana» y se ponga a tasar el valor de esas remuneraciones en especie.

Hablando de especies, hay otra que ha proliferado mucho últimamente y con la que no tengo piedad. La forman aquellos que se quieren valer de la crisis para pretender que les hagas un trabajo casi por lo que te gastas en gasolina. Con ojillos maliciosos, estudian tu situación laboral, tus necesidades y hasta tu sexo para

aprovecharse. Como ejemplo os relato lo que me pasó hace poco con uno de estos especímenes.

—Bueno, mocica. Ya sé que José Manuel me cobró hace dos años doscientos euros por otra finca parecida, pero como estamos en crisis y, para ser mujer, yo creo que con cien vas que ardes. Eso sí: pago por anticipado, que a mí me gustan las cosas claras.

Me dijo el paisano listillo, que es además un terrateniente candidato a ser el más rico del cementerio, quitando la goma a la cartera gorda y desgastada y sacando con parsimonia el dinero en billetes pequeños para que abultaran más, mirándome de una forma tal, que si lo viera la ex ministra Aído, lo ponía ya mismo en prisión preventiva sin fianza.

—Ya. Pues sabe que le digo tío Salustiano. Que servidora es tan buena trabajando como José Manuel, que mejor es imposible, y que como la otra que él le midió, era más llana y más pequeña, por este trabajo que me va a tener ocupada tres o cuatro días como poco, esta mujer le va a cobrar trescientos euricos y que si le parece mucho se puede quedar con su finca como está, que por más que se la mida yo o el mismísimo Ptolomeo no le va a dar más trigo ni le va a engordar más animales, así que lo dicho. Con Dios.

Y me fui para el coche tan tranquila.

—Espera, mujer. No te pongas así, dijo acercándose a la ventanilla del coche ya en marcha. Está bien, te daré doscientos —dijo sacando de la cartera dos billetes de cincuenta arrimándolos a los otros y agitando el montoncico como si fuera un cebo para pescar truchas.

—Hasta la vista, tío Salustiano —le dije sin mirar siquiera la carnada, volviendo la cabeza y saliendo marcha atrás al camino con un estilo digno de las películas de Hollywood.

A la semana, estaba otra vez allí y le medí la finca. Me pagó los trescientos del ala, ¡vaya si me los pagó! Rezongando, eso sí, y sin saber el muy tonto que si se lo hubiese montado mejor, una, estaba tan deseosa de sacar el aparato y ejercer la profesión, que le hubiera hecho el trabajo por un ternasco. O una garrafa de vino, que vale treinta euros.

Y a les conté en el último artículo que José Manuel andaba fastidiado de salud y Ramiro, el médico, al igual que el resto de sus colegas —que, hay que ver, parece que se lo enseñen en la Facultad—, a no saber aún lo que tenía, le prohibió lo que más le gusta: comer, especialmente embutidos y beber vino, que otros vicios no gasta el pobre, y me lo puso a régimen de borrajas, judías verdes, fruta y agua, mucha agua. De dos a tres litros al día.

—Este animal de Ramiro pretende acabar con virus, bacilos y bacterias por ahogamiento. Debe ser eso que llaman hidroterapia. ¡Jesús qué cruz!

Se lamentaba en el coche mientras lo llevaba al hospital de Teruel a hacerse un TAC. Y es que esto de estar parada tiene como lado positivo que puedo hacer cosas que antes no podía por falta de tiempo y ocasión, como leer, pasear o hacer algo por los demás. Yo, como no tengo ONG's con las que ser solidaria, me ocupo de ayudar a la familia y los amigos cuando me necesitan que, francamente, me importan más que los «transexuales de Angola», por poner un ejemplo —no sé si existe esa ONG, pero doy fe que las hay parecidas y con su número de cuenta corriente, que eso nunca falta.

—De tomar un taxi nada majo, que a Teruel y donde haga falta, te llevo yo. Me voy a ocupar de ti: desde ahora serás mi ONG a tiempo completo.

Le dije con determinación a José Manuel cuando me contó sus cuitas. Y es que ya le tocaba, porque a este hombre no se le recuerda enfermedad alguna, no siendo algún leve constipado.

—Mira que he deseado y temido al mismo tiempo que una mujer joven me requiriera para algo, pero nunca me hubiera imaginado que me pidiera ser su ONG. No será ninguna indecencia, ¿verdad? Que mira Paca, ojo conmigo y ten en cuenta que «no hay caballo tan viejo que no dé un relincho a tiempo» —me dijo guasón tirando del refranero, que aplica con maestría a cada ocasión.

—No hombre no, no seas viejo verde que no van por ahí los tiros. Eso además de que relinchar puede que relinches, pero lo que es lo otro que insinúas, lo dudo mucho. Me refiero, Casanova de pacotilla, a que mientras estés pachucho y desvalido, pienso cuidar de ti. ¿Recuerdas aquella película que te gustaba tanto; «Plácido», en la que cada rico se buscaba su pobre para invitarlo a cenar en Nochebuena? Bueno, pues algo así, sólo que para más tiempo. Hasta que tú te repongas, o yo encuentre trabajo. Lo que suceda primero, como dicen las garantías de los coches con los años y los kilómetros.

—Paca, eres una bendita. No sé cómo agradeceréte.

—No lo hagas, si a mí también me viene de perlas. Necesito llenar mi tiempo con algo útil. Ahora somos dos almas solitarias que se necesitan mutuamente. Me haces un favor dejándome. ¿Sabes que ayer haciendo *zapping* caí en una perorata de la Belén Esteban y casi me «engancho»? Se me encendieron todas las alarmas y me he prometido no ver la tele más de lo imprescindible.

Y así hemos andado unos días los dos. Algunos análisis y pruebas se los hicieron en el Centro de Salud de Bronchales, otros en Albarracín, y lo más serio en el Hospital de Teruel, que aunque parezca que a algunos políticos les molesta, existe, como reivindicamos los turolenses cuando salimos alguna vez en los medios de comunicación cada tres o cuatro años.

Para no hacernos volver, quedaron en enviar a José Manuel los resultados. Y así pasé unos días, esperando saber algo, aunque

conociéndolo como lo conozco, sabía que él no me iba a decir nada si había problemas.

Llevaba ya una semana sin verlo por el pueblo. Ni siquiera en el bar donde tiene la tertulia. Me dijeron que lo habían visto por la iglesia, pero como yo no la frecuento demasiado; no por nada, que creyente soy y además Damián, nuestro párroco es muy majo. Será pereza, supongo, así que extrañada, me pasé por su casa. Nos saludamos como siempre, sin ceremonias ni besos. En sus tiempos había que ser novios o familiares para eso y, entre colegas, siendo como eran todos hombres, menos aún, claro.

Así que normalmente un «¿cómo va eso?», «hola», o incluso un simple «¡Eú!» siempre nos ha bastado como saludo y tránsito al: «saca una botella de clarete de la nevera», «parte un poco de jamón y chorizo», u otras cosas parecidas, casi siempre relacionadas con la gastronomía. Después, como nunca hemos necesitado de muchas palabras, los silencios son frecuentes entre nosotros, aunque la cercanía y el entendimiento sean grandes.

Ese día sin embargo, me miró con una sonrisa de circunstancias y puso su mano sobre la mía unos instantes, dándome unos leves golpecitos en ella.

—Veo que tienes la botella más que mediada. Eso es buena señal. ¿Es que ya te ha dado Ramiro permiso para comer y beber como siempre? —le pregunté esperanzada.

—Bueno, más bien me lo he dado yo por mi cuenta.

—¿Ya te han enviado todos los resultados de las pruebas?

Sin decir nada, señaló con la barbilla el sobre blanco que estaba sobre la mesa con el membrete del Hospital Obispo Polanco y después me miró por encima de las gafas meneando la cabeza. No hizo falta que mirara el contenido del sobre ni hablar más. Como siempre, nos entendimos, aunque esta vez se me hizo un nudo en la garganta.

—Ya veo. ¿Qué te ha dicho Ramiro? Seguro que tiene remedio.

—Excepto cirugía, por mi edad, lo consabido en estos casos, ya sabes: «quimio» y «radio». Pero como diría Javito, yo paso colega.

Prefiero vivir tranquilo lo que pueda quedarme. Ramiro está de acuerdo conmigo.

No le pregunté dónde, cuándo o cómo, aunque no pude evitar mirarlo con pena.

—No te apures, Paca —me dijo leyéndome el pensamiento—. Si lo bueno de tener casi los noventa es que las células están ya tan gastadas y mustias, que no tienen fuerza ni para que el mal avance deprisa.

Como todo buen topógrafo, ya había hecho promedios y desviaciones.

—La media de edad en los hombres está ahora en los setenta y ocho, y por tanto el Cielo me ha regalado ya once años. Además todo cansa: hasta vivir. Desde que mi Fermina me dejó hace casi cuarenta años, no ha pasado un día que no haya pedido a Dios que me llevara a su lado.

—Pues lo pedirías sin mucha convicción, «jodío», porque otra cosa no será, pero en nuestro Bronchales tienes a mano riscos y despeñaderos como para haberte reunido con ella a diario, si tantas ganas tenías —le dije.

—En eso llevas razón; supongo que no lo he hecho porque aunque no sea un «meapilas», si soy católico de corazón y no puedo hacer algo así. Bueno, por eso y además porque la vida es bonita y cuesta dejar esto, ¡qué leche!

Señaló con un ademán el pueblo y la sierra, que desde el porche de su casa tiene una vista espectacular, rematando la frase con uno de los únicos tres tacos, todos *light*, que suele decir. A saber: «leche» para enfatizar, «coñe» cuando esta algo contrariado y el «rediós» que alterna a veces con «ridiós», según quién sea el interlocutor, que sólo usa cuando está realmente cabreado: es decir, casi nunca.

—Paca, esto sólo lo sabéis Ramiro y tú. No quiero que lo sepa nadie más. Ya sabes cómo es la gente: me atosigarían a preguntas y buenos deseos.

—Pero se lo dirás a Paulina, supongo.

—No, tampoco se lo pienso decir. Está muy ocupada y demasiado lejos para que venga, total para nada. Lo que sea, será, esté o no esté ella.

Paulina es su hija única. Cuando murió Fermina, tenía once años. José Manuel, como topógrafo que era, estaba casi siempre de viaje trabajando en el campo, así que lo normal era que se quedara al cuidado de los abuelos, siguiese yendo al colegio en Bronchales o Albarracín, y al acabar el bachillerato se casara con algún mozo adinerado de la comarca, como ella.

Pero la chica era muy lista y estudiosa. José Manuel lo sabía, y con la oposición de los padres de Fermina, y las críticas de casi todo el pueblo, la envió a estudiar interna a un colegio de Madrid. Después vino el colegio mayor, la universidad, el doctorado en medicina y la Universidad en EEUU, donde vive.

José Manuel se quedó mirando pensativo a un punto lejano del horizonte. Vi sus ojos cansados y con cientos de arrugas fabricadas por el sol, el viento y un millón de observaciones hechas con los antiguos instrumentos aragoneses «Laguna», que se compró cuando pidió la excedencia del Instituto y que no cambiaría por los más modernos aparatos suizos o japoneses del mercado. Me quedé mirando a aquel viejo Topógrafo, mi maestro y amigo del alma, que seguramente en ese momento estaba recordando a sus ya desaparecidos compañeros de aquellas campañas heroicas de su juventud y que conozco a través de sus relatos en las largas veladas invernales: Julián de Castro, el entrañable bromista de pelo plateado y su inseparable amigo Sebastián Mas; Rafael Castellanos y Juan José Cuadros, los escritores, y tantos otros buenos compañeros.

Pero eso merece contarlo en otro capítulo que, lo prometo, será más alegre que éste.

Introducción al relato «MATEMÁTICAS PARA TODOS»

Y AHORA UNAS RISAS

Esta historia no es un relato salido de mi imaginación. Se trata de un viejo chiste anónimo (espero que así sea y no salga alguien que lo tenga registrado y me acuse de plagio) en el que, haciendo un mal uso de las Matemáticas, se llega a tener resultados aparentemente correctos. Da mucho juego hacerlo en una servilleta sobre la barra de un bar entre los amigos, y se me ocurrió convertirlo en cuento. El resultado parece ser que fue bueno y por eso lo he incluido, aunque no sea topográfico, considerando el estrecho vínculo que une a las dos ciencias.

Junto a «De clavos y otros seres» y «El Cero», fue publicado en la revista semestral «Pensamiento Matemático» de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de la UPM.

MATEMÁTICAS PARA TODOS

Érase una vez hace mucho tiempo en un remoto país, que un joven soldado llegó a un cuartel llevando tras de sí una reata de 28 caballos. Como es preceptivo, en la entrada le dieron el alto. El soldado mostró su credencial y el centinela llamó al cabo de guardia que, siguiendo la cadena de mando, lo acompañó al despacho del sargento al que, después de pedir permiso, se presentó con el saludo de rigor.

—A sus órdenes mi sargento. Traigo conmigo los 28 caballos solicitados por este regimiento. Están amarrados y en estado de revista en la entrada al cuartel.

—Bien, soldado. Los estábamos esperando pues no tenemos ninguno. Llévalos al patio y después repártelos cabalmente entre las siete cuadras iguales que hay en él.

—Con gusto cumpliría su orden, mi sargento, pero el problema es no sé cómo hacerlo, pues soy analfabeto y de números, sólo sé contar con los dedos, y gracias.

El sargento se rascó la cabeza bajo la gorra, torciendo el gesto.

—Es el caso, soldado, que aunque yo sí entiendo de cuentas, sólo alcanzo a sumar, algo que me enseñó a hacer el capitán, y esa operación requiere otros conocimientos superiores. Ve a su despacho y que él te resuelva el problema.

El soldado se presentó de igual manera al capitán, quién le dijo que él, enseñado a su vez por el coronel, aparte de sumar y restar,

sólo dominaba la multiplicación, ciencia muy útil, pero insuficiente para hallar la solución a aquel problema. Por ello, lo envió al coronel, para quién las matemáticas no tenían secreto alguno ya que era experto en la compleja operación de dividir.

Tras solicitar su permiso, entró en el despacho, donde le puso al corriente de las diligencias hechas con sus subordinados.

El coronel se retrepó en la silla sonriendo con suficiencia.

—No te apures soldado, estás de suerte puesto que además de ser la máxima autoridad del regimiento, soy el único que domina con soltura la difícil operación de dividir, necesaria para este menester, así que yo te diré cuantos caballos has de meter en cada cuadra para que queden equitativamente repartidos.

Dicho esto, cogió papel y lápiz y se puso a la tarea. Escribió, como debe ser, el dividendo a la izquierda y el divisor a la derecha encerrado en su caja. Entre dientes, razonó:

—Dos entre siete, no cabe, por tanto cojo el ocho, que sí cabe. Ocho entre siete, a uno. Uno por siete, siete. De siete a ocho, uno y me bajo el dos, lo que nos da veintiuno, que entre siete son tres. Como el resto es cero, el resultando de la división es exactamente trece.

$$\begin{array}{r} 28 \overline{) 7} \\ 21 \quad 13 \\ 0 \end{array}$$

—Ese es el número de caballos que has de meter en cada cuadra. Ve, hazlo y después di al sargento que te den un cuartillo de vino, un chusco y un petate donde pernoctar. Puedes retirarte.

—A las órdenes de usía mi coronel— se despidió el soldado con un marcial taconazo.

Al pasar por la puerta del despacho del capitán éste lo llamó interesándose por el resultado del problema, deseando además impresionar al soldado con sus habilidades matemáticas.

—Si el coronel te ha dicho que son 13 los caballos que debes encerrar en cada cuadra, así será. No obstante, no está de más que yo lo compruebe para asegurarnos de que esté bien hecha, pues nadie está libre de equivocarse. Si multiplicamos los trece caballos que has de meter en cada cuadra por el número de estas, o sea, siete, forzosamente nos han de salir los veintiocho que traes. Veamos pues.

Con no menos pericia que el coronel, tras poner multiplicando y multiplicador en sus lugares correspondientes, fue recitando los pasos de la delicada operación.

—Siete por uno, son siete. Vamos con el otro. Siete por tres, veintiuno, que sumado al siete de antes, hacen veintiocho: Justo y cabal, soldado. El coronel, como siempre, está en lo cierto. Cumple pues su orden sin dilación.

$$\begin{array}{r} 13 \\ 7 \times \\ \hline 7 \\ 21 + \\ \hline 28 \end{array}$$

Tal y como le había ordenado el coronel, el joven se dirigió al despacho del sargento, mas no le hizo falta entrar, pues antes de llegar a la puerta, ya salió aquel a su encuentro ansioso por poner en práctica su dominio de la suma e impresionar también al soldado. Una vez que hubo conocido el resultado obtenido por el jefe y avalado por el oficial, dijo:

—Si el coronel y el capitán han calculado que debes meter trece caballos en cada cuadra, así habrá de ser, pero por asegurarnos mejor y también porque veas la utilidad de la suma que, al fin y al cabo, no deja de ser una multiplicación más trabajada, pasa y observa como hago la comprobación para que vayas sabiendo de cuentas, por si con los años medras en la milicia y llegas a ser clase de tropa o hasta suboficial, como yo.

Dicho lo cual, sacó papel y lápiz y, tras humedecer la mina con la lengua dispuso, como debe ser en una suma bien hecha, los siete treces en una columna para después, sin encomendarse a Dios ni al diablo y sin hacer distingos entre izquierda, derecha, arriba o abajo, sumar de corrido sin dejar ni uno, todos los números que tenía delante.

—Así que tenemos... uno más tres, más uno más tres, más uno más tres, más uno más tres, más uno más tres, más uno más tres, más uno más tres... que hacen en total de... Mmmm... ¡Veintiocho!

$$\begin{array}{r} 13 \\ 13 \\ 13 \\ 13 \\ 13 \\ 13 \\ 13 \\ \hline 28 \end{array}$$

—¿Ves, como las matemáticas nunca fallan? Mete tranquilo trece bestias en cada cuadra y preséntate después al cabo de guardia para que te facilite acomodo para que pases la noche.

El soldado llevó los caballos hasta los establos, abrió las puertas de aquellos reducidos espacios y contándolos con los dedos para no equivocarse, empezó a introducirlos una a uno.

Uuuno, dooos, treees, cuaaaatro, ciiiinco, seeeis...

Hasta seis llegaron a entrar; y ni uno más pues los animales, espantados al verse hacinados en aquel reducido cubículo, desconocido y oscuro, organizaron tal barahúnda de coces, relinchos y mordiscos, que las paredes de la cuadra amenazaban con venirse abajo. El joven, asustado, los hizo salir de nuevo, calmándolos después como pudo.

Veamos: tres hombres sabios no pueden estar equivocados y las matemáticas esas, de las que tan bien hablan todos, tampoco —se dijo—. Piensa, Rufino —que así se llamaba el soldado—, y cumple bien la orden que te han dado si es que quieres hacer carrera en el ejército.

Trece, trece, trece... —repetía angustiado para sí—. Recordó haber visto escrito aquel número en todas las operaciones: Trece. Y de golpe, una luz iluminó su corto entendimiento. ¿Qué es un trece sino un uno y un tres? Esperanzado con el hallazgo, metió en la primera cuadra un caballo atravesado al fondo y tres perpendiculares a él en la parte delantera. Un uno y un tres. O sea, un trece. Trece caballos, ahora sí, cómodamente ubicados. Cerró la puerta y repitió la misma operación en las otras seis cuadras, comprobando aliviado que no sobraba ni faltaba ninguno.

Mas poco le duró la tranquilidad al bueno de Rufino pues el coronel, alarmado por el alboroto que se había organizado hacía un momento, bajó a ver qué sucedía.

—No se preocupe, mi coronel, que consciente de mi error, lo he enmendado y cada cuadra está ya ocupada por los trece caballos que usía indicó. Ahora duermen tranquilos en ellas.

—Eso parece, soldado, pero ya que he bajado, quiero comprobar que lo que dices es cierto. Abre las cuadras y contemos los animales que pernoctan en ellas.

—Es el caso, mi coronel, que ya están cerradas con pestillos y candados. Además los caballos han hecho un largo viaje. Es lástima que haya que despertarlos.

—Razón llevas muchacho, mas no hará falta tal cosa puesto que por suerte yo estoy aquí y con una simple división podremos contar los equinos sin necesidad de abrir ninguna puerta. Échate al suelo y por el hueco que hay bajo una cualquiera de ellas, cuenta todas las patas que veas.

El soldado obedeció al instante y, no sin trabajo, las contó con los dedos.

—Cabalmente cuento dieciséis, mi coronel.

—Bien, pues dividamos esas dieciséis patas por las cuatro que

tiene cada caballo y el resultado nos dará el número de ellos que hay dentro.

A falta de papel y lápiz, el coronel se agachó y, con el dedo en la tierra del suelo, hizo la consabida cuenta que recitó también en voz alta para que lo viera el ignorante soldado.

$$\begin{array}{r} 16 \ \underline{4} \\ 12 \ 13 \\ 0 \end{array}$$

—Uno entre cuatro, no cabe, pasemos pues al seis. Seis entre cuatro, a uno; uno por cuatro es cuatro; cuatro al seis, dos y me bajo el uno. Doce entre cuatro, tres. Tres por cuatro, doce, al doce, cero.

Podemos dormir tranquilos, muchacho, y jurar ante Dios que trece, ni uno más ni uno menos, son los caballos que ahora mismo duermen en cada cuadra.

Y ahora, querido lector, ¿no crees que la Matemática, además de ciencia exacta, puede ser benévola con la ignorancia y también dejar lugar para la imaginación?

EN EL DESIERTO...

Me despierto. Entreabro los párpados, pero me pesan tanto que apenas puedo hacerlo unos milímetros. Un fuerte resplandor me ciega obligándome a cerrarlos. Debo estar en la playa, claro. Seguramente me quedé dormido al sol y por eso siento un calor que me abrasa, así que me voy a dar un refrescante baño. Es muy fácil, solo tengo que levantarme y caminar unos metros hasta el agua. Sin embargo, no puedo hacer algo tan sencillo. Trato de incorporarme, lo intento con todas mis fuerzas, pero no consigo moverme lo más mínimo. Es más; siento que no hay nada que mover, que no tengo cabeza, ni cuerpo, ni brazos, ni piernas. Solo mi mente, y con ella algunos sentidos.

Puedo percibir la voz de un hombre entonando una especie de monótono canto tribal ininteligible. Oigo. Vuelvo a intentar hacer el único movimiento que me está permitido: entreabrir los párpados. Pongo toda mi voluntad en ello y ahora, además de lograrlo, incluso consigo mantenerlos abiertos a pesar del resplandor. También veo. Sobre mí hay un enorme cactus. Parece que estoy tumbado boca arriba. Muevo los ojos tratando de reconocer todo el horizonte que me permite mi postura. Son más cactus: grandes, pequeños, alargados, redondos... todos ellos proyectados sobre un cielo blanquecino por la luz de un sol que no consigo distinguir. En el límite inferior del campo visual, veo la punta de mis botas. ¡Al fin algo familiar!

Intento con todas mis fuerzas juntar los pies, tratando de tener una señal de que soy yo y estoy vivo. Pero no se mueven.

Algo llama mi atención que me hace desviar la vista a la derecha y fijarla en algo más cercano. Es un hombre: un indio alto y delgado, aunque fuerte y con una larga melena negra que le enmarca la cara por ambos lados. Está en cuclillas y totalmente inmóvil. En una mano lleva una lanza erizada de plumas a todo lo largo. Me observa con una mirada penetrante y dura. No pestañea y tiene un cuchillo enorme en la otra mano. Debería sentir miedo, aterrorizarme: pero sin embargo no es así. Y es que junto con la movilidad, también han desaparecido en mí los sentimientos. A excepción de curiosidad, no siento nada. Ni temor, confusión, agitación o angustia. Tampoco noto el latido del corazón: debe estar parado. Por primera vez tomo conciencia de que puede que esté muerto o a punto de estarlo, y lo más curioso es que me da igual. Será porque ni siquiera sé quien soy ni en qué lugar me encuentro. Soy alguien sin pasado ni futuro. Algo que no tiene nada que perder o ganar.

De nuevo aparece el indio en mi limitado campo visual, del que por algunos momentos había desaparecido. Trae trozos de cactus y raíces que ha debido cortar con el cuchillo. Se los va metiendo en la boca y los mastica. Después se quita de la cabeza un pañuelo, que no es más que un largo harapo, y va escupiendo en él la mezcla que ha masticado. Más por sus movimientos que por lo que puedo sentir, parece que me lo está anudando en mi brazo derecho. Ahora se sitúa justo encima de mi cara. Sus largos cabellos me pasan por la frente que, también insensible, no nota el roce. No tengo tacto. De su boca veo caer el resto de la mezcla que se introduce en la mía sin que pueda hacer nada por evitarlo y vuelve a cerrármela. No huele ni sabe a nada. Compruebo con indiferencia que también he perdido los sentidos del gusto y el olfato.

Así que este era el fin: la otra vida. Si nos atenemos a las normas de mi religión, la católica, tengo que reconocer que he pecado a menudo a lo largo de mi existencia. Esto, unido al hecho de no ha-

berla practicado desde hace mucho tiempo, me hacer suponer por lógica que estoy en el Infierno. Puedo recordar que de niño, creía ciegamente en él y en el Cielo, en ángeles y demonios. Después, a lo largo de mi vida fui cambiando mis creencias. Lo típico, ya se sabe; reencarnación, intercambio de energía... Incluso en algún momento llegué a pensar que después no habría nada. Pero lo que nunca, jamás hubiese siquiera imaginado, es que el Infierno fuera estar inmovilizado y desprovisto de cuerpo en un extraño e irreal desierto, acompañado de un indio silencioso e inquietante que me llena la boca de una mezcla repugnante de raíces, cactus y saliva. Sería gracioso que las religiones mayoritarias que ha practicado ancestralmente el hombre: cristiana, islámica, budista o judaica, estuvieran equivocadas, y fueran los humildes indios incultos y primitivos y su dios, el Manitú de las Celestes Praderas, quienes estuvieran en posesión de la única verdad. Me reconforto viendo que, al menos, no siento dolor ni sufrimiento. Recuerdo que la idea de arder eternamente me aterrorizaba en la niñez, y eso quizá fuera la causa del paulatino enfriamiento de la religiosidad al llegar a la adolescencia.

Veo a mi extraño acompañante aproximarse a mi cara más y más, hasta que sus largos cabellos me tapan la luz y su rostro, tan próximo al mío, acaba por ocultarme la visión del todo. Sus claros ojos acerados y fríos aproximándose a los míos, es lo último que veo. En la oscuridad, el sopor, unido al murmullo de su monótono cántico que de nuevo vuelvo a escuchar, se van convirtiendo en una sensación de bienestar. Poco a poco noto que mi alma va abandonando mi cuerpo dormido, o para ser más exactos, muerto. Comienzo a elevarme y a tener una vista cenital del lugar en el que yace mi cuerpo exánime, con el indio arrodillado junto a él. Recuerdo que alguna vez leí algunos testimonios de personas que habían traspasado el umbral de la muerte, al menos en apariencia. Todas coincidían al volver a la vida, en que habían visto su propio cuerpo desde arriba. Esta era la última prueba que necesitaba para confirmar que definitivamente he muerto.

Para alguien vivo, ésta debería ser una situación angustiosa. Nada más lejos de la realidad: nunca en mi vida he experimentado una libertad tan grande. Mi espíritu, ingrátido y liberado del lastre del cuerpo, asciende más y más y puedo desplazarme adonde quiero.

Es la sensación más placentera que jamás he sentido, así que deduzco que esto no puede ser el Infierno. A lo mejor no fui tan pecador como había creído y, a pesar de mis defectos, he sido lo que se entiende por una buena persona y Dios así lo considera, siendo indulgente con mis pecados, en especial los referentes al sexo, esos que nos habían hecho creer desde niños que eran mortales. En el horizonte de este desierto infinito, veo una gran nube de polvo que parece salir de la nada y asciende lentamente hacia el cielo. Me dirijo hacia ella con la sensación de volar como un pájaro y, aunque en la distancia parece que se está generando sola, al acercarme compruebo que aquella polvareda la produce un diminuto punto blanco.

Ya más cerca, aprecio que el punto blanco es en realidad un automóvil; una *pick-up* en cuya puerta lleva rotulado: «UNIVERSIDAD DE SONORA». Dentro, sólo va el conductor, un hombre de unos cuarenta años al que reconozco de inmediato: soy yo. Por si no es bastante, ahí tengo otra prueba de mi muerte: ... *y por último, ves pasar ante ti tu propia vida* —decían además aquellos testimonios de gente que había vuelto del Más Allá. Así que al fin voy a saber quién soy. O fui. Otro regalo más de este extraño pero agradable Cielo en que me hallo. Ahora tengo el poder de entrar en mi cuerpo vivo y conocer quién y qué he sido en mi vida terrenal.

Y sin dudar, lo hago.

...del Dolor

A pesar de la temperatura de más de cuarenta grados, conduzco con las ventanillas bajadas. Me fascina este desierto que llevo reco-

rriendo desde hace días y prefiero sentir este calor extremadamente seco, además del rumor de la rodadura y el agradable ronroneo del viejo y poderoso motor «Pontiac» de ocho cilindros, al confort del aire acondicionado y el silencio. Por los retrovisores de la *pick-up*, observo la enorme estela de polvo que dejo tras de mí. La ausencia de viento unido al calor que desprende el suelo, hace que la polvareda ascienda a gran altura en el aire, cobrando un tamaño desproporcionado en comparación con el volumen del vehículo. Seguro que permanecerá en el cielo mucho tiempo. Me viene a la cabeza la absurda idea de que mi estela es más grande que la que deja un «Jumbo» en el cielo y, ese momentáneo pensamiento absurdo me hace sentir importante.

Pronto dejo de lado esas disquisiciones triviales pues no es prudente perder la concentración. El polvoriento camino por el que transito en medio del desierto de Sonora y que conduce a Desemboque, el pueblo de indios seris situado a 100 kilómetros de Bahía Kino, la población más cercana, es una continua «tabla de lavar». A baja y media velocidad, el traqueteo es insufrible y hay que buscar con exactitud la marcha a la cual las oscilaciones de la suspensión entran en resonancia con la ondulación del camino. Es algo que aprendí hace años observando vértices geodésicos en los rectilíneos y llanos caminos de las marismas de Sevilla y Huelva. Aunque no sé a ciencia cierta cuál es el fundamento de este fenómeno, supongo que tendrá que ver con la suma de dos movimientos oscilatorios opuestos. En la práctica, lo que sucede es que a una cierta velocidad, en este caso cercana a los 90 kilómetros por hora, el traqueteo desaparece como por ensalmo y el coche parece circular por la mejor de las carreteras.

Pero mantenerla exige mucha concentración. Dos kilómetros por hora de más o de menos, y el traqueteo vuelve a aparecer de golpe. Además, las ruedas, en su incesante rebote no tocan apenas el suelo, y si apareciera algún obstáculo... Mejor ni pensar en tener un accidente sólo en medio del desierto de Sonora, un inhóspito territorio tan extenso como Alemania. Echo un vistazo al navega-

dor GPS Garmin 45 que llevo fijado en el salpicadero: una innovación técnica asombrosa en este año de 1996. El primer *way point* está a sólo cinco kilómetros. Por el retrovisor compruebo que los cuatro sismómetros portátiles PDAS continúan bien amarrados en la caja de la *pick-up*.

No quiero aburrir al lector con datos técnicos y siglas, pero debo al menos explicar por encima qué hago aquí. Soy ingeniero técnico en topografía del IGN, y en colaboración con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, varias universidades españolas y americanas y el CICESE (organismo competente en Sismología de México), participo en la campaña geofísica CORTES 96, que tiene como finalidad conocer la estructura de la corteza terrestre en la zona de la Baja California y el noroeste de México mediante perfiles sísmicos. Mi trabajo consiste en poner en estación varios sismómetros portátiles, alineados en una dirección y a unas distancias determinadas, para que registren las tres componentes de los imperceptibles movimientos que generan las explosiones producidas por cañones de aire comprimido o dinamita, dependiendo de la fauna del lugar, por el buque oceanográfico Hespérides, a más de mil kilómetros de distancia, en el Océano Pacífico y el más cercano Mar de Cortés. Después, descargo los registros en un PC, los entrego al director de campaña y con los datos, los geofísicos hacen su trabajo. Es la mía, por tanto, una labor sencilla y rutinaria.

Por seguridad, siempre vamos de dos en dos, pero mi compañero habitual está hoy enfermo y se ha quedado en el hotel de Bahía Kino. Como ya llevo tiempo trabajando en esto y tengo bastante soltura, esta vez he decidido ir sólo. En el fondo lo prefiero porque, tal como dije antes, siento fascinación por el desierto y me gusta más vivirlo en soledad.

El GPS me advierte que ya estoy dentro de la zona donde debo estacionar el primer sismómetro. Detengo el vehículo y me apeo para inspeccionar el terreno. Necesito un lugar alejado del camino, porque el aparato se queda sólo y aunque es muy difícil que pase alguien por aquí, prefiero asegurarme de que nadie lo va a tocar.

También hay que tener en cuenta el emplazamiento del sensor, llamado geófono. La calidad del registro depende de que esté en un lugar en el que reciba bien las imperceptibles vibraciones del suelo. Lo ideal sería un afloramiento rocoso pero eso aquí es imposible, así que hay que buscar un lugar en alguna depresión, cavar un agujero profundo, enterrar el sensor y después cubrirlo y compactarlo a base de patadas y saltos sobre el suelo. Subo de nuevo a la *pick-up* y a marcha lenta, voy mirando a ambos lados del camino. El terreno desciende y, campo a través, avanzo por la suave pendiente.

Recorridos unos quinientos metros encuentro lo que buscaba: una depresión oculta al camino, donde además la capa de arena parece bastante delgada. No hará falta cavar mucho para encontrar terreno firme. Cojo con mis manos, ya encallecidas, el pico y la pala y comienzo a cavar con la soltura que da la práctica. Siempre que hago esto, pienso que si un profano me viera, creería de mí cualquier cosa. Desde que estoy buscando un tesoro, a que me dispongo a enterrar a alguien o, más probablemente, que estoy loco. Pero lo que estoy seguro que nunca diría, es que soy un topógrafo haciendo un preciso trabajo de investigación.

Hay más arena de la que parecía y no me termina de gustar el sitio, así que sigo andando por la pequeña vaguada alejándome del coche en busca de una ubicación mejor. Trescientos metros más lejos encuentro lo que buscaba: un lugar descarnado, ideal para enterrar el geófono, así que yo, otra vez a lo mío. Pico y pala, pico y pala... y después de diez minutos tengo abierto un magnífico hoyo de unos 50 centímetros de profundidad, ideal para mí propósito.

Antes de ir a por el coche necesito recuperar el resuello, y lo voy a hacer fumando un cigarro sentado bajo la estrecha sombra de un enorme cactus, disfrutando del paisaje y el silencio. Enciendo el cigarro y saboreo la primera bocanada de humo, que me sabe a gloria. Me siento en el suelo, y al hacerlo, apoyo la mano en él.

No la había visto, pero estoy seguro de que no la he tocado. Ni siquiera creo que me haya acercado mucho a ella. En los documen-

tales, se dice que utilizan el cascabel para avisar antes de morder. Que lo hacen varias veces y solo en el caso de sentirse amenazadas repetidamente, pasan al ataque. Sin embargo ésta no lo hizo así. El sonido a maracas y el agudo dolor de mi brazo fueron simultáneos. Después salió huyendo reptando de lado a gran velocidad. En los primeros instantes no soy consciente de la gravedad de la situación. Me han picado ya tantos bichos... Pero cuando veo en mi brazo los dos profundos agujeros, de los que comienza a manar sangre junto con el líquido blanquecino del veneno, me viene a la cabeza todo lo que he escuchado y leído sobre la mordedura de una serpiente de cascabel. Succionar el veneno con la boca y hacer un torniquete —es decir, todo aquello que creíamos apropiado y hemos visto hacer en las películas—, está totalmente contraindicado. Sólo se debe dejar el brazo más bajo que el corazón, mantenerse quieto para que éste bombee lo menos posible, poner de inmediato a la víctima el suero antiofídico por vía intramuscular y, sobre todo, que la víctima reciba con urgencia atención médica. Pero de estas cuatro cosas, sólo la primera está a mi alcance. Mi única posibilidad es llegar al coche como sea y tratar de ir a Bahía Kino. Con suerte, en menos de una hora puedo estar allí. Me levanto y comienzo a caminar. Pero estoy muy débil, tengo la boca seca, un terrible dolor de cabeza y la visión borrosa. En este terreno arenoso y cuesta arriba, me es muy difícil avanzar. Me doy cuenta de que además, no consigo caminar en línea recta y el coche está demasiado lejos. Me encuentro agotado y apenas he conseguido avanzar cien metros. Me dejo caer de rodillas y comienzo a reptar primero con los codos y después, ya desesperadamente, con las manos. Consigo acercarme unas decenas de metros más antes de desplomarme exhausto con la cara sobre la arena. El jadeo hace que el polvo se introduzca en la boca, la nariz y los ojos ahogándome aún más.

Pasados unos momentos me recupero lo suficiente para darme la vuelta. Necesito respirar aire limpio y ver el cielo. Miro el ansiado coche y, descorazonado, creo que está casi a la misma distancia que

al principio. Además, lo que queda es mucho más empinado y me doy cuenta de que jamás podré llegar a él. Me invade un profundo sentimiento de odio hacia la serpiente. ¡Estúpido animal! ¿Por qué me ha picado? Sabía que mordiéndome me iba a matar, y sin embargo lo ha hecho. En contra del sentimiento generalizado de repulsión que tienen casi todos hacia ellas, las serpientes siempre han sido para mí animales simpáticos. Más de una vez, algún peón en el campo ha pretendido matar a alguna, y yo siempre lo he impedido. No quería hacerle ningún daño, ni siquiera sobresaltarla. Por lo menos debía haberme avisado una vez. ¡Para eso llevan el cascabel, joder!

Desde que me mordió, no había vuelto a mirar mi brazo. Lo volví a hacer y me impresionó. Estaba muy inflamado y las dos marcas de los colmillos, se habían convertido en dos agujeros profundos y oscuros, de los que manaba sangre sin cesar. Alrededor de ellos la piel, muy tensa, se había puesto brillante y casi negra.

Ese color se debe a la necrosis y el sangrado al anticoagulante que lleva el veneno. La desesperación se apodera de mí. Aunque consiguiera alcanzar el coche, para cuando llegase a un hospital, como mínimo tendrían que amputarme el brazo. Intento levantarme otra vez con todas mis fuerzas, pero esta vez no consigo ni siquiera arrodillarme. Y ahora lo veo claro. Voy a morir. Hasta mañana nadie me va a echar en falta, y cuando vengan en mi busca por el camino no van a saber por dónde empezar, porque nadie sabe dónde estoy y en este desierto podrían pasar meses antes de que encuentren el esqueleto: lo único que quedará de mí. Además, he dejado el coche muy apartado del camino y en una hondonada. Una *pick-up* blanca, totalmente cubierta de polvo del color blanquecino del suelo. Aún en el caso muy improbable de que alguien se asomara, le sería muy difícil verlo.

Reflexiono, y la ira deja paso a la comprensión. Me arrepiento de haber odiado a la serpiente. Yo soy el único culpable; el intruso que ha venido a perturbar su territorio y su vida. Y en todo caso, ¿quién es el estúpido?

He venido sólo, cuando todos me lo habían desaconsejado. Dejé el coche lejos y además fuera del alcance de la vista. Podía haber llegado con él hasta aquí y ahora estaría conduciendo hacia el hospital. Debí haber mirado antes de poner la mano en el suelo. La serpiente era grande y, a pesar de su mimetismo con el entorno, fácilmente visible. Podía, tal como han hecho los dos compañeros que han ido a la isla de Tiburón, haber llevado conmigo la inyección del antídoto antiofídico que teníamos en la nevera del hotel. Podía, podía, podía...

Pero no he hecho nada de eso. Sólo con haber sido previsor en una sola de todas esas cosas, podría haberme salvado. Pienso con amargura que si hubiese querido suicidarme, no podría haberlo hecho mejor. Resignado, me tumbo boca arriba y dedico mis últimos momentos a recordar a los míos. En España, serán las dos de la madrugada y mi mujer y mis hijos estarán durmiendo. Ni en la peor de las pesadillas podrían imaginar mi situación. Entre tanto dolor, sonrío por un instante al pensar en cómo explicarán mi muerte el día del entierro.

—Sí, le mordió una serpiente de cascabel en el Desierto de Sonora mientras cavaba un hoyo. El pobre...

—*¡Ah, ya! ¿Pobre?. ¡Pobre imbécil! ¿Quién le mandó meterse en ese fregado?* —pensará con razón, sin decirlo, más de uno.

Un sonido nuevo viene a sacarme de mis pensamientos. Es el aleteo de un buitre negro de cabeza roja de los muchos que abundan por aquí. Los llaman zopilotes. Se ha posado en un brazo del gigantesco cactus que tengo sobre mi cabeza. A los pocos segundos llega otro, y otro más. Todos me miran fijamente. Cierro los ojos. No había contado con ellos. Buitres o zopilotes; cabeza roja, negra o marrón. Qué más da. Son tan eficientes devorando a un moribundo como lo son en nuestro país, y no tengo nada para mantenerlos a raya. El pico y la pala se quedaron en el agujero, a 150 metros —otro «acierto» más—. El final va a ser mucho peor de lo que imaginaba. Sin pensarlo empiezo una oración, la única que recuerdo: el padrenuestro antiguo que rezaba de niño.



#cSµ ±, "flµ² ´, " "fl3fl " ± 2fl " "2fl flc±. @cS² fl"α., ±²º Yµ
 1" ±ªαα±²fl². µ²fl., %" ±² «34αfl". 1², ±. cS cflá" ± "α' "µα |²º ² " ± " " " "2

Un buitre, el más decidido, baja al suelo y se acerca a mí dando saltos. Me incorporo y le lanzo un puñado de arena al tiempo que grito y eso le hace pararse y retroceder un par de metros, aunque se mantiene a la expectativa. Sabe muy bien que tiene la comida asegurada y es sólo cuestión de tiempo lograrla.

...El pan nuestro de cada día, dánosle hoy, perdónanos nuestras deudas...

Oigo el aleteo de los otros dos buitres que se han posado junto al primero—. Cuando vuelvo a gritarles lanzándoles arena de nuevo, el grupo retrocede, aunque no tanto como la primera vez.

...Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal...

El resto de buitres desciende. No sé de donde han salido tantos, pero ya tienen la certeza de que no ofrezco ningún peligro y dando pequeños saltos, se van aproximando. Cierro los ojos y me santiguo, gastando en ese pequeño esfuerzo mis últimas fuerzas.

...Amén.

Oigo el aleteo simultáneo de todos ellos mientras emiten estridentes graznidos. Ya no intento defenderme. El trabajo de gritar y arrojarles arena me ha dejado exhausto. Además, me sorprende comprobar que ya no tengo miedo. Siento que por primera vez en toda mi vida, creo profundamente en Dios. Si el nacimiento es un hecho trascendental en nuestra vida, la muerte también lo es. Ya que no viví de forma consciente aquél, siento un gran deseo de experimentar esta con toda su intensidad y eso me hace estar dispuesto a traspasar su umbral viviéndola sin sufrimiento y con serena curiosidad. Supongo que el orden de las cosas es tan perfecto, que en el último trance nos debemos auto anestesiar de una forma natural.

Mientras, siento a mí alrededor los aleteos y graznidos. Me doy cuenta de que son enormes. No lo parecían cuando los veía en vuelo o posados en los cactus. Están muy cerca y levantan una polvareda que puedo sentir al respirar por la nariz y la boca, tan reseca como el propio desierto. Me preparo a recibir los primeros picotazos totalmente tranquilo y en paz. Pero no siento nada. Entrebro los ojos y veo con sorpresa que los zopilotes han levantado el vuelo y se han alejado con un torpe aleteo. Solo quedan dos en el gran cactus que, mirando con fijeza a un punto del horizonte, se sobresaltan y también emprenden el vuelo. Incorporo la cabeza lo poco que puedo y a través del polvo y confusamente, debido a la reverberación del suelo, puedo distinguir la silueta de un hombre alto y delgado, de largos cabellos negros y con el torso

desnudo. Lleva una especie de lanza en la mano, y con lentitud se aproxima a mí. Agotado, dejo caer mi cabeza sobre la arena, mi vista se nubla y exhalando todo el aire, el último que queda en mis pulmones, llega la Nada.

...de la Vida

Primero con suavidad y después cada vez más y más fuerte, oigo un ruido que llega a hacerse ensordecedor. Viene acompañado de un viento que me ahoga. Al final, todo queda en un agudo silbido. Unas manos me agitan y me dan palmadas que, ahora sí, siento en el rostro. Vagamente escucho voces cerca. Abro los ojos y veo caras, primero de preocupación y después de alegría. Sólo reconozco a Diego, el director de la campaña CORTÉS 96, que ahora veo tan irreal, tan lejana. En realidad, no tengo conciencia exacta de dónde y con quien más estoy. Me coge por los hombros y me sacude excitado.

—¡Gracias a Dios! Ya desesperábamos de encontrarte. ¿Qué te ha pasado?

Trato de decir algo, pero tengo la boca muy dolorida y llena de algo que me impide hablar. Diego me la abre y con los dedos va sacando algo de ella. Observo que otra de las caras pertenece a un militar uniformado. Toca mi brazo con expresión de asombro.

—¿Qué le pasó, señor? ¡Carajo, qué picada!, ¡y hace más de dos días ya! Debería usted estar muerto: esto es un puro milagro, se lo digo yo.

—El indio...el indio...me ha salvado —consigo decir con un hilo de voz, mientras sobre mi cabeza se asoma la cara de un indio mofletudo que masca chicle y, tocado con una gorra de soldado ladeada, me dedica una amplia sonrisa.

—Y tanto que te ha salvado el indio —tercia Diego—. Ya no esperábamos encontrarte, y sólo él fue capaz de distinguir desde el cielo unas huellas recientes de rodadas fuera del camino.

—Soy el capitán Munguía. Fue a mí que se me ocurrió traer a un soldado Seri en el helicóptero. Estos indios conocen el desierto como nadie, y ese auto blanco y cubierto de polvo... No señor, sin él no lo hubiéramos visto nunca desde arriba —afirmó el militar meneando la cabeza.

—Pero yo me refiero al otro indio. Uno alto y delgado que debe andar cerca. Él me salvó: espantó a los buitres, y luego estuvo curándome. Búsquenlo, por favor...

La sonrisa desaparece del Seri, que mira desconcertado a los otros. A pesar de lo mal que me encuentro, me doy cuenta de lo desagradecido que estoy siendo. A él también le debo seguir vivo. Le tomo la mano diciéndole un sincero «*Gracias amigo, de no ser por usted y su vista no hubiera durado otro día más*», lo que provoca que vuelva la sonrisa a su cara, hasta enseñarme dos relucientes muelas de oro.

—Bueno basta de conversación: está muy débil. ¿Dónde lo llevamos? —interrumpió Diego.

—Al Hospital de Hermosillo, no más. Vamos a por la camilla —decidió con autoridad el capitán Munguía.

Poco tiempo después siento como entre los tres hombres y con la ayuda del piloto, me introducen dentro del helicóptero y abandono este lugar en el que he muerto y vuelto a nacer. Ahora que tengo la certeza de estar vivo, a pesar del ruido y las vibraciones caigo en un profundo sueño.

No sé cuánto tiempo llevo durmiendo, pero tengo la sensación de que mucho. Nunca había sido tan comfortable la cama de un hospital. Oigo en la lejanía el ruido de los coches en el exterior y lo agradezco. Creo que desde ahora aborreceré el silencio. También puedo oír un leve cuchicheo cerca de mí y abro los ojos. A mi lado, observándome, hay un hombre con bata blanca a quien no conozco. A los pies de la cama hay otros cuatro más, muy jóvenes y también con batas, que permanecen mirándome con curiosidad.

Son los que estaba oyendo hablar, aunque han callado al verme abrir los ojos. El que está junto a mí, más mayor, con pelo canoso y bigote arreglado, me sonrío con afabilidad y pone su mano en mi

frente, más como saludo que como medio de tomarme la temperatura. Parece campechano y, al instante, me inspira confianza.

—Bienvenido al mundo de los vivos amigo. Soy el doctor García, y éstos que están conmigo también son doctores, aunque en prácticas aún. Alumnos míos que quieren ver por sí mismos un milagro —los jóvenes, me saludan con un ademán y una sonrisa, aunque siguen observándome como si fuera un aparecido.

Trato de devolverles la sonrisa e instintivamente hago un intento de darle la mano derecha al médico mayor, pero me duele mucho. Está cubierta desde el codo hasta los dedos inclusive, por un aparatoso vendaje de donde sale una vía unida a dos tubos transparentes que cuelgan de sendos frascos suspendidos de un soporte metálico. Miro mi mano izquierda y compruebo que también está vendada de la misma forma que la otra, aunque sólo desde la muñeca.

—Mejor no trate de moverse. Sólo son sueros; el fisiológico y el antiofídico, aunque lo cierto es que éste último no lo necesitaba: parece que ya lo traía puesto. Por lo demás, el brazo de la mordedura evoluciona muy bien. Milagrosamente bien diría yo, habida cuenta de que con semejante picadura y tras casi tres días sólo en el desierto, ese brazo hace mucho que debería estar muerto por la necrosis, y el resto de usted con él. ¿Seguro que no se inyectó suero antiofídico? Diego me dijo que todos ustedes lo tienen.

—Pero yo no lo llevaba: se quedó en la nevera del hotel y tuve mucho tiempo para maldecirme por ello. Fue el indio, un seri, el que me salvó. ¿Ya lo han encontrado? Tengo muchas ganas de verlo para darle las gracias.

—No: ya su compañero y los militares que lo trajeron me contaron el episodio del indio que usted dice, pero aparte del que le encontró desde el helicóptero, indio o no, por allá no vieron a nadie.

—Pues le aseguro que estuvo a mi lado. Ahuyentó a los zopilotes cuando estaban a punto de empezar a devorarme y luego me puso en el brazo, y también me hizo tragar, una mezcla de plantas que él mismo masticó. Seguro que eso fue la causa del «milagro»

que dice. El brazo me lo vendó con su pañuelo; tienen que haberlo visto por allí. Todo lo recuerdo muy bien aunque la verdad, de un modo, no sé...irreal, ¿entiende? Como si...

—¿Sí?

—Bueno, ya sé que todo esto es difícil de creer, pero tengo la certeza de que he estado en el más allá. Muerto, ¿comprende?

—Ya. Pues lo cierto es que nadie encontró ningún pañuelo, pero sí es verdad que en la boca tenía usted restos de todo tipo de cactus y raíces, que también puede que inconscientemente masticara para mitigar la sed. Entre ellas, había bastante peyote, un cactus alucinógeno. Con lo que tragó, no me extrañaría, y no se me vaya a enojar, que hubiera visto usted a toda una tribu entera y viajado con ella al puro Paraíso.

—¿Y cómo se explica entonces mi curación?

—Ahí me dio. Eso sí que no tiene explicación. Se ha dicho desde siempre que los indios tenían curanderos que conocían remedios para todos los males, incluidas las picaduras venenosas. Sin embargo, lo cierto es que cuando enferman o les pica una serpiente, vienen al hospital como todos y si no lo hacen van derechos al cementerio.

Pero puesto que usted lo dice, supongamos que ese indio existe. Verá, los seris hoy día no llevan plumas y lanzas más que en su fiesta mayor, y tampoco van caminando semidesnudos en pleno desierto a cincuenta kilómetros de su poblado. Ahora tienen televisores, lavadoras y autos que ellos mismos manejan. Allá estaba el suyo con el tanque casi lleno de gasolina. ¿Por qué entonces no le trajo aquí o al menos a Bahía Kino? Además, los Seris son bastante interesados, «peseteros» que dicen ustedes los españoles. Salvar a un científico de un país europeo puede que le hubiera reportado una buena «lana» de recompensa. ¿Para qué marcharse sin agarrarla?

Mis ojos se cierran sin querer. Estoy cansado y confuso y el doctor se da cuenta.

—Bueno amigo, ya basta de platicar por hoy; está vivo, que es

lo único que importa. No le dé más vueltas al asunto y descanse. Piense además que en el estado en que estuvo, la imaginación puede llegar a ser muy pendeja. Desde esta misma tarde comenzará a alimentarse por boca, aunque le molestará aún un tiempo. Ya desde mañana podrán venir a visitarle sus amigos, que no hacen más que interesarse por usted. Me llaman al celular continuamente. En unos pocos días, si todo va bien, podrá abandonar el hospital. ¡Ah!, por cierto; tal como pidió a los que le trajeron, hemos ocultado a su familia la gravedad del caso. Diego contó a su esposa que había estado un día perdido por el desierto y simplemente había sufrido una deshidratación sin importancia. Él me dijo que a pesar de eso ella desea venir, así que telefonéela en cuanto pueda y me la tranquiliza, si es que le quiere ahorrar un viaje tan largo.

Después de asentir con la cabeza y despedirme con un gesto de todos, al quedarme sólo caigo de nuevo en otro sueño provocado por los medicamentos que me suministran, para ver por enésima vez a mi indio.

«Existes: sé que estás en algún lugar, y te aseguro que no pararé hasta encontrarte».

Me recuperé rápidamente. En realidad solo tenía cansancio y deshidratación, así que el suero, la comida y el agua fueron mis únicas medicinas, además de antibióticos para prevenir infecciones y calmantes para atenuar los dolores de las manos. Los días posteriores en el hospital fueron un continuo trasiego de gente. Vinieron a visitarme varios compañeros de campaña, a pesar de que a algunos no los conocía. Ellos pusieron sus sismómetros en lugares tan alejados de mí como La Paz, Acapulco, Arizona o Texas, por lo que nunca nos habíamos visto.

Vinieron también unos geofísicos estadounidenses que no hablaban español. Pero todos habíamos hecho el mismo trabajo en desiertos parecidos y casi todos tuvimos algún encuentro, aunque no tan cercano como el mío, con serpientes de cascabel, por lo que

se sentían hermanados conmigo.

El capitán y algunos oficiales y tripulantes del Hespérides pasaron a saludarme. Aunque a mucha distancia, durante más de un mes, también habíamos estado unidos por unas invisibles ondas sísmicas. Fue bonito y muy reconfortante para mí.

También vino a visitarme el director del CICESE, organizador de la CORTES96, para interesarse por mí y decirme que, aunque la campaña había acabado con éxito y los participantes retornaban ya a sus respectivos países, él personalmente se haría cargo de mí hasta dejarme en el avión de vuelta a España. Por último, vinieron a entrevistarme unos periodistas de Hermosillo y de México D.F. A todos ellos conté con todo detalle mi viaje al Más Allá, y cómo el huidizo y extraño seri me salvó la vida. Poco después abandoné el hospital acompañado por el Dr. García. Ya en el vestíbulo, se despidió de mí.

—Bueno, amigo José Antonio, creo que ya está en condiciones de proseguir con su vida junto a los suyos. Cuando llegue a España que le sigan cuidando y, sobre todo, haga que le miren esas manos. ¿Cuándo parte para allá?

—Dentro de tres días. Aprovecharé ese tiempo para encontrar al seri.

—Así que no se le va de la cabeza su indio. ¡Carajo!, parece que fuera usted yucateco: acá en México tienen fama de ser obstinados.

—En mi país esa fama la llevan los de Aragón, ¿y sabe qué? Yo llevo su sangre: mis antepasados eran de Zaragoza. Voy a buscarlo y, si es preciso, recorreré hasta el último rincón de los poblados seris de Punta Chueca y Desemboque para encontrarlo. Sé muy bien lo que vi. Además, hay algo que...

—¿Sí?

—Verá. Todos, y muy especialmente usted, se han portado muy bien conmigo. Nunca los olvidaré por ello, pero no entiendo por qué cuando les he contado lo que he vivido, han sido tan escépticos. No me lo tome a mal, pero es como si quisieran ocultarme algo.

—Ya, y ¿por qué piensa eso?

—Es que parece que usted, los militares que me trajeron; todos en fin, intentan hacerme creer que me he inventado todo lo sucedido. Que no existe ningún pañuelo ni ningún indicio de que hubiera estado con alguien. Incluso los periódicos han omitido todo lo que les conté referente a la historia del indio. Sin embargo, Diego me dijo que él vio en mi brazo el pañuelo con restos de sustancias vegetales y sangre, y que además el lugar estaba lleno de huellas de pisadas alrededor mío. ¿Por qué todos ustedes me lo han negado? —dije en tono de reproche.

El médico, se puso de repente serio y aparentemente molesto.

—Mire, yo no estuve allá, y tampoco soy policía. Mi misión es salvar vidas, y es lo que he hecho con la suya. Ahora discúlpeme, tengo otros pacientes que atender. Le deseo lo mejor. Me tengo que marchar, adiós.

Casi con brusquedad, se giró alejándose en dirección a los ascensores.

—¡Doctor, lo siento! ¡No quisiera haberle molestado! —le grité arrepentido de lo que le había dicho.

Se volvió al llegar al ascensor, esbozó una media sonrisa, y meneando la cabeza, me gritó también.

—¡No lo ha hecho! ¡Platicaremos antes de que se vaya, se lo prometo!, y entró rápidamente en el ascensor que acababa de abrir sus puertas.

...del Miedo

Al salir al exterior pude notar la cálida brisa en la cara y vivir de nuevo el bullicio de Hermosillo, la capital del Estado de Sonora. Sentí que todo era nuevo y extraño para mí: los colores, el ruido, la gente.

Había vivido en esta ciudad hacía sólo unas semanas y aunque era la misma, ya no la veía igual. En realidad era yo el que no era el mismo de antes, y tuve la certeza de que ya nunca más volvería a serlo. La voz de un hombre vino a sacarme de mis pensamientos.

—Buenos días señor. Es usted don José Antonio, ¿verdad?
—asentí con la cabeza.

—Yo soy Rufino, conductor del CICESE. Creo recordarlo de Ensenada. Tengo orden de acompañarle el tiempo que permanezca en México y llevarlo al aeropuerto de Tijuana cuando salga su avión.

—Buenos días y gracias, Rufino. Sí, creo que yo también recuerdo haberlo visto en Ensenada al comienzo de la campaña. ¿Está cerca el coche?

—Sí señor, acá en la pura esquina. Sígame —dijo cogiendo mi maleta, que había llevado un enfermero a la puerta.

El coche, era una *pick-up* Chevrolet, parecida a la que conduje en el desierto aunque más moderna. Una vez acomodado, pedí a Rufino que me llevara a Bahía Kino, pero sin revelarle mi destino concreto. La forma de comportarse conmigo por parte de casi todos, me hacía estar en guardia. Luego pude comprobar que mis temores respecto a él eran injustificados.

Tenía que buscar hotel, y también saludar a unas monjas españolas que había conocido en mi estancia aquí, y ejercían de misioneras entre los seris. Además de tratar de ser cortés, pensaba que tal vez me podrían ser útiles en mi empeño de encontrar a mi salvador.

Pero antes que a ningún otro sitio, deseaba ir a la sede que los seris tienen en la localidad. Allí gestionan sus propiedades y derechos, además de vender los recuerdos turísticos que hacen artesanalmente. Yo ya había ido a aquel lugar antes de mi accidente, con los dos compañeros que fueron a Isla Tiburón. Ellos entraron a solicitar el permiso y a pagarles las tasas correspondientes. A esa isla, que es tan grande como Lanzarote, sólo se puede acceder acompañado por guías seris. Entonces, y ya que yo no iba a ir allí, preferí quedarme en el chiringuito de la playa tomando una cerveza y unas gambas del Mar de Cortés; tan vistosas, grandes y baratas, como insípidas.

—Lléveme a la oficina de los seris. Está en la carretera que va bordeando la playa: yo le indicaré —dije a Rufino al entrar en la ciudad, temiendo que tal vez tratara de disuadirme.

—No será necesario: la conozco. Ya yo estuve con la mujer y los chamacos hace tiempo. Le gustará y podrá comprar algún recuerdo para su familia. Hacen cestillos y piezas de cerámica muy lindos.

Parado frente a la puerta, estuve tiempo sin decidirme a entrar en el edificio. Presentía que estaba cerca de averiguar qué es lo que me había pasado en realidad en aquel desierto, y eso me producía temor, haciendo que mi corazón latiera con fuerza. Por mi cabeza no habían dejado de pasar todos estos días, especialmente por las noches, las vivencias que acaecieron allí, tan extrañas e intensas, como incomprendibles para mí.

Una joven atractiva de marcados rasgos indios, ataviada con falda larga de vivos colores, abalorios y peinada con dos largas trenzas, muy del estilo indio que un turista «gringo» esperaría encontrar allí, se asomó al exterior y sacándome de mi ensimismamiento, me invitó a entrar como si estuviera esperándome. Le conté mi historia, y aunque ya la conocía, se interesó vivamente por conocer hasta el último de los detalles. Por primera vez, desde mi experiencia en el desierto, tenía la agradable sensación de que alguien me creía. Ella se brindó de inmediato a ayudarme a encontrar a la persona que me salvó. Tenía que ser seri: no había otra tribu por esa zona. Para empezar, lo mejor sería ver a su jefe. La seguí y entró sin llamar en una sala destartalada, como el resto de las dependencias. Allí, dos hombres de rasgos indios, aunque vestidos como mexicanos, hablaban en un idioma ininteligible para mí. Cuando se dieron cuenta de mi presencia, callaron mirándome con curiosidad. La chica les contó brevemente quién era yo, y mi deseo de encontrar al seri que me había salvado la vida. Ambos se levantaron tendiéndome la mano, que tuve que rehusar como tantas otras veces desde que había salido del hospital, debido a mis aparatosos vendajes.

—Perdonen. Me las lastimé tratando de arrastrarme hasta el coche.

—No se preocupe. Debió pasarlo mal. Conocemos su caso y,

aunque como seris nos enorgullece haberlo salvado, la verdad es que también nos parece extraño que uno de nosotros estuviera tan lejos del poblado. Pero si usted lo vio, le creo. Lo mejor será que vaya a Desemboque y hable con la persona que le voy a decir —dijo Raúl, el más mayor.

—Ya no es necesario. Es él —dije balbuceando y señalando con un ademán, ya que no podía hacerlo con mis dedos, a la pared, donde había algunas fotografías enmarcadas de indios en apariencia importantes.

Los hombres y la chica fijaron su vista en la foto que yo, ab-sorto, miraba.

—Es Juan Sánchez, nuestro jefe. Precisamente es a él a quien pensaba enviarle —respondió de nuevo Raúl—. No me extraña que fuera él: es un hombre valiente y sabio. Conoce remedios contra los males. Seguro que se pondrá contento de verlo de nuevo.

—No, no digo ése. Es el de la izquierda, el de la foto más grande. Esa en blanco y negro.

—¿Esta seguro?

—Hace diez días que llevo esa cara grabada día y noche en mi mente. Sí, es él.

Los hombres se miraron extrañados; después el más joven habló por vez primera conteniendo la risa.

—Señor. ¿Seguro que no más le picó una cascabel? ¿No llevaría en el bolsillo una botella de tequila?

Ante mi perplejidad, Raúl medió mirando al joven con desaprobación.

—Discúlpele señor, es joven e imprudente pero verá, es que no puede ser él. Ese hombre murió en 1928.

—No, no es posible. ¿Quién es?

—Es... era Conca´ac.

—El Jefe más valiente y más grande que hemos tenido nunca los seris —interrumpió con decisión y altivez la chica.

—Entonces, también pensarán que estoy loco o algo por el estilo. ¿No es así?

—No señor. Para ustedes es fácil equivocarse —contestó Raúl—. Nuestros rasgos son muy parecidos. No hay indios rubios, pelirrojos o calvos, ni tenemos los ojos azules o verdes. Ustedes nos ven a todos iguales. No se preocupe, es normal que se haya confundido. Hágame caso y vaya a Desemboque: si está usted seguro de que un serí le salvó así habrá sido, y Juan le ayudará a buscarlo.

—La verdad es que ya no estoy seguro de nada —dije desolado—. Creo que después de esto voy a abandonar mi búsqueda. Después de todo puede que realmente el veneno, el peyote y el sol, me hayan jugado una mala pasada. Ya me lo han dicho varias personas, y deben llevar razón. Muchas gracias por todo y adiós.

Me despedí de los tres y salí de la habitación sin volver la vista atrás. Me sentía ridículo y sólo deseaba marcharme de allí cuanto antes. Ya en el vestíbulo y al abrir la puerta oí una voz a mis espaldas.

—¡Espere! Yo le creo. Desde que supe de usted y su historia, tuve la corazonada de que estuvo con Conca´ac.

Era la chica, que me había alcanzado antes de que saliera al exterior. Me detuve volviéndome y mirándola confundido.

—Venga conmigo, tengo que enseñarle algo —entró en una especie de modesta sala de reuniones y yo la seguí.

Una vez dentro sacó del cajón de una mesa una vieja carpeta con fotografías. Todas eran muy antiguas, y en algunas aparecía Conca´ac, siempre serio y con gesto altivo. Parecía mi hombre. Hasta la lanza era la misma que yo recordaba.

—En 1925 sólo quedaban treinta seris vagando por el desierto. Como tantas otras tribus americanas, estábamos a punto de desaparecer. Entonces surgió él; por esa época era el curandero. Todas las tribus lo tenían. Era el hombre que conocía los remedios para las enfermedades, las heridas y... las picaduras de serpientes venenosas.

—Creo que ya sé por dónde va, pero verá; los muertos no curan. Ella continuó como si no me hubiera oído.

—Conca´ac fue muy grande. Los seris éramos pocos, pero los yaquis eran varios miles, y los grupos de Hopis del sur de Arizona,

también. Todos pertenecían a la gran nación Sioux. Él consiguió aliarlos y luchar juntos contra el ejército venciénolo.

El Gobierno capituló y aceptó sus condiciones. A los seris nos dieron territorios, entre ellos la isla Tiburón, y sobre todo nos devolvieron la dignidad que hoy, posiblemente estemos perdiendo nosotros solos, —señaló triste con un ademán unas cajas con algunos de los recuerdos y baratijas que vendían a los turistas gringos, y sus propias vestiduras—. El desierto es improductivo y hay que sobrevivir —dijo a modo de justificación.

—¿Qué fue de él?

—Se dice que murió asesinado por la traición de uno de los suyos. El Gobierno no le perdonó la humillación a que le había sometido al frente de unos guerreros desharrapados. Pero nunca se encontró su cadáver, así que algunos estamos seguros de que...

—Espere, no me lo diga. Que su espíritu vaga por el desierto ayudando a sobrevivir a los blancos, a los que seguramente odiaba, ¿no? —la interrumpí sin dejarla terminar.

—No se lo tome a broma. Se dice de él que fue sanguinario. Y lo era con sus enemigos. Pero también sabía ser clemente y generoso con quien no lo era. A usted le hizo vivir. No sabe cómo le envidio.

—Ya. Mire, yo estaba convencido de que alguien me había salvado, y tal vez fuera así. Pero alguien vivo. Quizá existan los espíritus, yo mismo puede que por un tiempo haya sido uno, pero estoy seguro de que no son capaces de hacer mezclas de plantas que curen a alguien real, mordido por una serpiente de cascabel real. Señorita —traté de poner fin a la conversación—, ha sido muy amable queriéndome ayudar a averiguar la verdad de lo que me ha pasado, pero a la vista de todo, creo que ya no quiero saberla.

—¿No quiere?, ¿o le da miedo?

—Me sirve la de sus compañeros. Sería ese tal Juan Sánchez, u otro cualquiera. Raúl y el joven, también son seris, y sin embargo tampoco parecen creer en espíritus. Dígame: ¿cómo se llama usted?

—María: mi verdadero nombre no sabría usted pronunciarlo. Raúl lleva razón. No hay indios con ojos azules o verdes, pero alguna vez aparece alguno con ojos grises claros. Acerados. Como Conca'ac... y como yo: era mi abuelo.

—Ya. Eso lo explica todo María. Es lógico que tenga devoción por él. Le deseo que le vaya todo muy bien.

Me despedí rápidamente con un gesto. Aquella mujer me producía una gran inquietud, y yo sólo deseaba irme de allí.

Ella no dejó de mirarme fijamente con esos ojos, que me resultaban tan familiares, hasta que salí por la puerta. Me llamó. Me detuve y, aunque no deseaba hacerlo, me volví a mirarla, porque me atraía tanto como me inquietaba.

—¡Escúcheme! No deje de buscar la verdad. Necesita hallarla y no tendrá paz hasta que lo haga. Siga indagando pero sobre todo, libérese del miedo y busque en su interior. Seguramente ahí encontrará esa Verdad. Entonces, y sólo entonces estará salvado.

No dije más, me giré encaminándome con resolución al coche. Fui en silencio todo el camino hasta mi hotel. Me despedí de Rufino hasta dos días más tarde a las 8. Mi avión salía de Tijuana y vía México D.F., me llevaría a España en catorce horas. Me sentía confundido y quería pasar mi último día en aquel lugar sólo, para tratar de —si es que podía—, poner mis pensamientos en orden.

Ya en la habitación recibí una llamada. Era del doctor García. Quería echarme un vistazo y medicarme antes de hacer un viaje tan largo. Hermosillo estaba de camino a Tijuana y además quería despedirse como Dios manda. Lamentaba la forma en que lo habíamos hecho en el hospital.

Me alegró su llamada. Yo también deseaba informarle de mis pesquisas y conclusiones en Bahía Kino. Le anticipé disculpas por mi terquedad. Él llevaba razón: no había existido ningún indio más que en mi imaginación. Quedamos en que a las diez pasaría por su despacho y hablaríamos de ello.

El doctor se levantó en cuanto asomé por la puerta. Me saludó afectuosamente con un cálido apretón de hombros. Le dije que me

encontraba físicamente bien. Había seguido la medicación que él me indicó, y aunque me seguían doliendo las manos, no tenía fiebre. Tras reconocermelo le pareció que estaba en condiciones de hacer el viaje.

Otra cosa bien distinta era mi estado anímico. Le conté que mis indagaciones en Bahía Kino no habían hecho sino empeorar las cosas. Comencé a hablarle de María y Conca´ac, pero él me interrumpió con suavidad.

—Sí, ya sé lo que me va a decir. Que su indio no existió en realidad y que yo llevaba razón, ¿verdad? Ya me lo dijo por teléfono. Eso es cierto, pero sólo en parte. Ahora que se marcha puedo decirle algo o, mejor dicho, debo hacerlo. Eso sí, prométame que quedará entre nosotros, al menos mientras esté en México. ¿Ok?

—Sí, claro —respondí algo desorientado.

—Estaba usted en lo cierto cuando me dijo que le había ocultado la verdad: todos lo hicimos excepto Diego. Veo que está confuso, necesita respuestas, y se las voy a dar.

Para empezar perdóneme. No suelo mentir, y lamento de veras haberlo hecho. ¿Le parece que vayamos caminando? —me cogió con suavidad del codo y comenzamos a pasear lentamente por el pasillo.

—Cuando lo encontraron, en su brazo estaba en efecto el pañuelo con el emplasto que le curó. Además, en treinta metros a la redonda había varios agujeros, algunos de medio metro de profundidad, así como gran cantidad de restos de hojas de cactus y raíces de distintas clases. Usted tenía, y eso ya lo sabíamos, la boca llena de una mezcla vegetal muy parecida a la que tenía el pañuelo del brazo. Un conglomerado de componentes químicos que hicieron de él, el suero antiofídico más eficaz que he visto nunca. Cualquier laboratorio, pagaría una fortuna por la fórmula. ¡Ah!, y con respecto a las huellas de pisadas, efectivamente las había por todas partes.

—Creo que me voy a volver loco. Entonces, ¿resulta que en realidad existió de verdad ese indio?

—Sí y no, o para ser más exactos, no de la manera que usted creyó. Verá, el pañuelo no era de ningún seri. Era su propio pañuelo. Las huellas tampoco eran de pies descalzos, o de mocasines, sino de sus propias botas. Y en cuanto a los agujeros....Tengo que decirle que sus manos no se las lastimó reptando. Las tiene destrozadas.

—¿Destrozadas? —dije mirándome preocupado los aparatosos vendajes.

—Sus dedos están descarnados. Ha perdido usted la casi totalidad de las falangetas, sólo le quedan los huesos y bastante dañados. Perdone que se lo diga con tanta crudeza.

Me detuve mirándome desolado los gruesos vendajes y miré inquisitivamente al doctor.

—No se preocupe demasiado por eso. Hoy en día la cirugía reparadora hace milagros y en España tienen ustedes gente muy buena. Con injertos de otras partes de su cuerpo, le reconstruirán sus dedos, aunque respecto a las uñas...por el momento creo que tendrá que olvidarse de ellas.

—¿Pero, por qué? ¿Fue el efecto del veneno?

—No, eso no tiene nada que ver. Usted y sólo usted cavó, sin otros útiles que sus manos, todos esos agujeros en el suelo. A priori parece imposible hacerlo, pero lo hizo. Y lo hizo para buscar las raíces que necesitaba mezclar con las hojas de los diferentes cactus y plantas, que por supuesto usted también se encargó de cortar con la boca. Por eso la tiene también lastimada, aunque por fortuna no tan mal como las manos. En definitiva, usted sólo se curó a sí mismo.

—Pero yo no sé nada de plantas, raíces, sueros, cactus o venenos. Soy un ingeniero técnico que hacía un trabajo de Geofísica y que no había visto nunca una serpiente de cascabel de cerca. Además estaba inconsciente, o para ser más preciso, muerto. ¿Cómo pude hacer semejante cosa? Perdone, pero ahora soy yo el que ya no se cree nada.

—Normalmente solo usamos una pequeña parte de nuestra fuerza, pero en un trance de muerte podemos hacer cosas que

están muy por encima de nuestras posibilidades. A veces un hombre normal ha sido capaz de levantar él sólo el coche de dos toneladas que le oprimía tras un vuelco.

—Puede ser, pero nadie, en ninguna circunstancia, puede adquirir un conocimiento que no posee.

—A menos que alguien, o algo se lo transmita.

—Creo que los dos estamos pensando lo mismo. El indio, o mejor dicho, el espíritu del indio, ¿no? Bien, y si así fue, por qué complicarse haciéndome fabricar un suero artesanal con tantas penalidades. ¿Por qué no, con mucho menos esfuerzo, hacerme conducir el coche que estaba a cien metros?

—Usted lo ha dicho hace un momento. Los conocimientos que no se poseen no se pueden transmitir. En 1928 un curandero seri sabía hacer un remedio con plantas y raíces, pero no manejar un auto. Seguramente ni siquiera habría visto nunca uno.

—¡Vaya! Así que también cree usted en los espíritus doctor. Algunos seris aseguran que el de Conca'ac vaga desde hace setenta años por el desierto, y yo...yo la verdad es que ya no sé en qué o en quién creer.

No me contestó. Me detuve y lo miré directamente a los ojos. Él debió leer en ellos el miedo y el desconcierto que me atormentaban.

—Tiene que tranquilizarse. Sé cómo se debe sentir.

—No doctor, no lo sabe. No se lo puede ni imaginar. Le dije que ya no era el mismo. Nunca más lo seré, porque de donde yo he vuelto no vuelve nadie. Va contra la Naturaleza. Creo que no voy a tomar ese avión. No tengo fuerzas para volver a casa. Me da miedo vivir. Al principio creí que una persona real me había curado, era algo natural y así lo acepté. Pero después resultó ser que esa persona murió hace setenta años, y ahora, usted me revela que su espíritu ha estado dentro de mi cuerpo muerto haciéndome realizar cosas imposibles incluso para un ser vivo y en plenitud de facultades. Es demasiado, ¿no le parece? Antes estaba solamente asustado, pero ahora ya no sé quién o qué soy, ni si estoy vivo o muerto.



Nos detuvimos y el doctor me cogió ambas manos apretándolas con fuerza, arrancando de mí un grito de dolor.

—¡Usted es el de siempre, y está vivo y bien vivo! Tiene el convencimiento de que ha estado muerto y después ha resucitado ¿no? Pero, ¿dónde está el umbral entre la vida y la muerte y cuán gruesa es la línea que las separa? Es un misterio que está fuera del alcance de la comprensión humana, y es usted un «cabrón» presuntuoso si cree saberlo. Puede que bordeara esa línea, pero le aseguro que no la traspasó del todo, así que deje de atormentarse y piense que si le han ayudado, mejor para usted. En su caso, la vida ha de ser más valiosa que la de cualquier otro.

Un día me dijo que en los peores momentos creyó en Dios como nunca lo había hecho, y rezó un padrenuestro ya olvidado. ¿Por qué no pensar que fue Él quien escuchó su plegaria y se valió de Conca´ac para salvarlo?

Como cristiano, creo que bien pudo ser eso lo que pasó. Usted también lo es, así que debería creerlo también. Pero si prefiere

aceptar que fue sólo el espíritu de Conca'ac quién lo hizo, adelante, créalo. Yo, además de creer en Cristo, soy mexicano y también creo en Espíritus. ¿Por qué no? ¿Que fue Conca'ac quien lo salvó? ¡Pues chévere, qué carajo! Me dijo una vez que gustaba de escribir relatos, ¿no? Pues bien, lo que debería hacer cuando pasen los años, es escribir todo esto: sería una linda historia. Mientras tanto olvide todo, viva feliz con su familia y vea crecer a sus hijos y a sus nietos, cuando los tenga.

Ya habíamos llegado a la puerta y en el exterior, Rufino, nervioso, me señalaba su reloj. Yo me sentía mejor.

—Bueno doctor, puede que lleve razón. Otra persona me aconsejó que buscara la Verdad y la Paz dentro de mí. Lo voy a hacer, o al menos voy a intentarlo con toda mi alma. Y ahora creo que debo irme ya. Sigo teniendo miedo, pero voy a subir a ese avión. Es usted buen médico y mejor persona. Ya que no puedo darle mi descarnada mano, ¿puedo abrazarlo? No tema, soy «puro macho».

Nos fundimos en un abrazo, mientras él reía socarronamente.

—Claro amigo. Me gustará saber cómo le va. Escríbame cuando encuentre su verdad y su vida. Alguien que ha hecho lo que usted hizo, es capaz de todo. Seguro que lo conseguirá.

—Lo haré. Por cierto.

—¿Sí?

—¿Porqué no se sinceró conmigo antes? ¿Por qué esperar al momento de marcharme? ¿Por qué tanto secreto?

—Cálmese: se lo contaré todo. El capitán Munguía me pidió explícitamente que no le contase la verdad. Verá, no conviene propagar la historia de un espíritu seri que va salvando de forma milagrosa vidas de blancos en el desierto. Acá somos supersticiosos y creemos estas cosas, como ya habrá notado.

—¿Y qué hay de malo en ello? ¿No me acaba de decir que es una bonita historia?

No aquí. Aún no hace tanto que Conca'ac y su coalición de indios, vencieron al Ejército. Eso aún no está olvidado y además sacaron provecho de esa victoria. Grandes territorios en propiedad

y poblados cuyas casas son mejores que las de muchos otros mexicanos. Algunos piensan que los indios tienen privilegios. Hay organizaciones que les apoyan, y estarían deseando una historia como esta para crear un héroe del que se aprovecharían las demás tribus: hopis, yaquis, y muchas otras de nombres que no sabemos ni pronunciar. Suponen cientos de miles y al gobierno no le interesa que se crezcan.

—¿Y por eso la censura en las entrevistas, y...?

—Sí, y no pregunte más o llegará tarde. ¡Ah!, recuerde que lo que acabo de decirle es confidencial, de amigo a amigo, ¿entiende? Ándele, váyase ya: su vida y los suyos le esperan. ¡Buen viaje!

Permaneció de pie hasta que arrancó el coche. Le despedí con mi mano vendada desde dentro del coche.

...de la Esperanza

El avión acaba de despegar del aeropuerto de Tijuana. En pocos minutos, veo por la ventanilla el Desierto. No sé si el de Arizona o el de Sonora. En realidad es el mismo, que la estupidez humana ha partido en dos con un muro de 1200 kilómetros de longitud y tres metros de altura.

Puedo distinguir a la perfección los cactus gigantes, iguales al que tuve al lado en aquellos amargos momentos, y ese recuerdo me hace prometer dos cosas. Una, que en cuanto llegue a Madrid y antes de enterrar para siempre este Desierto y todo lo que en él pasó en el olvido, voy a escribir a María para decirle que gracias a ella, encontré la única Verdad. Y es que yo estuve con Conca'ac, o más bien, él estuvo dentro de mí para devolverme la Vida.

La otra, hacer una firme promesa que cumpliré, espero que dentro de muchos años.

Cuando llegue mi hora y vuelva al Más Allá para quedarme, prometo buscarte Gran Jefe. Y esa vez te encontraré. Sé dónde hallarte.

Introducción al relato «DE CLAVOS Y OTROS SERES»

PORTAMIRAS

Este Cuerpo del Instituto Geográfico Nacional no está reconocido como se merece. Transportar y poner en estación las pesadas — han de serlo para que tengan estabilidad — miras de nivelación de precisión, especialmente con viento fuerte, es un trabajo fino pero agotador. Tan importante como leer en ellas con el nivel, es asentar la base de la mira en el zócalo, mantenerlas verticales e inmóviles y girarlas con mimo. Cuando se juega con centésimas de milímetro, un imperceptible fallo supone tener que repetir el tramo desde el clavo anterior. En mis muchos kilómetros nivelando, se pueden contar con los dedos de la mano, las veces que esto ha sucedido.

Pero es que además de portar las miras, su cometido en teoría, este reducido grupo de profesionales son también conductores que hacen su función en Geodesia; construcción y observación de vértices, así como señalar líneas de nivelación, observaciones astronómicas y de la Red Geodésica, diurnas o nocturnas, y muchas otras cosas más, subiendo a menudo con los todoterrenos por sitios por los que sólo irían las cabras. Pues bien, en los millones de kilómetros que han hecho, no han tenido un sólo accidente, por poco importante que sea.

Con todo, lo mejor para mí fue compartir esos años de aventuras, buenos momentos y también, soledad y nostalgia de nuestras

familias, con unos buenos compañeros de trabajo y penalidades. Gracias por todo eso; Pepe, Ernesto y Pedro.

Lo de éste último, Pedro Pacheco Santamaría, merece mención aparte. Fue, desde su llegada, en los 70, encargado de señalar las líneas de nivelación. Comoquiera que en la reseña de todos y cada uno de los clavos figura una fotografía de él señalando el clavo, y son muchos miles, seguro que el bueno de Pedro es el personaje más fotografiado de España. Más incluso que Cristiano o Messi. Esto se dio durante tantas décadas que, cuando buscábamos la reseña de un clavo en el archivo, bastaba echar un vistazo al aspecto de Pedro para conocer la fecha aproximada. Si en la foto se le veía espigado y con abundante pelo negro, es que era de los setenta. Por ese mismo indicador, la época era más reciente cuanto menos tupido y más canoso lo iba teniendo.

Por desgracia, el 31 de agosto de 2012, sin llegar a su merecida jubilación, nos dejó para encargarse de señalar las Líneas Celestiales, porque Pedro Pacheco era una de esas personas tan buenas y entrañables, que uno nunca olvidará.

De Clavos y otros seres se publicó en «Topografía y Cartografía», «Mapping» y «Pensamiento Matemático». Esta última versión, con su dedicatoria, es la que sigue.

DE CLAVOS Y OTROS SERES

*A Pedro. Te recordamos con cariño:
Tus Clavos*

La Red Española de Nivelación de Alta Precisión (REDNAP) nació en 1870, al tiempo que el Instituto Geográfico y Estadístico. Empezó por llevar a través de los accidentados caminos de la época, la altitud del nivel medio del mar en Alicante al Observatorio Astronómico del Retiro, en Madrid, para completar la coordenada que les faltaba a la longitud y latitud que habían determinado Astrónomos y Cosmógrafos, a lo largo de años de observaciones a estrellas y planetas.

A partir de ahí, los hombres del recién creado Cuerpo Nacional de Topógrafos —nuestros venerables antepasados— se encargaron de, con miras y niveles, llevar las altitudes de precisión a través de líneas formadas por clavos de distintas categorías que confluían a su vez en otras líneas que, entrelazadas en puntos fundamentales llamados Nodos, llegaron hasta el último rincón de nuestro país, para ser sustento de la Geodesia y la Cartografía y que sirvieron a su vez para construir canales, carreteras, ferrocarriles, ciudades... En definitiva, hacer llegar el Progreso a todos los rincones del país.

Pero, ¡ay!, ese mismo progreso al que colaboraba tan activamente la Red, era ingrato y se convirtió en su mayor enemigo,

pues las mismas vías de comunicación que nacieron gracias a ella, se encargaban de destruirla. Las carreteras se hacían más anchas. Se reformaban, crecían... y también arrasaban sin piedad esos abnegados clavos que, en silencio, les habían dado el ser desde sus márgenes. Mas por fortuna el hombre, que seguía precisando de altitudes, reponía y nivelaba tantas veces como eran destruidos los nuevos clavos de nivelación. Y así ha sido hasta nuestros días, con épocas en las que el genocidio de clavos se agudizaba, como el Plan REDIA de los años 70 y, más tarde, el de la construcción desahogada de autovías y rotondas.

Y por fin, en el año del Señor de 2008, después de 10 años de intenso trabajo de muchos cientos de topógrafos, conductores, portamiras y peones del Instituto Geográfico Nacional y de empresas privadas, se da por finalizada definitivamente la señalización y nivelación de la Red Nacional de Alta Precisión. Una obra titánica que aproximadamente comprende 18.200 kilómetros, con 250 líneas compuestas por 150 nodos, 4000 clavos principales numerados y 17.500 señales secundarias, en su mayor parte nuevos, aunque se han conservado aquellos valiosos supervivientes de épocas pasadas. Normalmente, cada cinco señales secundarias se intercala un grupo de dos clavos principales, más grandes y numerados. Las señales distan más o menos un kilómetro entre una y otra y...

—¡¡UN MOMENTO!! Pero, ¿tú de qué vas tío? ¿Qué me estás contando?

—Pero... no entiendo. ¿Quién anda ahí? ¡Qué susto me has dado!

—Soy el Lector. Y vigilo la idoneidad de lo que se publica aquí.

—¡Ah!, pues encantado ¿eh? Yo soy el Autor, y lo que pretendo es que tú, Lector...

—No, si no hace falta que me lo digas. Ya te veo venir. Tú lo que intentas es aburrirnos metiéndonos un ladrillo histórico-técnico-estadístico y abrumarnos con cifras y datos que no hacen al caso. Porque por si no te has enterado, y es obvio que no, en el

encabezamiento, «esto», nos lo presentas como un RELATO. Así que uno espera algo literario y ameno, ¿entiendes? Para colocar tu rollo hay otras secciones más apropiadas en esta misma revista o en otras parecidas. Yo, el Lector, lo que esperaba con tu historia era sólo pasar un rato entreteni...

—¡¡BAAASTA!! ¡Ahora escúchame tú! Aún estoy en las primeras líneas y ya estás protestando. ¿Pero tú quién te crees que eres por muy Lector que seas para venirme con esas premuras y exigencias y encima tratar de imponer al Autor la forma de escribir su relato?

—Bueno hombre, no te lo tomes así. Yo sólo pretendía hacerte ver, que tu escrito lleva toda la pinta de ser un auténtico «latazo». Pero vale, tienes razón. Reconozco que me he precipitado, así que disculpa y continúa con tu narración, o lo que sea aquello en lo que acabe parando esto.

—Disculpado quedas. Realmente ya había terminado el preámbulo que tanto te ha molestado. No vayas a creer, a mí tampoco me gusta soltar éste ladrillo histórico-técnico-estadístico como dices, pero es que sin él quizá no comprendas el lado humano y, al igual que se precisa de un pinchazo anestésico antes de un empaste, o los fórceps antes de un parto complicado, creo que hacía falta éste preámbulo tedioso para llegar a conocer mi parto, que en éste caso es un relato de ficción. Ahora, si me das una oportunidad y tienes la paciencia de seguir unas líneas más, te prometo que no te arrepentirás y te maravillará la apasionante y emotiva historia que viene a continuación que, si bien no tiene visos de ser verídica, tampoco nadie puede asegurar que no lo sea.

Nuestra historia empieza un día cualquiera de finales de junio de 2008. El campo toledano, debido a que la primavera ha sido muy lluviosa, luce un florido verdor más propio de tierras más norteñas. Hace una hora que ha amanecido y el suelo aún está húmedo. Sólo el canto de los pájaros rompe el silencio, y únicamente una intersección de carreteras y las grandes torres de alta tensión de la Cumbre Alta, la sierra que cobija en su falda al pue-

blo de Sevilleja de la Jara, situado unos diez kilómetros al norte de la intersección, delatan la mano del hombre.

Un diminuto punto blanco en la lejanía acompañado del leve rumor de la rodadura de los neumáticos y el motor, se va convirtiendo poco a poco en un Nissan Terrano blanco que se aproxima por la N-502, la carretera más ancha de las dos. Viene rápido y sobre su techo gira sin cesar una luz anaranjada. Lleva una matrícula con unas siglas muy poco usuales. MF: Ministerio de Fomento. Disminuye la marcha y, aunque tiene preferencia de paso y no debería hacerlo, parece que va a detenerse en la intersección. Y en efecto termina haciéndolo. El conductor, que permanece dentro, conecta el «*warning*» al tiempo que se abre la puerta derecha y del coche se apea un hombre de mediana edad. Lleva dos folios, un cuaderno, un mapa y una cámara de fotos.

Tras ponerse las pequeñas gafas para ver de cerca propias de su edad, se dirige a la margen izquierda de la carretera y busca fuera de ella algo que parece no encontrar. Al final, después de consultar uno de los folios parece, tras escarbar con el pie entre el musgo y la hierba, hallar lo que buscaba. Está en el suelo, se agacha y lo mira con detenimiento, después lo pisa repetidas veces y, torciendo el gesto, se levanta. Cambia el folio por el otro y avanza con decisión hacia una alcantarilla de hormigón que hay en la margen opuesta de la carretera. Observa en ella algo con atención y llama al conductor que, saliendo del coche y sin siquiera preguntar, saca de la parte trasera un jalón rojo y blanco que coloca en el punto de la alcantarilla que tanto había interesado al otro hombre. Este le hace una fotografía y, después de anotar algo en su cuaderno, comentan algo en el mismo momento en el que pasa un camión. Por último los dos hombres vuelven a subir al coche y abandonan con presteza el lugar, volviendo sus pasos por la N-502.

—Eran los Jefes, ¿no? ¡Qué extraño!; ésta línea está nivelada hace pocos años. ¿Qué querrán?, es raro que se fueran tan pronto. ¿Has oído tú algo? Entre que estoy lejos y el ruido del dichoso ca-

mión no he podido escuchar lo que decían. ¡Manda huevos! Pasan diez al día como mucho, los Jefes vienen una vez cada varias décadas, y en el preciso momento que dicen algo importante, tiene que pasar uno. ¡Hay que j...!

—Yo sí he oído: lo he oído todo claramente. El Topógrafo ha dicho, ha escrito, que soy, que soy...—la voz se ha tornado temblorosa por la emoción.

—¿Que eres qué? ¡Dilo de una vez, demonios, que me estás poniendo nervioso!

—Que soy... ¡Dios Santo, es que no me lo puedo creer!... Soy...
¡¡UN NODO!!

—¿Te has vuelto loco? ¿Tú un Nodo?

—Sí, le he oído perfectamente decirlo, y se lo he visto escribir en el cuaderno: El 000-192. ¡Santo Cielo! ¡Había soñado con esto tantas veces! En el fondo tenía la corazonada de que un día sucedería algo así.

—¡Que locura! Sin duda alguien ha debido tirar un «canuto» encendido en tu alcantarilla y te ha trastornado. ¡Nosotros Nodos!

—Nosotros no: Yo, y sólo yo soy el Nodo. Y no sé por qué te extraña tanto, la verdad. Hace ya más de un año que por las Líneas venía circulando la noticia de que se iban a hacer líneas nuevas, y si hay líneas nuevas, tendrá que haber Nodos nuevos, ¿no? Si además tenemos en cuenta que nuestro grupo está exactamente en la intersección de la carretera CM-4162 con la N-502 que lleva a Horcajo de los Montes y Molinillo, pensándolo bien, no es tan extraño que uno de esos Nodos, esté en nuestro grupo.

Mascullando para sí, la voz se hace casi inaudible y se torna calculadora haciendo cábalas que sólo él parece comprender.

—A ver, pensemos. Lo más lógico sería que la Línea nueva parta de mí y llegue hasta la Línea 538, en Molinillo. Más de 110 kilómetros, que sumados a los 125 de la nuestra harán un total así por encima de 300 clavos, y en medio de esos 300 clavos, un único Nodo. ¡YO! —termina por decir triunfalmente la voz.

—Tu imaginación se ha desbocado y creo que te estás precipitando, pero aún en el caso de que todas esas elucubraciones fueran ciertas, cosa que dudo, qué más da ser Nodo o señal principal. No vas a cambiar ni de aspecto ni de numeración.

—¿Que no da dices? ¡Pues claro que da! Ser Nodo es la más alta distinción que puede alcanzar una señal principal. Para mí será un orgullo poder figurar en la base de datos junto a otros Nodos tan ilustres como los de Salamanca, Santiago de Compostela, Sevilla, Córdoba, Cuenca, Ciudad Rodrigo, Mérida, Zafra y tantos otros —afirma con engolada solemnidad la voz.

—Tú lo has dicho. Todas son grandes ciudades y muchos de esos Nodos están incrustados desde hace muchos años en Monumentos y Catedrales conocidos en el mundo entero, algunos de ellos Patrimonios de la Humanidad. ¿Cuál serías tú, cretino?: «Nodo alcantarilla oeste del cruce de la N-502, dirección Sevilleja y Horcajo, con la carretera local CM-4162,». ¡Oh, cuanto honor! ¡Je!, ni siquiera estamos en ningún pueblo por mísero que sea del que pudieras usar el nombre.

—Pues mira por donde mi nombré será, mejor dicho ya lo es, porque como te dije le he visto escribirlo, Nodo 000-192, conocido también como CM-4162, y a mucha honra. Y por cierto, que me parece que en tus palabras se nota un ligero tufillo a envidia, ¿no te parece, «compañero»?

— Pues ya que lo dices, puede que sí. Si este cruce va a ser un Nodo como afirmas, ¿por qué no soy yo el Nodo? Hay muchas razones para que así sea.

—Ah, vaya, ¿y cuáles son, si puede saberse?

—Para empezar, soy de los pocos supervivientes de la Línea antigua, y por lo tanto mucho más experto y veterano que tú. Además estoy diez metros más próximo a la CM-4162, de donde según tú partirá la Línea nueva. A lo mejor ha impresionado al topógrafo el brillo de tu cabeza de chorlito más que mi experiencia, buen hacer y estabilidad.

—¿Estabilidad tú? ¡Ja, Ja! Mira, no me hagas hablar, que no quiero herir los sentimientos de nadie, y menos los de un compa-

ñero de grupo. Aunque visto lo visto, eso de compañero... Anda calla, que mejor será dejar las cosas como están.

—¡Ah, no! Dejemos aquí y ahora las cosas claras. ¿Herir, dices? ¿Se puede saber de qué forma podrías hacerlo tú, un advenedizo de alcantarilla que lleva aquí cuatro días como quien dice? Para que te enteres, yo he visto entre otros hechos históricos, pasar a las tropas del mismísimo General Franco camino del Alcázar de Toledo. Llevo más de setenta años en el lugar más estable en el que puede estar un clavo. Lo dice mi reseña: Clavo de «dural» incrustado en afloramiento de roca nativa a 7,58 metros de la carretera. Nativa, ¿entiendes lo que significa eso? Roca firme que se formó hace millones de años, y que nace de las mismas entrañas de la Tierra. He visto ya demasiadas reformas de la carretera y desaparecer en un santiamén sucias alcantarillas con clavos mejores que tú. Estoy seguro de que si ese topógrafo tiene dos dedos de frente, cambiará de opinión cuando esta noche en el hotel lea completas las reseñas de los dos.

—Vale, está bien: tú lo has querido. Sabe Dios que no quería hacerlo pero, ya que vienes con esas, no me dejas otra alternativa que ponerte un espejo delante de los ojos para que al fin te enteres de algo que hace años yo, toda la Línea, y... ¡qué demonios!, seguramente tú mismo también sabes, aunque tu estúpido orgullo no te lo haya dejado ver! El Topógrafo no te ha elegido a ti porque no eres de fiar, y ¿sabes por qué?: ¡TE MUEVES! ¿Lo oyes bien? Te balanceas como una mecedora. ¡Ea!, ya era hora de que alguien te lo dijera. ¿Roca nativa, dices? ¡Ja! Puede que así lo pareciera cuando alguien te puso hace tantos años, pero la lluvia, el viento, y sobre todo el tiempo se han encargado de desnudar tu «roca nativa» como a una vulgar «stripper» y descubrir a todos dónde estás incrustado en realidad.

—¿Ah sí? ¿Y dónde lo estoy entonces, botarate?

—Estás incrustado en una piedra. ¡Una piedra suelta!, ¿lo oyes? Y tu base descarnada se ha ido quedando cada vez más y más visible. Sólo basta con pisarte un poco para hacer que te bambolees

como un flan. ¡Un Nudo que se mueve! ¡Oh, cuánto honor! —dijo remedando el tono burlón empleado antes por la otra voz.

Sólo el silencio, roto por el cri-cri que emite un grillo despistado cantando a deshora y un leve sollozo contenido, responde. Un silencio que se hace interminable y que rompe finalmente la voz del nuevo Nudo aunque, eso sí, ahora mucho más apaciguada y conciliadora.

—Escucha...yo no quería... Me he dejado llevar por la ira. Lo siento, compañero, no me hagas caso. Cuando pierdo la cabeza, no digo más que tonterías.

Los sollozos se hacen ahora claramente audibles.

—NGC365, ¿me oyes? No te pongas así hombre, que ya te he dicho que no sabía lo que decía. Siempre has sido un buen compañero de grupo, de veras, y no te mereces que te haya hablado de esta manera. Es que tengo un carácter, que cuando me caliento no sé lo que me pasa. Anda tío, perdóname.

—Si no hay nada que perdonar, NGX101 —responde al fin NGC365, hipando y tragándose las lágrimas. No has hecho más que decirme la verdad. Hace tiempo, años ya, que noto cómo una y otra vez todos rechazan estacionar en mí. Siempre la misma historia: unas pataditas, un gesto torcido y luego se van a estacionar en ti. Sólo algún peón despistado o topógrafo chapucero lo han hecho en todo este tiempo. No he querido ver lo que era evidente, ni escuchar lo que era ya un secreto a voces en la Línea. Ya no sirvo para nada.

—Hombre tampoco hay que exagerar. Total sólo te mueves uno o dos milímetros, como mucho. Eso no es nada. Sigues siendo perfectamente útil para la mayor parte de las necesidades de la topografía.

—¡Uno o dos milímetros! Escucha, soy una Señal Principal de REDNAP y ambos sabemos que nuestra tolerancia es de $1,5 \text{ mm} \times \sqrt{k}$ ¿Uno o dos milímetro dices? Eso significa que entre tú y yo, que estamos a diez metros, excedo la tolerancia en unas doscientas veces. Eso podría estar bien para el triste clavo de una obra, pero para mí... Estoy acabado, y mucho más ahora.

—Te repito que exageras. En realidad, nada ha cambiado. Seguirás siendo mi compañero, igual que siempre, y si quieren altitud precisa, aquí estoy yo para dársela, mientras la salud, los planes de carreteras y sobre todo las dichas rotondas quieran. Algo que por el tráfico de esta carretera, creo que será por mucho tiempo.

—Gracias por querer animarme, pero creo que no te haces una idea exacta de la situación. Quizá podría haber seguido siendo parte de un grupo normal sin que pasara nada como hasta ahora, pero un Nodo no puede tener un compañero como yo, ¿no comprendes? El mismo topógrafo que te ha concedido ese honor, vendrá otra vez no tardando mucho a ponerte otro compañero, no te quepa duda. La alcantarilla que tienes enfrente lo está pidiendo a gritos y yo amigo mío, seré pasto del martillo, nuestro ancestral verdugo. Me machacarán la cabeza hasta que el «dural», la más resistente aleación de metales de mi época, sea un amasijo informe y no quede ni rastro de mi numeración. Pero aún con ser malo todo eso, lo peor vendrá después. Arrancarán mi piedra del suelo y la volcarán para que no pueda dar una altitud errónea a nadie, y así perderé todo. Perderé nuestra razón de existir: LA ALTITUD. Y con ella el Alma.

—Bueno, pero aunque sea un poco machacado, seguirás ahí.

—No lo entiendes, o no quieres entenderlo. Un clavo movido un milímetro como hasta ahora, sólo está enfermo, pero un clavo volcado, es un clavo sin altitud, y por tanto muerto. Mi página del viejo libro de reseñas de piel de nuestra Línea, será arrancada. Mi nombre será borrado con deshonor para siempre de la Base de Datos, y harán muy bien, ambos lo sabemos. Entre nosotros no hay lugar para los débiles.

—Bueno, pensándolo bien, puede que lleves algo de razón —dice NGX101, quedándose ya sin argumentos de consuelo—, pero aunque pasara todo eso que dices, probablemente no será tan terrible. Los clavos somos materia inerte. No sufrimos.

—¿Que no sufrimos? ¡Cómo se ve que eres joven y tú no lo viviste! Mira, nuestra antigua Línea era muy tranquila. Pocas

poblaciones, poco tráfico y poco trabajo. Después de tantos años juntos nos llevábamos todos muy bien y nuestras bajas eran prácticamente inexistentes. SSK230,0, que estaba en un hito kilométrico que fue embestido por el coche de un niño al volver borracho a su casa una noche. Una alcantarilla hundida por un tractor, muy lejos de aquí, y poco más en tantos años. Y respecto a las tan temidas obras: ni el más pesimista habría pensado nunca que esta carretera se pudiera modificar algún día.

—¿Cómo fue?

—Un malhadado día aparecieron, sombrías por el horizonte, unas máquinas enormes y ruidosas que clavaban sus horribles bocas erizadas de dientes de hierro en las cunetas, arrancando sin piedad todo lo que encontraban; alcantarillas, hitos kilométricos, señales de tráfico, y hasta puentes de granito que parecían indestructibles sucumbían como si fueran de mantequilla. Con ellos desaparecimos también casi todos nosotros. ¿Y para qué? Sólo para ensanchar una carretera que no lo necesitaba. Apenas sí pasaban 30 o 40 coches al día. Pero supongo que a algún político malnacido se le ocurrió que había que gastar dinero, y a fe que lo hizo.

Si alguno se salvó por estar alejado de la carretera, ya se encargaron cuadrillas de hombres sin corazón armados con picos y mazos, de acabar con ellos. Alguno creyó que éramos valiosos y trató de arrancarnos, separándonos a martillazos la cabeza del cuerpo. ¡Ignorantes salvajes!

Y si por descuido dejaron alguno, aún fue mucho peor para ellos. Unas máquinas grandes como trenes, humeantes y apestosas, se encargaron de enterrarlos vivos bajo una gruesa capa de alquitrán ardiente, negra y siniestra como el mismísimo infierno, que les negaba la luz para siempre y los cubrió eternamente de un pegajoso sudario.

NGX101 continuaba escuchando la revelación de su amigo, sobrecogido y en silencio

—¿Dices que no sufrimos? Sí, es cierto que sólo somos un trozo de metal, y puede que no sintamos dolor del mismo modo que lo

sienten los seres llamados «vivos», pero sí sentimos miedo. Nunca he podido olvidar la cara de terror de mi antiguo compañero, NGC366 en el instante mismo en que los dientes de la excavadora iban a hacer presa en su vieja alcantarilla. Los seises de su cara, se le abrieron tanto que parecían ceros. Ni tampoco he podido olvidar su triste lamento que, ni el ruido del motor ni el chirrido estridente de las cadenas, pudieron acallar.

—Pero tú te salvaste.

—Estaba lejos de la carretera, y sobre todo escondido entre el musgo de mi roca nati..., bueno, de mi piedra móvil como una mecedora.

—Hombre, no seas tan duro conmigo, ya me siento bastante mal para que encima ironices de esa forma y me hagas sentir aún peor.

—Lo siento, no era mi intención. Sólo pretendía poner un poco de humor al asunto.

—Está bien. Pero, dime: ¿por qué nunca me habías hablado de esto?

—Me juré a mi mismo borrarlo de la memoria para siempre, pero ahora que está tan próximo mi fin creo que debes saber cómo son en realidad los hombres, aunque supongo que no te servirá de mucho. Tenemos el gran inconveniente de que no podemos huir.

—Claro...incrustados, para bien y para mal. Y cuéntame, ¿quién más sobrevivió?

—Casi nadie. Cerca de aquí, solamente SSK222.2, una señal secundaria que está a un kilómetro.

—Nunca he oído hablar de ella. ¿La enterró el asfalto?

—No, que va. En realidad lo suyo no tuvo nada que ver con la Gran Masacre de la obra. Estaba a salvo en la esquina de un edificio a cien metros de la carretera. Era una gran casa solariega de gente adinerada. En los más de sesenta años que duró su felicidad, conoció a los abuelos, después a los hijos, a los nietos y hasta al primer bisnieto. Estaba muy bien considerada por todos. Cuando el topógrafo del Instituto Geográfico pidió permiso para poner la

señal al dueño, el abuelo, allá por los años treinta, le explicó lo que significaba aquel clavo. Llevarle el nivel del mar a su casa de Toledo, nada menos. Él, que se consideraba un marino frustrado a pesar de que nunca había visto el mar, o quizá por eso, no sólo accedió de buen grado, sino que además se ilusionó sobremanera y siempre se sintió orgulloso de conocer con exactitud milimétrica a qué altitud sobre el nivel del mar en Alicante dormía. Algo de lo que se jactaba con sus amigos y los demás socios del Casino.

—¿No me digas? ¿Tenía la cama junto a la señal? —preguntó sorprendido NGX101.

—No, no llegó a tanto, pero mandó medir a los dos trabajadores más despabilados que tenía —los únicos que sabían leer una cinta métrica—, la distancia por la fachada hasta donde consideró que estaban las patas de su cama, para después él mismo, medir con sumo cuidado el desnivel desde el suelo hasta la cara superior del colchón. Además, cuando de Pascuas a Ramos iba algún topógrafo a estacionar en el clavo —algo que no le gustaba nada—, pretendía protegerlo con un grueso felpudo, algo que lógicamente, el topógrafo rechazaba. Entonces accedía de mala gana, pero le obligaba a poner la mira con una suavidad exquisita, no fuera a ser que le rayara la cabeza con esas miras tan duras y pesadas. La devoción por «su» SSK222.2 fue tal, que hasta colgó una copia de la reseña enmarcada, en una pared preeminente del salón.

—Pues francamente, aunque sea un halago para nuestro ego el que alguien considere tan importante la altitud que proporcionamos, lo cierto es que encuentro algo extravagante y hasta ridícula la afición de ese hombre por un clavo de nivelación, y más aún por una simple señal secundaria. Si al menos, hubiera sido uno de nosotros. Pocas preocupaciones debía tener el hombre.

—Puede ser, pero de cualquier forma así fue. Además, trató de inculcar a su hijo la devoción por el clavo y, aunque no lo consiguió en la misma medida ni mucho menos, éste también respetó a SSK222.2. Ella, como es lógico, se sentía muy dichosa. Tan considerada por todos, vio además crecer y jugar a muchos niños de varias

generaciones a su alrededor, algo que le encantaba. Incluso hubo un tiempo en que les dio por jugar directamente con ella. El juego consistía en tirarle desde lejos chapas de Coca-Cola, y ganaba el que conseguía dejarla más cerca. Una especie de petanca de críos.

—Bueno y entonces, ¿qué pudo pasar para que todo acabara tan mal?

—El nieto. Era un crápula y se aficionó a todos los vicios, especialmente al del juego. Era hombre débil y de poca voluntad así que en poco tiempo dilapidó la fortuna que sus antepasados habían amasado durante muchas generaciones. Finalmente, una noche, perdió la finca en el Casino.

—¿La que llaman el Dos de Espadas?

—En efecto. Te contaré la historia completa. Al mozo se le calentó la boca apostando, como siempre, de tal forma que perdió hasta el último céntimo, también como siempre. El contrincante, se ofreció a prestarle cuarenta mil duros a cambio de un pagaré, y él aceptó. Jugaban a la carta más alta y en una de las manos, el otro sacó un dos de espadas. Sólo podría ganar si el nieto sacaba el dos de bastos. Era muy difícil: una carta entre treinta y nueve. Le dijo que ya de perdidos al río: que a pesar de lo mal que lo tenía le apostaba los cien mil duros que le había ganado esa noche, más el pagaré de los cuarenta mil, contra la finca, que por aquel entonces se llamaba La Calderona. El nieto en principio se acojonó y rehusó. Pero el otro, que tenía muchas tablas, pronunció la frase mágica.

¿Ni teniendo treinta y ocho probabilidades contra una, tienes huevos de ir? Creía que estaba jugando con un hombre —le dijo delante de todos los socios.

Eso le picó en su amor propio, se envalentonó y aceptó el envite. Sudoroso y pálido, levanto la carta que le dieron, entre la expectación de todos los principales del pueblo.

—¿Y me vas a decir que era el...?

—Dos de bastos, exactamente. Se dijo después que el ganador era un fullero compinchado con el que dio las cartas, y que ya se había hecho con alguna otra propiedad por el mismo procedimiento en

otros Casinos. Pero nadie pudo probar nada, así que el nieto se quedó con una mano delante y otra atrás, y encima debiendo dinero. Un dinero que no tenía y que no era capaz de conseguir. El tío era un señorito que no había dado un palo al agua en su vida.

—Y ¿qué pasó después?

—No tuvo valor para confesar a la familia lo que había hecho y al llegar a la casa, se bebió una botella de coñac, escribió la consabida carta exculpatoria de su muerte al juez, y después se colgó del gancho de la lámpara, de tal forma que los pies le quedaron justamente rozando la cara superior del colchón. Cuando el abuelo, que ya era muy viejo y estaba medio loco en una residencia conoció ese detalle, en su mente enferma se le despertó la antigua obsesión por el clavo y la altitud y, eufórico, pretendió emocionado que en su tumba se pusiera el siguiente epitafio: «*Murió ahorcado a 647,245 metros sobre el nivel medio del mar en Alicante*».

—¡Qué horror!

—Por fortuna su hijo, es decir el padre del ludópata, no hizo semejante barbaridad aunque por no desilusionarlo, le hizo creer que se haría su voluntad. Después el nuevo dueño perdió el interés por el caserón. Su familia se negó a vivir en un lugar en el que había ocurrido semejante desgracia. En el pueblo la llamaron la Casa del Ahorcado. Se decía que por las noches se aparecía el fantasma del ludópata barajando unos naipes enormes y apostando su alma a todo el que estaba en la casa, así que nadie la quiso ni regalada. El dueño acabó por derribarla unos pocos años antes de la Gran Masacre. No dejó nada en pie y por no quedar, no quedó ni el nombre. El pueblo poco a poco, olvidó el nombre de «la Calderona», y rebautizó la finca con el de «Dos de Espadas». Se retiraron los escombros de la casa y se sembró de cereal toda la propiedad, incluido el lugar que ocupaba aquella.

—Entonces ella, SSK222.2, desaparecería junto con el edificio, ¿no?

—Más hubiera valido que hubiese sido así, pero el trozo de solera de cemento en el que estaba quedó intacto. Así que para su

desgracia allí sigue, en el único medio metro cuadrado que quedó de su querida «Calderona».

—Pero, no entiendo. ¿Cómo es que nunca se ha comunicado con nadie en todos estos años?

—Antes de que llegais vosotros lo hizo, pero sólo conmigo. Por un tiempo, mantuvimos largas conversaciones por las noches. Pero un buen día dejó de comunicarse. Tan acostumbrada como estaba al contacto humano, no pudo soportar la soledad y el aislamiento, amén del complejo de culpabilidad, que adquirió al creer que el suicidio del ludópata, al que quería mucho ya que le había conocido desde que nació, tenía que ver con la altitud que ella había llevado hasta la cama que el Destino quiso que fuese su cadalso. El trigo y la maleza crecieron ocultándola a todos. Además, al no quedar ninguna referencia, nadie la pudo encontrar para estacionar en ella, algo que seguramente la hubiera reconfortado. Así que debió enloquecer y un buen día calló para siempre. Muchos la buscaron con ahínco. Ten en cuenta que en los años que transcurrieron entre la Masacre y vuestra llegada, los poquísimos supervivientes que quedamos éramos muy buscados. No es porque yo lo diga pero en esa época fui la estrella de la línea. Entonces, mi piedra aún daba el pego como roca nativa y era una garantía para todos. Un día hubo tres topógrafos haciendo cola para estacionar en mí... —por unos instantes, NGC365 después de un hondo suspiro, queda en silencio añorando aquellos tiempos felices.

—Bueno eso está muy bien pero sigue hombre, no me dejes así.

—Años después, cuando se reconstruyó la Línea, el topógrafo que la proyectó y te puso a ti y al resto de los nuevos, la estuvo buscando muchas horas con gran interés. De hecho, debió pasar a pocos centímetros de ella pero... no la vio, y en su reseña puso una cruz y la fatídica palabra que tanto tememos: «DESAPARECIDA».

—Pero si no ha dado señales de vida en tanto tiempo, puede que en realidad haya desaparecido.

—No, estoy seguro de que vive. No habla, pero alguna noche la he oído sollozar casi imperceptiblemente, y cuando lo hace me

rompe el corazón... Y ahora, perdona, pero no deseo seguir hablando de esto.

—Te comprendo, además, creo que por hoy ya basta. Ha sido un día de muchas emociones. Hasta mañana.

—Sí, mañana... —se despide NGC365 con un hilo de voz.

El manto de la noche se extiende por el campo y la Línea queda en silencio. Todos permanecen en reposo y a su manera, descansan.

El sol sale como siempre y los clavos se preparan a pasar una jornada más. Pero hay un gran silencio, porque no es un día cualquiera. Toda la Línea, en realidad todas las Líneas, incluso las de Francia y Portugal, unidas por nodos fronterizos a las nuestras, a pesar de hablar diferentes lenguas, ya saben que va a pasar algo trascendental. Un nuevo Nudo será coronado, y un viejo clavo, uno de los más antiguos y respetados de la Red, va a desaparecer después de ser machacado por el martillo. Desde la Gran Masacre no se había visto nada parecido. Por eso, el silencio es absoluto. Los pájaros parecen haber enmudecido y, hasta el grillo despistado, parece que también intuye algo y permanece callado en su grillera.

—Ya vienen. No han esperado mucho —rompe el silencio NGC365.

—Yo no oigo nada, pero aunque se acerque alguien, puede ser cualquier otro. Esta es la hora a la que pasa el lechero y es fácil que sea él.

—No, son ellos, lo sé: son muy diligentes. Tienen un trabajo que hacer y lo van a ejecutar deprisa. No han tardado ni veinticuatro horas en regresar.

Al cabo de dos minutos, el Terrano blanco se orilla en el arcén deteniéndose cerca de la alcantarilla que hay enfrente de NGX101. Pedro, el conductor y Joaquín, el topógrafo, bajan del coche cada uno por su lado sin hablar. Los dos saben con exactitud qué es lo que tienen que hacer. Joaquín, escribe notas en el cuaderno y además dibuja un croquis de situación del lugar. Pedro abre el portón trasero y de una caja de cartón, extrae un clavo principal reluciente que deja caer sobre de la alcantarilla con un sonido metálico.

—¿Dónde estoy? —balbucea el nuevo clavo, aún algo aturdido por el golpe.

—En un cruce de carreteras. Ya tendrás tiempo para saber dónde. Soy NGX101, el nuevo Nudo, y parece que tú vas a ser mi compañero.

—Encantado. No es mal destino para un novato como yo. Entonces, si por casualidad te pasara algo yo pasaría a ser Nudo, ¿no?

—Caray con los nuevos. Venís pisando fuerte ¿eh?

—Hombre no me juzgues mal, que sólo era un suponer: aún pareces joven y no te deseo ningún mal. Oye, ¿cómo es que no tienes un compañero?

—Lo tengo. Está a tu espalda, a unos 7,50 metros. En roca nativa. Se llama NGC365, lleva aquí más de setenta años y es el mejor compañero que se puede tener.

—¡Ah, encantado también!, pero entonces, no entiendo. Por tu edad, debes ser toda una institución y además tienes pinta de estar sano. Te conservas muy bien para tus años.

—Estoy en una piedra suelta y me muevo —dice con voz temblorosa NGC365—. Vas a ocupar mi lugar y yo voy a «desaparecer» dentro de unos minutos.

—¡No está en ninguna piedra, j...! ¡Está en roca nativa!, ¡lo dice la reseña antigua, y eso es lo que cuenta! —afirma NGX101, con la voz transida de rabia y emoción.

—Oíd chicos, yo no quiero ser motivo de disgustos y siento de veras esta situación. —dice el nuevo, compungido.

—No tienes culpa de nada. Es que me altero con facilidad. Ya tendrás mucho tiempo para comprobarlo —replica NGX101 ya más calmado—. Por cierto, que pareces algo más pequeño que nosotros. ¿Cómo te llamas?

—Es que lo soy. Han decidido disminuir nuestro tamaño por reducción de costes. Cosas del «marketing». Me llamo NGAB.

—NGAB, qué.

—NGAB a secas.

—¿Y los otros compañeros que van en la caja?

—Igual; todos somos NGAB. Este año se acabaron las letras del abecedario, y desde entonces ya no hay números porque no cabían tantos caracteres en una cabeza tan pequeña. Pero bueno, ¿qué pasa? ¿Es tan importante tener número?

—¿Para un clavo principal? ¡Por supuesto! Imprescindible. Es lo que hace que seamos únicos e irrepetibles. ¿Cómo hacen entonces para distinguirse?

—Por el punto kilométrico, o por el paraje, ¡Yo que sé!, ¡qué más da!

—¡Qué juventud! Y ¿tú pretendías ser Nodo? Si casi eres una señal secundaria.

—Y qué. Las señales secundarias ahora también son a veces Nodos en las nuevas Líneas. Da lo mismo.

—¡¡Noooo!! ¡¡No puede ser!! ¿Oyes eso, NGC365? Esto lo cambia todo. Aún no soy oficialmente Nodo, y ya he perdido la ilusión por serlo. ¡Señales secundarias que son Nodos! ¿Dónde iremos a parar, Dios mío?, además...

—Además qué —tercia muy triste NGC365.

—Que ojalá todo hubiera seguido siendo igual. He sido un necio arrogante con toda esta historia del Nodo. Por su culpa voy a perderte a cambio de un niño atolondrado y estúpido que ni siquiera tiene nombre.

—Hombre, tampoco hay que faltar, digo yo, que no tengo culpa en todo este embrollo —se defiende tímidamente NGAB.

NGX101 parece ignorarle y continúa a lo suyo.

—Viejo amigo, daría lo que fuera, mi nombramiento de nodo, y todo lo que tengo... ¿Me creerías si te digo que daría hasta...hasta mi existencia porque siguieras viviendo? Tú te lo mereces mucho más que yo.

—¡Basta! Te creo, pero no sigas o me vas a hacer todavía más duro este trance. —dice emocionado NGC365.

El fuerte ruido del percutor y el motor de gasolina del martillo haciendo el taladro en la alcantarilla, acaba con la conversación. Después de incrustar y coger con cemento a NGAB en su aloja-

miento de la alcantarilla, viene la foto de rigor del recién nacido clavo principal sin nombre. Pedro va a la trasera del Nissan, y se da la vuelta empuñando un mazo. Se dirige resuelto a NGC365 y lo mira a él y a su piedra, sopesando cómo va a hacer el trabajo, mientras enciende un «Fortuna» del que aspira con delectación un par de caladas.

Después de unos instantes, levanta con resolución la mano blandiendo el mazo por encima de su cabeza.

—Tengo miedo, mucho miedo.... Ahora amigos, no me miréis u os pesará toda vuestra vida. ¡Adiós! —se despide para siempre NGC365.

—¡¡Espera un momento!! —la voz de Joaquín desvía *in extremis* el mazo, que ya impulsado, acaba golpeando el suelo, que retumba haciendo estremecer a los tres clavos.

—¿Qué pasa?

—Es que estaba pensando...que esa piedra es bonita, ¿no?

—Hombre, es una piedra. Yo la veo igual que todas.

—Pues es bonita, te lo digo yo. ¿Sabes cuánto te cobran en un vivero por una buena piedra para decorar el jardín? Un pastón. Anda, ayúdame a ver.

Joaquín observa la piedra, y ayudado por Pedro la mueve hasta que consigue sacarla del suelo, algo que hace sentir un escalofrío a los tres clavos, especialmente a NGC365, que siente como tras setenta años pierde para siempre la Altitud.

—Tiene un buen tamaño, y limpiándola sin quitarle el musgo, quedará preciosa semienterrada en el césped de la piscina del chalé. Además el clavo es muy antiguo y está en muy buen estado. Lo puliré y quedará reluciente: voy a dar una sorpresa a Nieves: le va a encantar. Menos mal que me he dado cuenta a tiempo. Venga, vamos a echarla al coche. Con cuidado ¿eh?

Los dos hombres van transportando con dificultad la pesada piedra hasta el maletero del Nissan,

—¿Sabes lo que se me está ocurriendo también? ¡Qué idea!

—No sé, cualquier cosa. Estás como una cabra.



—A un kilómetro del chalé hay un clavo en la estación y, aprovechando que ahora tengo el nivel y las miras en casa, le vamos a dar altitud buena a éste. Voy a hacer un ramal de ida y vuelta hasta este clavo. ¿Qué te parece? La superficie del agua de mi piscina referida al nivel del mar en Alicante con precisión milimétrica. La única en el mundo, seguro.

—¡Vaya gilipollez! Pues si quieres que sea yo el que te lleve la mira, vete pensando en invitarme a un «cubata» o mejor aún, a cenar hoy.

—Eso está hecho Pedrito. Te tomo la palabra. Y ahora vámonos que tenemos muchos clavos que poner hoy —dice Joaquín, mirando un buen rato con complacencia a su clavo, antes de subir al coche.

Un momento antes de que Pedro cierre la puerta del maletero, la C de la cara NGC365 se abre, dedicando una amplia sonrisa a sus compañeros que le ven irse con alegría. Al final, va a recuperar la Altitud y con ella su Alma. Tendrá un merecido retiro. El mejor que nunca podría tener un Clavo de Nivelación. NGX101 cree escuchar

con claridad una suave voz femenina que no había oído nunca, y que proviene de la finca «Dos de Espadas», a un kilómetro de distancia diciendo: *Adiós querido amigo, hasta siempre. Sé feliz por los dos.*

Mientras, por la Línea 618 y extendiéndose al unísono por los 20.000 kilómetros del resto de Líneas de REDNAP, y las más próximas de los países vecinos, se escucha una prolongada, emotiva y cerrada... OVACIÓN.

Introducción al relato «EL CAMPO MAGNÉTICO»

LA CARTA MÁS VALIOSA

Es normal y agradable recibir buenas críticas y opiniones de familiares, amigos o conocidos que te aprecian y leen tus escritos. Menos frecuente es que provengan de extraños. Alguna vez me han llegado correos electrónicos o llamadas telefónicas de desconocidos, felicitándome o solicitando permiso para publicar algo mío. Estos hacen más ilusión por cuanto no los esperas y significa también que alguien que ni siquiera te conoce, se ha molestado en localizarte y teclear unas líneas de agradecimiento por haber pasado un buen rato leyendo tus historias. Pero recibir una extensa carta manuscrita de las de antes, que tanto se echan ahora de menos, en folio y sobre de papel, con sello y matasellos, va más allá.

Esto fue lo que me ocurrió el 24 de julio de 2003. Hacía poco que la revista del Colegio había publicado un relato mío: El Campo Magnético. La firmaba Raúl Bonilla, un compañero que no me conocía a mí ni yo a él. En ella me decía que le había encantado aquella historia, así como El Cero, publicada con anterioridad, y me animaba además a que siguiese escribiendo pues aguardaría impaciente más relatos míos.

A decir verdad, tantos parabienes me parecieron demasiados para ser ciertos y, ya que en Geodesia siempre hubo mucha guasa, pensé que aquella carta había sido obra de Marcelino o José Antonio, individuos capaces de gastarme tal broma y otras peores.

Pero no fue así. Raúl era en realidad un compañero que, años más tarde, aprobó la oposición al Cuerpo de Ingenieros Geógrafos. Aparte de algunas clases de inglés, no compartí mucho tiempo con él pues estábamos en distintas subdirecciones y además me jubilé poco después, pero sí fue suficiente para comprobar que era, además de muy inteligente y trabajador, una bellísima persona de gran sensibilidad.

Sin embargo el Destino. Cruel destino, quiso que en plena juventud y con un gran futuro por delante, viajase junto a su pareja, María Rey, en el tren maldito de Angrois.

Ambos perdieron la vida juntos en su querida Galicia natal el 24 de julio de 2013, justo el día en que se cumplían diez años de que recibiera la carta (¿casualidad?), que conservo y conservaré siempre como algo muy valioso. Sirva este relato gallego como homenaje y entrañable recuerdo.

EL CAMPO MAGNÉTICO

A Raúl y María

El campo magnético terrestre es una poderosa fuerza telúrica que, además de tener influencia en fenómenos físicos como el clima, la sismología o la actividad volcánica, es determinante en el comportamiento de los animales durante sus migraciones periódicas, en especial las aves. Parece ser que ese flujo invisible, que es el magnetismo o, más bien, las imperceptibles variaciones que pueda sufrir, orienta unas microscópicas partículas ubicadas en sus cerebros convirtiéndolos en precisas brújulas que indican al animal en qué momento exacto debe iniciar su viaje, y qué rumbo han de tomar buscando el calor del Sur y, por último, detenerse sólo cuando han llegado a su latitud de destino. Nunca antes.

Este pequeño prodigio se da asimismo en los mares. Los salmones, vencen todos los obstáculos, por difíciles que sean para regresar desde el mar hasta el lugar en que nacieron en las cabeceras de los ríos de alta montaña. Los calamares también recorren miles de kilómetros por los océanos para confluír a la vez en un mismo lugar, con el único fin de aparearse y después, morir.

También en tierra, algunos mamíferos como los ñus y cebras en sus largas migraciones de miles de kilómetros, hacen lo propio en las sabanas de África, exponiendo sus vidas en busca de la lluvia y los pastos.

No hay constancia hasta la fecha, en cambio, de que los seres humanos tengan esa capacidad innata de orientarse ni la necesidad imperiosa de emprender esos viajes, a menudo suicidas.

Otilia Madruga Couto, una joven de 18 años, vivía en lo más profundo de la Galicia más profunda. Era, para bien o para mal, de esas personas que, además de conocer como todos, su pasado y su presente, también conocía con certeza su futuro.

Y es que en 1960, en aquella ancestralmente aislada región, viviendo en la remota aldea de Ferreira, parroquia de Lindín, concello de Mondoñedo, provincia de Lugo, las posibilidades de que su vida no fuera otra que casarse con alguno de los mocetones de su aldea u otra vecina, para criar y engordar vacas y niños, eran prácticamente nulas. En definitiva, estaba destinada a ser la misma que la de su madre, su abuela y la de cientos de generaciones anteriores, y nada ni nadie podrían evitarlo. ¿O sí?

Unos años antes, cuando tenía 14, pusieron un cine ambulante en las fiestas de Mondoñedo. Una vez proyectaron «Ivanhoe». Era la historia de un valiente caballero que inmediatamente adoptó como suyo, Vio los ocho pases que dieron de la película y se enamoró perdidamente de Robert Taylor, «su caballero». Dormida y despierta soñaba que vendría algún día a su aldea, montado en su caballo negro de blanco penacho y la rescataría de su aún más negro futuro. Pero pasaban los años y la inconsciencia de niña dejó paso a la sensatez de mujer. No, allí no iba a ir ningún caballero. Eso solo pasaba en las películas y en su vida no habría lugar para torneos, bailes, pasiones ni lejanos reinos, no. Sólo habría sudor, vacas, leche, heno y estiércol.

Una mañana Matías, su padre, a la sazón alcalde pedáneo de la aldea, recibió una carta, Venía del Instituto Geográfico y Catastral y en ella se le comunicaba que en breve plazo iría un perito topógrafo de dicho organismo a medir las parcelas y accidentes geográficos de la pedanía, con el objeto de hacer el catastro. Solicitaban de él que, como máxima autoridad del pueblo, buscara dos hombres conocedores del terreno para auxiliarle en su trabajo y, además, que

se le facilitara al citado perito alojamiento adecuado en una casa particular, visto que en la zona no existía ningún hotel o pensión.

Matías Madruga pensó para sí que, ya que el cargo no le reportaba ningún beneficio y sí bastantes molestias, bien podrían ser él mismo y su compadre Pedro los auxiliares y, ya que su propia casa era de las mejores de la aldea, podía además dar el hospedaje solicitado. Con ello ganaría un dinero extra que le vendría muy bien.

Matías era hombre de contadas palabras. Así, cuando en la comida carraspeó para hablar, su mujer y su hija quedaron en suspenso pendientes del acontecimiento.

—Cambia a la chica a la habitación de abajo y adecuenta la suya, porque dentro de poco vendrá un perito topógrafo a hacer el catastro y se va a quedar a vivir en casa.

Cuando él abría la boca no se replicaba. A lo sumo, cabía hacer una breve pregunta, que fue justo lo que hizo Felisa, su mujer

—¿Por cuánto tiempo?

—Dos o tres meses.

Punto y final a la conversación Acabaron de comer y Otilia, como todos los días, se levantó de la mesa y fue al prado a atender a las vacas. Se sentó en una piedra con la mirada perdida en el lejano horizonte, Pensó que al fin iba a pasar algo y su resto de adolescencia empezó a imaginar. Perito... topógrafo... catastro... Para ella todo eran palabras extrañas ¿Sería su Ivanhoe, el caballero que la sacaría de su prisión?

En principio, eso de perito no le sonaba nada bien. Más que a algo romántico o aventurero, tal título le evocaba uno de esos petimetres con peluca empolvada que vio una vez en el cine ambulante en una película de la revolución francesa. Lo de topógrafo sonaba mejor, pero eso del catastro le sugería algo catastrófico o desastroso. Era inútil hacer conjeturas: habría que esperar.

Mientras llevaba las vacas al establo para ordeñarlas, siguió imaginando ¿Sería joven? ¿Estaría casado? Esa noche soñó con princesas, torneos, lanzas, besos y lejanos reinos, A los pocos días, en la comida, su padre volvió a hablar.

—Han mandado un telegrama desde Madrid. El perito llega mañana. El compadre y yo iremos a recogerlo a Mondoñedo. Tenle lista la habitación.

A Otilia le dio un vuelco el corazón, sus padres no notaron el leve temblor de la cuchara. Mañana, mañana...

Y mañana llegó. Otilia tenía un ojo puesto en las vacas y otro en el camino. Al fin a las siete, cuatro horas después de que su padre y el padrino fueran a Mondoñedo, apareció la comitiva en el recodo del empinado carril que conducía a la aldea. Su padre venía primero llevando en su burro una maleta, una caja cuadrada y unos palos muy largos —¿serían las lanzas?—. Después apareció Pedro tirando del ronzal de otro burro, en el que, montado, venía él. No había caballo negro, ni armadura: no era Robert Taylor. Se trataba de un hombre joven, delgado, con gruesas gafas de concha y calvicie prematura. No era nada gallardo, aunque ¿quién lo es montando un asno? —pensó para su consuelo.

Otilia disimulaba aparentando ocuparse de las vacas mientras se apeaba el perito, y su familia se afanaba en bajar del otro animal los extraños artilugios que traía. Oyó vagamente llamar a los palos, «miras», y atrajo su atención una caja forrada de cuero que el perito trataba con mucho cuidado y a la que llamó «aparato».

Cenando pudo estudiarlo mejor; no era atractivo, pero tampoco le resultaba desagradable. Hablaba bastante, con ese extraño acento castellano que solo había oído en las películas. Tenía 27 años y vivía en Madrid con sus padres, aunque estaba comprándose un piso. Tenía solicitado un coche desde hacía un año: un seiscientos, y era... ¡soltero! Se llamaba Santiago.

Al día siguiente comenzaron los trabajos del catastro, Santiago mandaba poner a Matías y Pedro las miras, que eran una especie de reglas grandes con los números extrañamente rotulados al revés, en las esquinas e intersecciones de las parcelas, recodos de los caminos, casas y riachuelos y observaba todos aquellos puntos por el antejo de la brújula, anotando en un cuaderno unos números que parecían no tener sentido. Por la tarde, antes de cenar sacaba

unas tablas con infinitas cifras y hacía complicados cálculos que después plasmaba en forma de una maraña de puntos en un gran papel. Finalmente, uniendo con una regla todo aquel galimatías, iba apareciendo de forma mágica una réplica exacta en miniatura de todas las fincas, caminos y casas de la aldea.

No sólo Otilia estaba impresionada por lo que hacía Santiago. Todos los vecinos sin excepción, le asediaban a preguntas ¿Qué superficie tenían sus fincas? ¿Para cuándo se haría la esperada concentración parcelaria, tan necesaria en ese gran minifundio que era Galicia? ¿Les subirían los impuestos?

Santiago respondía a todos y se hacía cada vez más con la confianza y el respeto de aquella gente. Incluso en la casa era cada vez más querido y se notaba que Matías estaba orgulloso de tener bajo su techo al «perito del catastro». Así transcurrían los días y las semanas pero, ¿qué era de los sueños de Otilia?

Durante todo ese tiempo se había despertado en ella una gran admiración por Santiago. No sabía exactamente si eso era amor; nunca había estado realmente enamorada y además él no parecía estar interesado en ella. Algunas veces mantenían una breve conversación o daban un pequeño paseo, pero no pasaban de hablar de cosas del trabajo u otros temas triviales.

No era justo. Ella no podía contar con las armas que poseían las demás mujeres ¿Cómo iba a fijarse un hombre culto de ciudad en una aldeana con las manos enrojecidas y llenas de callos, que olía a estiércol de vaca y calzaba zuecos de madera?

El tiempo pasó y Santiago terminó su trabajo. Sólo faltaban unos días para la fiesta de la aldea y todos lo convencieron para que se quedara: querían agasjarlo antes de que se marchase. A él no le pareció mala la idea. En Madrid no lo esperaba nadie y esos días podría aprovecharlos para ordenar su trabajo y poner en claro la propiedad de algunas de parcelas cuya titularidad era dudosa.

La tarde de la fiesta Otilia estaba sola en la casa. De siempre retraída y solitaria, nunca le había entusiasmado aquel festejo pero

ese año, más que nunca, deseaba estar sola y había decidido no acudir. Aprovechó que Santiago estaba en la taberna despidiéndose de la gente, para hacer algo que siempre había deseado: ver de cerca aquel aparato que tanto le intrigaba. Fue a su habitación y buscó la brújula. Siempre había resultado para ella algo misterioso ese instrumento que era capaz de hacer cosas, para ella mágicas. Estaba en un rincón en el suelo. Se acercó y con mucho cuidado quitó las dos correas de cuero de la funda, Dentro había una caja de madera con cierres metálicos que también abrió. Allí estaba reluciente sujeta por unos topes de fieltro rojo.

Nunca la había visto tan de cerca: era hermosa. De color negro brillante y con muchos tornillos dorados, tenía una larga aguja bordeada por un círculo de números tan pequeños, que precisaban de unos microscopios móviles para verlos. Instintivamente soltó el tornillo que mantenía fija la aguja. Ésta empezó a oscilar cada vez con movimientos más pequeños hasta que al final quedó quieta apuntando, como si de una premonición se tratase, a la ventana por la que ella siempre miraba el precioso valle que se abría al lejano e invisible mar. El escenario de sus locos sueños de escapar de allí.

Fascinada, acarició con un dedo el cristal y al pasarlo cerca del extremo de la aguja, sintió una sensación nueva. Un flujo de extraña energía que, como un escalofrío y produciéndole vértigo, la recorrió de arriba abajo. Se tumbó mareada en la cama y permaneció así largo tiempo mirando sin pestañear las manchas del techo, que ahora parecían distintas, tratando de encontrar en ellas alguna explicación a las nuevas sensaciones que, escapando a su voluntad, la estaban transformando en otra mujer.

Mientras, en el prado contiguo a la iglesia, la fiesta había comenzado. Las gentes de la aldea y de otras próximas se agrupaban charlando animadamente. El pulpero cocía los pulpos en el gran caldero de cobre y las tazas de Ribeiro corrían de mano en mano entre el regocijo de todos. Los rapaces corrían y chillaban y los mayores se divertían. Poco después comenzó el baile, Sólo los novios reconocidos formaban parejas. Las madres bailaban con las hijas y

los niños con las niñas, entre las risas de los mayores, al son de las canciones que la orquesta desgranaba con más entusiasmo que habilidad.

Ya había anochecido cuando Otilia despertó de su extraño letargo. No sabía con exactitud qué, pero sí que debía hacer algo y se dejó llevar por los impulsos que iban naciendo en su interior. Guardó la brújula en su caja como la había encontrado y rebuscó algo en el armario de sus padres. Después de bañarse en la tina con agua caliente, con una extraña sensibilidad en la piel desconocida hasta entonces, se vistió y después se soltó el pelo, que siempre había llevado oculto por un pañuelo negro. Estuvo un buen rato mirándose al espejo en la penumbra, contemplando complacida a la desconocida mujer que tenía delante.

A medianoche los músicos habían parado para descansar y los más pequeños ya se habían ido a sus casas. Una mujer mayor se disponía a hacer el ritual de la «queimada» a la luz de una hoguera cuando una sombra surgió de la oscuridad. De repente todas las miradas desviaron su atención de la anciana y se clavaron en una figura de mujer que, viniendo de la penumbra se iba aproximando alumbrada por la luz llameante de la hoguera. Aunque ningún presente la había reconocido en un principio, era Otilia. Una larga melena negra, le tapaba parcialmente la cara cayéndole sobre los hombros y los tirantes de un vestido oscuro y ceñido bajo el que se adivinaba un cuerpo espléndido. Cadenciosamente, caminaba descalza hacia el fuego.

Nadie, ni siquiera su madre, que reconoció el viejo vestido de su boda, dijo nada. Santiago, que estaba a punto de comerse un trozo de pulpo, no llegó a hacerlo y se quedó mirándola preguntándose de donde había salido aquella misteriosa joven.

La anciana, sin que nadie le dijera nada, se hizo sumisa a un lado dejándole su sitio frente al gran recipiente de barro, para que fuera ella la que hiciese la queimada. Otilia tomó de su mano el cazo del que subían temblorosas, alargadas llamas azules y, pausadamente, fue desgranando los misteriosos con-

juros e invocaciones del ritual. Algo mágico flotaba en el ambiente y todos continuaban en silencio admirando a la joven mujer, a la que a duras penas reconocían.

Finalmente llenó su cuenco con el líquido llameante y lo fue deslizando por su cuerpo. Primero por el pecho, descendiendo después despacio por el vientre, donde lo detuvo para susurrar un último e ininteligible conjuro en el que invocaba a trasgos, meigas y bruxas. El recipiente se apagó sólo, coincidiendo con el final de aquellas misteriosas palabras. Otilia, vuelta a su ser, miró a todos con su sonrisa habitual.

Como si con éste acto, todos los presentes se relajaran liberándose de la inquietud que sentían, acabaron por reír aliviados y la fiesta recuperó poco a poco el ambiente festivo. La quemada y el aguardiente fueron acabando con la resistencia de los que aún aguantaban en pie y cuando sólo quedaban unos pocos aldeanos, demasiado borrachos para enterarse de nada, Otilia clavó sus brillantes ojos negros en Santiago. Éste se levantó y, como hipnotizado, se aproximó a ella. Sin decirse nada, se tomaron de la mano y desaparecieron en la oscuridad sin que nadie los viera, hasta traspasar la verja del cementerio anejo a la Iglesia, como es usual en Galicia. Allí se amaron entre las tumbas de José Pedrouzo y Carmen Fandiño. Santiago con pasión. Otilia, no. Ella sólo se limitó a acariciarle el pelo y el cuello mientras miraba sin pestañear a las estrellas con una enigmática sonrisa.

A la mañana siguiente, Santiago se despidió de la familia que lo había acogido esos meses. Le esperaba el lento viaje en burro hasta Mondoñedo, luego en un autobús desvencijado a Lugo para, finalmente y tras doce horas en tren de vapor, llegar a Madrid. Nunca más volverían a verse. Cuando él estrechó la mano de Otilia para despedirse, no se atrevió a mirarla a los ojos.

Pasaron los meses y Santiago estaba en la oficina preparando su próxima campaña, cuando le llamó el jefe del servicio. Se había recibido una carta para él. Venía de Galicia. En ella Matías, a medias

con el cura, le comunicaba que Otilia estaba embarazada. La chica no había querido decir nada, pero después de mucho insistir al fin había confesado lo sucedido. Todos esperaban de Santiago que se portara como el caballero que era y volviera para hacerse cargo de la situación.

El corazón se le detuvo. Aquel papel arrugado le quemaba entre los dedos. *Hacerse cargo de la situación...* Pálido, se sentó en un banco del bulevar de la calle General Ibáñez de Ibero. Maldijo su suerte. ¿Cómo era posible? Si sólo fue una vez. Necesitaba pensar, sobre todo pensar y encontrar algún remedio a la situación. Su primer impulso fue sospechar que el niño sería de otro y todo era una trampa, pero no tardó en desechar esa idea.

Estaba seguro de que la chica era virgen y la conocía bien. Apenas hablaba con nadie, y menos con los hombres de la aldea. Después tuvo un cierto sentimiento de orgullo. Había sido capaz de engendrar un hijo en diez minutos, y tener hijos era el fin fundamental de nuestra existencia; al menos eso le habían enseñado en el colegio de curas. Santiago era un hombre positivo y su mente trataba de buscar argumentos para aceptar los hechos y «*hacerse cargo de la situación*», como ponía en la carta.

No le llevó mucho tiempo hacerlo. Aunque estaba claro que no quería a la chica, no era menos cierto que aún se estremecía cuando recordaba aquella última noche. Además le venía a la memoria el recuerdo de las manazas del señor Matías y con cuanta facilidad talaba los árboles y degollaba los terneros. Por último, estaban su hombría y sentido de la responsabilidad, eso sin contar con que en Madrid la auténtica Otilia sería la de la fiesta, la que le encandiló, y no la chica maloliente del pañuelo negro y los zuecos. Y a fin de cuentas, ¿qué vida le esperaba? Vivir bajo el manto protector de sus padres llevando una existencia aburrida y sin futuro. No tenía novia ni tiempo de buscarla con su trabajo itinerante. Sí, definitivamente regresaría a la aldea y se casaría con ella.

Sus padres, en especial la madre, se llevaron un gran disgusto, pero tras los primeros momentos embarazosos logró convencerlos

de su propósito, que, poco a poco, se habían ido convirtiendo en ilusión. Otilia era una buena chica, católica y decente. Lo cuidaría bien; además era una excelente cocinera, limpia y trabajadora. Sabría hacerlo feliz. Acabarían por convencerse de que era lo mejor, como le había ocurrido a él.

Y Santiago regresó a Ferreira sólo. Sus conservadores padres no quisieron pasar por la vergüenza de una boda así. Se celebró allí, en el prado de la iglesia y en medio de una gran fiesta. En la Galicia profunda no estaban mal vistos estos matrimonios y tanto la chica como Fernando eran muy queridos. Pasaron una pequeña luna de miel en Ribadeo; fueron unos días felices y Santiago empezó a enamorarse. No le costó mucho, ella, que estaba radiante, se convirtió en esos días, que se le hicieron muy cortos, en la mujer maravillosa que cualquier hombre podía desear.

A Otilia el embarazo le sentaba bien. Cuando el tren partió de Lugo pensó que al fin su sueño se cumplía. Ivanhoe la rescataba, si no a lomos de un negro caballo de blanco penacho de plumas, si en una negra locomotora de blanco penacho de vapor, que la llevaba al lejano y misterioso reino de Madrid.

Al Sur, sobre todo al Sur que, sin saber por qué, tanto parecía llamarla.

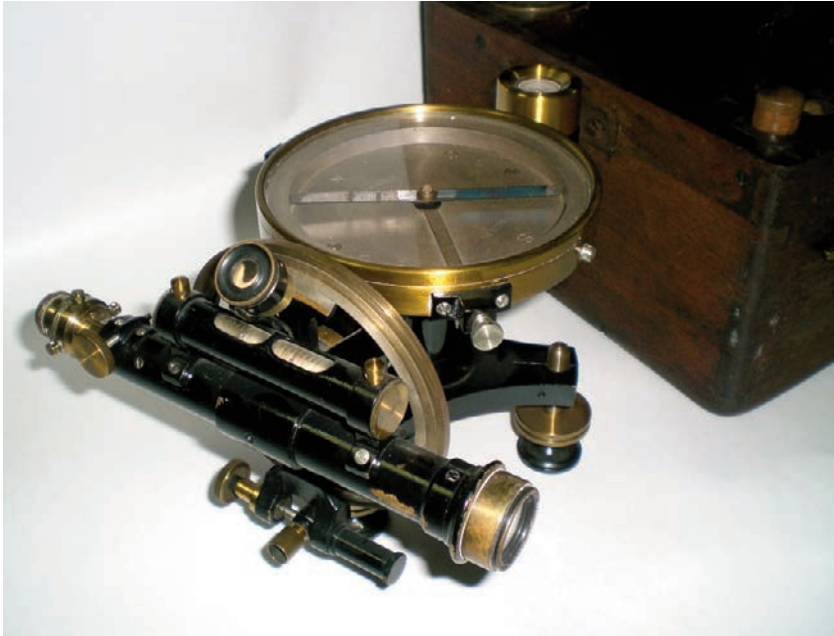
La ciudad le fascinó: la gente, las tiendas, la Gran Vía... Se sentía como en un sueño. Al poco tiempo tuvo el niño y dos años después vino una niña. Debería ser feliz, y así creyó sentirse pero, ¿en realidad lo era?

Ella era una soñadora que necesitaba soñar tanto como el aire para respirar y, con el tiempo, la admiración que sentía por Santiago se había ido desvaneciendo. Aquel hombre que todos, y ella la que más, admiraban en la aldea, sólo era un tipo corriente que hacía un trabajo corriente. Tenía por encima dos jefes de negociado, tres jefes de sección, dos jefes de servicio, un subdirector, y un director general, a los que reverenciaba. Había cientos de peritos topógrafos como él por toda España que hacían su mismo tra-

bajo. Tan respetado en la aldea, aquí tenía que disputarse con cualquiera un hueco para aparcar el seiscientos. Se sintió prisionera y perdida en su piso de setenta metros cuadrados. Sintió que había cambiado una cárcel de verdes prados por otra de hormigón gris mucho peor. Tuvo que admitir con pesar que éste no era su sueño ni el final de su camino. Además echaba de menos a sus padres a los que vio sólo dos veces; las que ellos vinieron a Madrid a conocer a sus nietos. Por algo que nadie, ni ella misma se explicaba, una poderosa fuerza le impedía viajar al Norte.

Un día, haciendo limpieza, vio en el altillo del armario la caja de la brújula, Hacía tiempo que el catastro se hacía por fotogrametría y Santiago ya no la utilizaba. Recordó lo que pasó el día de la fiesta y la bajó a la mesa. Abrió el estuche de madera y volvió a soltar el tornillo que mantenía prisionera la aguja. Ésta osciló hasta que se detuvo, apuntando a la ventana por la que se veía el único trozo de cielo que visible desde la casa. Rozó el cristal del aparato y al pasar el dedo sobre a aguja, al igual que sucedió años atrás, sintió el mismo escalofrío. Otra vez debía hacer algo para seguir el camino que aquella fuerza interior le marcaba inexorable.

Otilia sólo tenía estudios primarios, pero era muy inteligente. Se matriculó en el curso de acceso a la universidad para mayores de 25 años y aprobó a costa de robar horas al sueño, Después, a pesar de sus reticencias, convenció a Santiago para que la dejase ir a la Universidad. Seguiría atendiéndolo a él y a los niños como siempre, y así lo hizo. Se matriculó en la facultad de Derecho, y fue sacando los cursos. Eran los primeros setenta y entre los universitarios bullía el inconformismo. Otilia, cada vez más despegada de la familia, se afilió a un partido clandestino y luchaba por lo que ella llamaba libertad. En una de las huelgas de estudiantes la detuvieron en una redada. No negó ser militante de un partido de izquierdas. Estuvo una semana encerrada en los calabozos de Gobernación y después cumplió condena en la cárcel de mujeres de Yserías. Hasta su nombre salió en los periódicos, lo que produjo una gran vergüenza en sus suegros. Después vino la inevitable se-



paración, para pena de Santiago y alborozo de sus padres, que por fin veían a su hijo libre de aquella «roja».

Años más tarde, a la muerte de Franco, fue indultada y cuando poco después, su partido se presentó a las elecciones, fue propuesta para ir en las listas al Congreso como diputada, algo que ella rehusó. Los antiguos camaradas de su época estudiantil habían cambiado los vaqueros y chaquetas de pana por trajes de Armani y los cuchitriles donde imprimían las octavillas clandestinas por lujosos despachos. Y ella continuaba siendo una soñadora. Decidió irse de Madrid para hacerse cargo de un puesto en el aparato del partido en Cádiz, donde pareció encontrar por un tiempo la paz.

Cada vez más decepcionada, aún estuvo un tiempo en política antes de abandonarla del todo. Ya no tenía brújula que la orientara,

pero no por eso desapareció de su interior aquella fuerza que, aún contra su voluntad y ya desligada por completo de su pasado y su familia, la obligaba a continuar su forzado peregrinaje al Sur.

En el jardín canario de una casa solitaria al borde de un acantilado en la isla de El Hierro, Carmen Fandiño, una atractiva y enigmática escritora de cuarenta años que esconde su verdadero nombre bajo un seudónimo y viste un vaporoso kaftán blanco, rodeada de sus perros, acaba de teclear la última página de su última novela, titulada «El final de mi largo viaje», con una breve dedicatoria al comienzo:

«Santiago, Matías, Oti. Me voy con vuestro recuerdo en mi corazón. Espero que algún día podáis perdonarme. Yo no he podido».

Después, al igual que aquella lejana noche en la aldea, se encamina descalza y cadenciosa al borde del acantilado, desde donde el viento hace flamear la seda del kaftán, alza los brazos en uve como si fuese a volar. Por último, desaparece mientras los dos mastines gimen una triste despedida.

Unos instantes más tarde, cien metros más abajo, una blanca figura, rota y alada, se mece descompuesta al compás del oleaje en el azul oscuro de las aguas hasta perderse de vista, confundida con la blancura de las rompientes. Cualquiera que la viese diría que se trata de un ave. Una de esas grandes aves migratorias.

Mientras, la brújula Breithaupt, fabricada en Cassel (Alemania) en 1947, que Santiago devolvió hace años al Instituto, yace junto a otros aparatos inutilizados, en la estantería de un oscuro sótano del Instituto Geográfico Nacional con su aguja, desmagnetizada e inmóvil para siempre, señalando al Sur.

José Miguel Bel nació en Madrid. Ingeniero técnico en topografía por vocación y capitán de yate por afición, ha desempeñado su actividad profesional en el Instituto Geográfico Nacional. Ha escrito guiones cinematográficos y publicado artículos y relatos en revistas técnicas como Mapping, Topografía y Cartografía, Pensamiento Matemático y El País.com, entre otras. En 2012, su primera novela, Las Alas del Albatros, publicada por Editorial Aldevara, obtuvo el premio de finalista del Certamen de Novela Ciudad de Almería. En 2015 ha publicado en Amazon y CreateSpace su segunda novela: La Leyenda de Gastón el Navegante

